

Floras y Mentiras



MÓNICA BENÍTEZ

FLORES Y MENTIRAS
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2021 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2109059175344

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)

Capítulo 1

Miriam

Camino hacia la comisaría con el corazón en un puño y los nervios a flor de piel. Es mi primer día como policía, jamás pensé que lo lograría, pero aquí estoy. No puedo decir que sea la primera de mi promoción ni la segunda, pero, aunque sea un poco tarde, a mis treinta y dos años lo he logrado con mucho esfuerzo y pienso entregarme en cuerpo y alma.

Cruzo la calle, el día ha amanecido gris y las primeras gotas de una lluvia que amenaza con quedarse todo el día empiezan a caer. Como siempre, no he cogido el paraguas. Llego al otro lado de la calle, cinco minutos más y cruzaré esa puerta que tanto tiempo llevo ansiando, y entonces lo veo, frente a mí, caminando a paso rápido unos metros por delante, vestido con un chándal tan gris como el día y la capucha puesta.

Nada anormal, un chico como cualquier otro, solo que este, da un fuerte tirón al bolso de una señora cuando pasa por su lado y se lo arranca del brazo. La señora cae al suelo de forma estrepitosa a la misma vez que el joven echa a correr.

No dudo ni un instante, y como movida por un resorte salgo corriendo detrás de él. Mientras intento que mis pulmones no estallen por el esfuerzo me pregunto qué cojones estoy haciendo. Debería haberme parado a socorrer a la señora y dejarme de gilipolleces de heroína, nadie me ha pedido nada, hasta dentro de quince minutos no estaré oficialmente de servicio ni tendré que presentarme ante la que será mi superior, la inspectora Blanco. No puedo haber tenido más suerte, novata y me destinan directamente al grupo de homicidios, eso sí, solo a ayudar a los inspectores en lo que me pidan.

Sigo corriendo como no recuerdo haberlo hecho nunca, el chico es ágil y rápido como una gacela. Sorteando coches como si llevase haciéndolo toda la vida mientras que yo ya he tropezado dos veces, he resbalado tres y me he rasgado la chaqueta en una esquina.

—¡Policía! ¡Párate, cabrón! —grito más por rabia que por la esperanza de que lo haga.

Sé que el chico no se detendrá. Tuerce en una esquina, él es rápido, pero yo soy terca como una mula y a pesar de sentirme a punto de desfallecer, sigo corriendo con todas mis fuerzas. El muchacho mira hacia atrás cada vez más a menudo y vuelve a torcer por otra calle, de repente dejamos atrás las avenidas más transitadas para llegar a una calle de esas llenas de chalés adosados para familias felices con un monovolumen, dos hijos y un perro.

Hay menos coches aparcados y eso me da cierta ventaja, porque corriendo en línea recta empiezo a ser más rápida que él, cosa sorprendente porque el deporte y yo jamás nos hemos llevado bien, de ahí que haya tardado tanto en conseguir entrar en el cuerpo, suspendí tres veces las pruebas físicas.

La distancia se va acortando, el chico vuelve a mirar hacia atrás y yo intento retener en mi retina alguno de sus rasgos por si el cabrón se me escapa.

Todos los agresores en general me parecen escoria, pero los que agreden y se aprovechan de personas vulnerables e indefensas como esa pobre señora, más.

Ya hemos pasado otras dos calles y empiezo a flaquear, siento los pulmones a punto de estallarme dentro del pecho y los gemelos tan tensos que en cualquier momento sentiré un calambrazo de esos que me harán trastabillar y pegarme la hostia de mi vida. Mi carrera por media ciudad habrá sido en vano.

La poca gente que pasa por la calle ataviada con sus paraguas nos observa sin comprender nada, podría gritar a los que están más adelante para que me ayuden a detener al chaval, pero eso sería ponerlos en peligro de forma absurda y mi sentido de la moral no me lo permite. Vuelve a girar.

—Me cago en la leche—jadeo sin aliento.

El chico, buscando un modo de deshacerse de mí, de repente trepa con dos saltos que me dejan asombrada y se sube al muro que separa las casas de la calle. Empieza a correr sobre ese muro que según calculo apenas tendrá un palmo de ancho, y sé que, si yo no subo, en cualquier momento podría saltar al interior de alguna casa y hacer daño a alguien con tal de escapar. Así que, ruedo los ojos negando y decido que también he de subir. Obviamente, no lo hago en dos saltos como él, yo tengo que encaramarme como un chimpancé, dejarme la piel de las palmas de las manos y la rodilla izquierda y empezar a hacer equilibrios para correr sin caerme hacia un lado o el otro.

Empieza a llover, hemos pasado cuatro casas y si echo la vista al frente la hilera se me antoja interminable. ¿Cuántos putos chalés tiene esta calle? De repente, el muchacho se detiene en seco y se gira, a mí ese acto me coge desprevenida, no me lo esperaba y mucho menos lo que el chico hace a continuación. Desesperado por dejarme atrás, decide deshacerse del bolso y salir corriendo, pero se deshace de él lanzándomelo a mí. El jodido bolso me impacta en el pecho con un golpe seco y lo agarro con ambas manos justo en el momento en el que mi pie derecho se resbala hacia un lado, el izquierdo lo hace hacia el otro y mi cuerpo desciende de repente quedando el muro entre mis piernas.

En décimas de segundo, noto como la cara interna de mis muslos se desgarran con el roce del hormigón y el escozor que me produce me parece insoportable, pero no es nada comparado con el dolor que siento cuando mi entrepierna golpea de forma seca contra la parte superior del muro. Ni siquiera soy capaz de soltar un grito de dolor porque la respiración se me corta y me mareo, lo que provoca que mi cuerpo se ladee hacia el interior del muro y caiga desgarrándome todavía más la cara interna de mi pierna izquierda.

Si todo eso me parece fruto de la mala suerte, lo que sucede después me parece el colmo; porque antes de tocar el suelo, noto como algo afilado me desgarran la piel del costado, del torso, los brazos y la cara. No comprendo lo que pasa hasta que ya estoy en el suelo y abro los ojos. A las buenas personas que viven en esta casa se les ha ocurrido decorar su jardín con unos enormes rosales que tiene ramas como dedos gordos y espinas como uñas. Al menos huele bien, pienso mientras vuelvo a marearme.

—¡Levanta las manos y sal de ahí! —escucho gritar a alguien.

Todavía jadeando por el esfuerzo de la carrera y sintiendo un dolor punzante en varias zonas de mi cuerpo, intento buscar la procedencia de la voz.

—¿Estás sorda? —me pregunta lo que ahora me parece la voz de una mujer.

Giro lentamente la cabeza a mi derecha y entonces la veo a través de las ramas del rosal, al otro lado, está de pie, con un pijama del Monstruo de las galletas, el pelo negro suelto y revuelto, mojándose cada vez más bajo la lluvia. La visión me parece una auténtica maravilla, y estaría dispuesta a decir que el súper tortazo que me he dado ha merecido la

pena por verla si no fuese porque la mujer me está apuntando con un arma.

Capítulo 2

Miriam

—No dispare, soy policía—logro decir entre jadeos y muecas de dolor.

—Policía soy yo y no me suenas de nada, bonita—suelta en tono borde—ponte en pie muy despacito.

—No puedo, se lo juro, si me muevo me rajo con estos jodidos pinchos.

La mujer con el pijama del Monstruo de las galletas me observa en el suelo sin acabar de comprender qué cojones hago ahí.

—Cuando he salido después de ver algo caer por mi muro, pensaba que sería el gilipollas del cartero, al que últimamente le ha dado por lanzar los paquetes desde el otro lado del muro, algo que sin duda pienso solucionar poniendo la debida reclamación. Lo que no esperaba era encontrarme a una mujer tirada detrás de mis rosales, de esos que con tanta paciencia y mimo he regado y cuidado y que ahora voy a tener que podar de forma salvaje si quiero sacar a una loca que dice ser policía de ahí—explica más para ella que para mí.

Da un paso hacia la derecha y se agacha un poco, como si todavía no se creyese que estoy aquí, en medio de las putas ramas más gordas de los rosales.

—Joder—dice poniendo los ojos en blanco—intenta no moverte, voy a sacarte de ahí.

—Tranquila, no tengo intención de hacerlo.

Lo que no le digo es que no estoy muy segura de ser capaz de mantenerme en pie, las piernas me duelen horrores, por no hablar de la preocupación extrema que siento por mi sexo, que por primera vez en mi vida no palpita de excitación, lo hace de dolor.

La mujer deja su pistola en la repisa de la ventana y camina hacia un armario de exteriores, del que saca unos guantes de jardinería y unas tijeras de podar que hacen que abra los ojos perpleja en cuanto la veo.

—Ten cuidado con eso, por favor.

—Tranquila, preocúpate más por la pistola, porque como me hayas mentido, te arrepentirás—amenaza antes de dar el primer tijeretazo.

La mujer comienza a cortar con cuidado todas las ramas que de algún modo están pegadas a mi cuerpo o suponen un riesgo. Las va retirando con suma delicadeza, sobre todo cuando observa que me encojo de dolor cuando separa las que están tocando mi piel. Cuando por fin termina, mira hacia un lado y ve ese montón de ramas llenas de espinas que han acabado con la vida de sus rosales porque una tía que dice ser policía se ha caído por su muro.

—Levántate—me pide calada hasta los huesos.

La observo desde el suelo mientras me incorporo lentamente hasta estar sentada, dudo que pueda hacer más que eso, las piernas me tiemblan, más de dolor que de miedo.

—Enséñame tu placa—me pide la mujer, a la que ya no le viene de mojarse un poco más.

—Está en la bandolera, puedes cogerla tú misma.

Me observa recelosa, mira la bandolera que cuelga del lado derecho de mi cuerpo y entonces repara en que sobre mis piernas hay un bolso que sin duda no me pega nada. ¿Qué chica de treinta y pocos va por ahí con una bandolera y un bolso? La pobre tiene que estar flipando, quizá demasiada información para alguien que acaba de levantarse. Estira el brazo y coge el bolso sin permiso.

—Ese no es—me quejo, pero ella ya lo ha abierto y ha sacado un enorme monedero de piel de color negro.

Lo abre y busca entre un puñado de tarjetas hasta dar con lo que parece que busca, mi documento de identificación.

—Te conservas muy bien para tener setenta y dos años—dice mordaz mientras me mira inquisitiva.

Pienso que en otra ocasión sería el momento perfecto para hacer una de mis bromas, pero en esta me podría costar un tiro por listilla, y además me encuentro mal, siento escalofríos y el dolor empieza a ser intenso en mis piernas.

—No es mío.

—Eso ya lo veo. ¿Eso es lo que hacías? ¿Huir porque le has robado el bolso a una señora? Debería darte vergüenza.

La mujer me observa incapaz de comprender nada, como si toda la situación le pareciera surreal. No la culpo. Le devuelvo la mirada, una mirada que creo que a ella no le parece la de una delincuente, y por su forma de mirarme tengo la sensación de que ha visto muchas. Después su modo de enfocarme cambia y noto que lo hace de otro modo, del mismo en el que lo he hecho yo con ella al descubrir que me parecía atractiva, y eso hace que me ruborice un poco y sienta la necesidad de cortar esa conexión entre nuestros ojos.

—Yo no le he robado a nadie.

La respuesta saca a la mujer de sus pensamientos, sin duda algo turbados, y la deja descolocada unos instantes.

—¿Eh?

—El bolso. Yo iba camino de comisaría, de hecho, estaba llegando, y un gilipollas en chándal le dio un tirón a una señora y salió corriendo.

—Y tú detrás de él...—añade ella esbozando media sonrisa que me hace temblar.

—Exacto, me he dejado el coño para recuperar ese bolso, así que no me acuses de haberlo robado.

Mi frase es literal, solo que ella no lo sabe y el lenguaje que he usado, en lugar de parecerle soez, le arranca otra sonrisa divertida que hace que algo chispeante me recorra el pecho.

Se vuelve a acercar a mí y esta vez me coge la bandolera, donde en efecto, encuentra la placa que demuestra que no miento, o eso, o llevo la falsificación de placa más lograda que esta mujer ha visto en su vida.

—¿Le has visto la cara?

—¿A quién? —pregunto descolocada.

—Al chorizo del chándal.

—No, el cabrón corría mucho—me lamento.

—Bueno, al menos has recuperado el bolso. Venga, te ayudo a levantarte.

La mujer me sujeta por debajo de los brazos y tira de mí hacia arriba, con lo que no

cuenta es con que yo suelte un grito desgarrador que la deja paralizada.

—¿Qué te pasa? —pregunta sin comprender nada.

—Las piernas, me duelen mucho aquí—jadeo tocándome la cara interna de los muslos.

—¿De qué?

—De la caída, se me ha resbalado un pie hacia cada lado cuando iba por el muro.

A ella parece que la recorre un escalofrío solo de pensarlo.

—Joder—susurra haciendo una mueca—vale, lo haremos despacio, yo tiro de ti y tú trata de ponerte en pie.

Y así lo hacemos, con mucho esfuerzo y alguna lágrima que se diluye con la lluvia, logro ponerme en pie y caminar apoyada en ella hacia el porche de la casa para resguardarme del manto de agua que cada vez es mayor.

—Siéntate aquí, voy a por una toalla y algo de ropa seca y después te llevo al hospital.

Voy a responder que no hace falta, pero ella ya ha entrado con la pistola. En un tiempo récord, aparece de nuevo, ya se ha puesto ropa seca y me extiende una toalla mientras deja ropa de recambio en otra silla.

—Te dejaría entrar, pero la norma de no dejar entrar a desconocidos en casa la he respetado siempre—añade a modo de disculpa.

—No te preocupes, todo el mundo debería pensar como tú, hoy en día no puedes fiarte ni de tu sombra.

Me seco un poco el pelo y me quito el jersey y la camiseta mientras ella observa los arañazos repartidos por mi cuerpo gracias a sus rosales, después se detiene de forma irremediabilmente descarada sobre mis pechos. Parece que le gusta lo que ve, pero por suerte no dice nada, porque con lo nerviosa que me ponen sus miradas solo me falta que diga algo para que los nervios me hagan tartamudear ante ella. El color rojo llega a mis mejillas en forma de sofocón y ella se da la vuelta dejándome algo de intimidad, pero no sin antes esbozar una sonrisa matadora que me deja con el corazón saltando dentro del pecho.

—Tendrás que ayudarme—digo un par de minutos después.

Me he desabrochado los vaqueros, pero ahora que están empapados es más difícil sacarlos y el roce en mis piernas se hace insostenible. Ella se agacha frente a mí sin mediar palabra y con sumo cuidado consigue bajarlos hasta sacarlos mientras yo contengo la respiración.

Separo las piernas levemente y ambas observamos estupefactas el desastre. La cara interna de mis muslos está completamente amoratada y llena de raspadas.

—Eso tiene que escocer mucho—admite ella haciendo otra mueca.

—Ni te lo imaginas.

Me ayuda a ponerme un pantalón de chándal y finalmente, me lleva a la puerta de mi casa después de que le insista en que solo son rasguños y no puedo perder el tiempo en el hospital.

—Gracias por todo, y perdona por lo de los rosales, puedo pagártelos.

—No te preocupes, las plantas se me dan bien y la jardinería me relaja, igual hasta me has hecho un favor.

Nos miramos y ambas nos quedamos con las ganas de acercarnos y besar la mejilla de la otra, o tal vez los labios, pero ninguna de las dos lo hace y finalmente me bajo del coche y camino cojeando hasta el portal de mi edificio.

—¡Me llamo Leni! —grita de repente.

Me coge tan por sorpresa que mi cuerpo tarda unos segundos en reaccionar, me giro justo cuando estoy abriendo la puerta y la veo arrancar en ese preciso momento. Sonrío desconcertada y doy un paso hacia el interior.

Capítulo 3

Miriam

Conforme cruzo el portal voy directa al ascensor para subir hasta la planta cinco, solo que en lugar de dirigirme a mi puerta cuando llego, me dirijo a la que está justo enfrente, donde viven mis amigas Julia y Elvira que, gracias a Dios, esta última es enfermera y hoy libra.

—Joder, Miriam—exclama perpleja al ver mi lamentable estado en cuanto me abre la puerta—¿qué te ha pasado?

—Creo que la definición ordinaria sería que me he escoñado en un muro y después he caído sobre unos rosales.

—¿Qué te has escoñado? —pregunta descolocada.

Dicen que una imagen vale más que mil palabras, así que me limito a bajarme los pantalones, sentarme en el sillón y separar las piernas.

—Hostia puta—susurra Elvira con los ojos muy abiertos.

Hostia puta, eso mismo pienso yo.

—Vale, vamos al baño. Quítate toda la ropa y date una ducha para limpiar toda la sangre. ¿Puedes sola?

—Creo que sí.

Por si acaso, Elvira me espera sentada en el inodoro hasta que termino. Después hace que me tumbe en su cama y desinfecta y limpia todos los arañazos que se extienden sobre mi cuerpo, que no son pocos, aunque el más profundo lo tengo en la frente.

—Creo que este te dejará una pequeña cicatriz de regalo, una herida de guerra—se ríe mi amiga.

A mí no me hace ni puta gracia.

—Joder, es que te pasan unas cosas...

Por último, Elvira palpa mi pubis con cuidado y en cuanto me roza me retuerzo de dolor.

Media hora más tarde abandono el apartamento de mis amigas después de prometerle que me limpiaré las heridas al menos dos veces al día y con la recomendación de no practicar sexo durante las próximas dos semanas, o al menos hasta que el dolor en esa zona remita completamente. Esto último no me preocupa mucho teniendo en cuenta que llevo una temporada de sequía que no recuerdo haber tenido nunca, y a mis treinta y dos años comienza a ser inquietante.

Ahora sí, vuelvo a salir a la calle, esta vez con un paraguas, vestida con el chándal que me ha prestado la chica de los rosales porque me es más cómodo para mis maltrechas piernas y sujetando con fuerza el bolso de la señora. Lo llevaré a comisaría, a estas alturas seguro que la pobre mujer ya ha presentado una denuncia y podré devolvérselo.

Miro el reloj mientras empiezo a caminar todo lo rápido que me permite mi estado, que es muy poco. Son casi las diez.

—Dos horas tarde el primer día. Genial, Miriam—me digo a mí misma.

No llevo ni cinco minutos andando y el dolor comienza a ser insoportable, tendría que haberle hecho caso a Elvira y llamar a comisaría explicando lo que me ha pasado. Después tomarme un calmante y tumbarme en la cama con las piernas abiertas. Joder, eso suena muy tentador, pero no puedo ni quiero.

Mientras camino pienso en lo que ha sucedido y todavía no termino de creérmelo, de hecho, no estoy segura de que la inspectora Blanco lo haga.

El recuerdo de Leni, la mujer de las flores viene a mi cabeza y me doy cuenta de que ni siquiera le he preguntado en qué comisaría trabaja. Me gustaría volver a verla para devolverle su ropa, darle las gracias por no pegarme un tiro y ayudarme, y tomarme un café con ella. ¿Un café con ella? Quizá es demasiado osado, pero la recuerdo sonriendo y el deseo de volver a verla crece en mi interior a un ritmo tan devastador que me asusta. En fin, siempre puedo preguntar por ella, seguro que alguno de mis compañeros la conoce.

—Agente Lozano, es mi primer día—le digo al agente que encuentro en la entrada de comisaría.

—La inspectora Blanco la está esperando en su despacho, que tenga suerte—masculla mientras me acompaña.

—¿Suerte?

—La inspectora odia la impuntualidad. ¿Se encuentra usted bien?

Acabo de detenerme en seco, la tela del chándal me ha rozado la herida de la pierna y se me ha cortado el aliento durante unos segundos.

—Sí—contesto recomponiéndome—he tenido un percance esta mañana, pero no es nada.

—Ya veo—añade señalando el arañazo de mi frente—es ahí.

Ni siquiera tengo tiempo de darle las gracias por acompañarme, cuando aparto la vista del despacho que acaba de señalarme, el agente ya se aleja por el pasillo a paso rápido. ¿Es que esta mujer muerde o algo?

La puerta está abierta, aun así, doy un par de golpes con los nudillos y pido permiso para entrar.

—Vaya, se ha dignado usted a venir—escupe cerrando una carpeta para dedicarme una mirada de desaprobación tras estudiarme de arriba abajo.

—He tenido un incidente cuando venía—me excuso un tanto incómoda.

—Siéntese, agente—me invita señalando una silla frente a su mesa—y piénsese muy bien lo que va a contarme, porque si hay algo que no soporto además de la impuntualidad, son las mentiras.

Le relato a la inspectora Blanco lo sucedido con todo lujo de detalles mientras ella me mira estupefacta sin interrumpirme en ningún momento. Yo no aparto la mirada de ella, intento parecer segura y evitar que note que en realidad ahora mismo me estoy jodiendo de dolor, la puta silla es de madera y eso acaba de hacer que me dé cuenta de que además de tener el sexo muy dolorido, los huesos del culo también me duelen horrores.

—Este es el bolso de la señora, imagino que ya habrá venido a denunciar.

Lo dejo sobre su mesa como si fuese la prueba de que lo que digo es cierto. La inspectora dedica una mirada al bolso y después otra a mí. Noto como me estudia y me traspasa con su mirada oscurecida por una sombra de ojos que la convierte en alguien realmente atractiva. Le mantengo la mirada, no me gusta amedrentarme ante nada ni

mostrar debilidad, aunque por dentro esté deseando gritar de dolor. Debe estar más cerca de los cuarenta que de los treinta y además de una belleza sutil, posee un aire enigmático que automáticamente la convierte en alguien que llama la atención.

—¿Ha ido al médico? —pregunta por fin.

—No, me he pasado por casa de una amiga y ella me ha desinfectado las heridas. Es enfermera.

—Me alegro por ella, aun así, debería ir al hospital para tener el parte médico. Si pillamos a ese desgraciado puede ser un cargo más que añadir contra él y meterlo una temporada entre rejas a ver si se le quitan las gilipolleces. Estoy harta de ver como estos cabrones pasan un par de días en el calabozo y después se van de rositas porque los hurtos son menores.

—Quizá esta tarde, ahora me gustaría empezar a trabajar.

—¿A trabajar? —cuestiona alzando una ceja—¿usted se ha visto, agente Lozano? Si sigue palideciendo dentro de un rato se volverá transparente. Estoy intentando no pensar en lo que debe doler la hostia que dice que se ha dado—añade mirando un segundo entre sus piernas—no está usted en condiciones de trabajar, por no hablar de que ni muerta la dejaría quedarse con ese chándal. ¿De dónde ha sacado eso?

Joder, pues a mí me gusta el jodido chándal.

—Con las heridas que tengo me pongo unos vaqueros y no dejo de llorar hasta el año que viene—contesto haciendo una mueca que por algún motivo le hace gracia—me lo ha dejado la chica que me ayudó, que por cierto es policía.

—¿Policía? ¿Quién es? ¿Trabaja aquí?

—No tengo ni idea, en ese momento mi cabeza estaba centrada en no desmayarme. Solo sé que se llama Leni.

—Leni—repite pensativa—ni idea, no me suena de nada. En fin, váyase a casa, descanse y vuelva cuando logre mantenerse en pie sin que le tiemblen las piernas.

—Ni hablar—protesto de repente.

—¿Disculpe? —pregunta desafiante.

—Llevo cuatro años batallando para ser policía, y ahora que lo he conseguido no pienso irme a casa el primer día.

—Usted hará lo que yo le diga cuando se lo diga, ¿le queda claro? Necesito a mi equipo al cien por cien, y usted no está ni al veinticinco ahora mismo.

—Déjeme trabajar, por favor—le suplico.

—Me conmueve su motivación—dice sarcástica—pero mírese, lleva ahí sentada diez minutos casi sin respirar porque si se mueve se resiente. Debería estar en su casa, de baja, y volver cuando esté recuperada.

—¿De baja? —digo poniéndome en pie con esfuerzo—no me pida eso, inspectora, no me pida que me quede en casa sin hacer nada, por favor.

Mis súplicas parecen surgir efecto, la inspectora Blanco se queda pensativa mientras me observa negando con la cabeza.

—Es usted una cabezota, pero valoro a la gente motivada. Haremos una cosa, hoy se irá a casa a descansar, y eso no admite discusión—añade antes de que pueda protestar—mañana le permitiré trabajar, pero en algo sencillo, no puedo meterla en un caso porque no está usted en condiciones de apoyar a ningún compañero en caso de ser necesario. Eso lo comprende, ¿verdad?

—Sí—respondo con fastidio.

—Pero ya que está tan decidida a venir, puede hacer algo útil y ocuparse de encontrar al cabrón que robó este bolso, esa puede ser una buena tarea para empezar, y muy útil.

—¿El robo de un bolso?

—¿Cree que no es suficiente para usted? ¿Qué merece algo más y que esto se lo podemos dejar a otro? —pregunta amenazante.

—No, claro que no. Es que pensaba que nosotros solo trataríamos homicidios.

—Y es nuestra labor, pero a veces colaboramos con otros compañeros cuando están saturados, y como ahora usted no está en condiciones, les puede ir muy bien que les eche una mano.

—Lo haré encantada.

—Bien, porque según he oído, la hija de la dueña de este bolso presentó la denuncia hace media hora. La mujer se llevó tal susto que tuvo que ser atendida en un centro sanitario, por suerte, no ha sufrido ninguna lesión.

—Vaya, me alegra saber que está bien—digo sonriente.

—Ha sido una suerte, en otras ocasiones se pegan tal tortazo tras el tirón, que acaban en el suelo con algún hueso roto, y a esas edades las recuperaciones no son fáciles, se lo aseguro.

¿Habla por experiencia? ¿Quizá su madre o su padre? Mejor no le pregunto. La inspectora Blanco levanta el teléfono y pide que venga alguien. Al cabo de un momento, un agente se presenta en la puerta.

—Esta mañana una señora ha presentado una denuncia por el robo que ha sufrido su madre—comienza a explicar.

—Sí, la del bolso—añade el agente.

—¿La ha atendido usted?

—En efecto.

—¿Me hace un resumen?

—Lo de siempre, el típico caco que pasa por el lado de la señora aparentemente caminando y de repente le da un tirón y sale corriendo con el bolso. Menudos cabrones—opina con cara de asco—. Según los testigos, una mujer ha salido corriendo detrás del ladrón, pero no se ha sabido más de ella.

—Esa mujer ha sido la agente Lozano—dice señalándome—y a pesar de no haber podido detener al ladrón, sí que ha podido recuperar el bolso. Verifique la documentación y póngase en contacto con la familia para que vengan a buscarlo, se ha empapado con la lluvia, así que es absurdo buscar huellas.

—Así lo haré, inspectora.

—Gracias, tráigame también el expediente, por favor, la agente se ocupará personalmente de investigar el robo.

—De acuerdo—contesta algo sorprendido antes de salir por la puerta con el bolso.

—De este tipo de delitos suelen encargarse los propios agentes de calle, hay tantos maleantes dando guerra que si los inspectores se tuviesen que dedicar a ellos no tendrían tiempo para investigar asesinatos, violaciones, agresiones o cualquier otro tipo de delitos más graves—me aclara todavía más.

—Entiendo.

—No piense que los altos mandos no se preocupan de estos delitos, pero los

inspectores no pueden abarcarlo todo y los agentes están muy capacitados.

—No lo dudo.

Y realmente no lo hago, de pequeña fui testigo de cómo un agente de policía que estaba controlando el tráfico, reducía a un chorizo que acababa de salir de un banco después de atracarlo. Lo hizo él solo, sin esperar refuerzos porque eso hubiese supuesto la posible huida del ladrón. Puso su vida en peligro por ayudar a sacar un poco de escoria de la calle, igual que pienso hacer yo a partir de ahora. El agente vuelve y nos deja el expediente del caso encima de la mesa.

—Si tiene cualquier pregunta no dude en consultarme, agente—dice dirigiéndose a mí. Me gusta que me llamen agente, no puedo negarlo.

—Gracias. Necesitaré que me tome declaración, soy testigo del robo, agente...

—Bermúdez—sonríe él—por supuesto.

La inspectora Blanco me observa sin conseguir disimular una leve sonrisa, estoy segura de que me ha puesto a prueba para ver si pasaba por alto algo tan básico como eso.

—Preste declaración y después márchese a casa, agente. La veré mañana.

Acepto sin renegar y salgo del despacho acompañada por Bermúdez, que me conduce hacia otra sala donde le relato todo lo sucedido. Después de completar el informe, me lo entrega y pido un taxi para que me lleve al hospital para conseguir el parte de lesiones. Cuando salgo solo estoy deseando llegar a mi apartamento, quitarme la ropa y meterme en la cama despatarrada.

Capítulo 4

Miriam

He dormido fatal, cada vez que me movía el dolor me despertaba. No sabía que un simple arañazo con una espina podía doler y escocer tanto. Y de lo que hay entre mis piernas mejor ni hablo.

Me levanto más temprano de la cuenta porque ya no aguanto más, me doy una ducha y desinfecto cada herida como me dijo Elvira. Esta vez me tapo con una gasa las de la cara interna de mis muslos, más que nada por el izquierdo, que es el que se ha llevado la peor parte. Tardo en convencerme, pero, finalmente, decido ponerme un pantalón vaquero, pensaba que sería mala idea y que al estar las heridas tapadas y presionadas querría morirme, la sorpresa es que incluso me duele menos. Mi único problema es lo que cubren mis bragas, eso sigue doliendo y sentarme en superficies duras queda descartado por ahora.

Cuando llego a comisaría lo primero que hago es localizar al agente Bermúdez y lo encuentro buscando algo en una estantería llena de archivos. Es un hombre de mediana edad al que se nota por su físico que le gusta el gimnasio. Su pelo oscuro asaltado por las canas le da un aire misterioso que seguro que le da ventaja a la hora de ligar con mujeres.

—¿Qué tal se encuentra hoy, agente Lozano? —pregunta con amabilidad en cuanto me ve.

—Mejor que ayer, sin duda. ¿Tiene unos minutos para dedicarme? Ayer la inspectora Blanco me dijo que este tipo de robos los tratamos nosotros mismos, ¿es así? A los agentes, me refiero—aclaro.

—Sí, salvo que la cosa se complique a mayores, solemos ocuparnos el agente Sánchez y yo. La puedo poner al día si quiere. ¿Qué le parece en la cafetería de enfrente mientras la invito a desayunar?

Vaya, el hombre parece que no pierde oportunidad de ligar.

—Ya he desayunado, gracias. Si no le importa preferiría que fuese en mi mesa, así me voy adaptando.

—Claro, por supuesto.

Unos minutos después, Bermúdez está sentado a mi lado más cerca de lo que me gustaría, mientras me va mostrando todos los expedientes de robos de ese tipo de los últimos tres meses. Diecinueve en total.

—Joder—digo sorprendida.

—Y que lo diga, recuerde que solo hablamos de asaltos a señoras mayores, si nos ponemos a hablar de carteristas u otro tipo de robos la lista es interminable.

—Y esto solo en Manresa y los pueblos cercanos.

—Exacto. A veces da la sensación de que se multiplican. Atrapamos a uno y aparecen dos más como si estuviesen esperando en el banquillo, es desesperante.

—¿A cuántos han atrapado? —pregunto intrigada.

—Atrapar, a muchos, sacar de las calles a muy pocos. Piense que son delitos menores, en un bolso nunca suele haber una cantidad elevada como para pasar a mayores, y en caso de que lo haya es muy difícil demostrarlo. Estos son algunos de los habituales—dice mostrándome cuatro fichas policiales—este es menor de edad y el cabrón se aprovecha de eso, ha hecho más trabajos comunitarios que nadie en la ciudad, pero ni eso lo detiene.

Miro la foto y leo los datos principales de los otros tres sospechosos. A uno de ellos lo descarto de inmediato porque su estatura es demasiado baja para el individuo al que yo perseguí, que según calculo rondaría el metro setenta y cinco. Los otros, en cambio, por altura y complexión encajan, pero como apenas le vi la cara un segundo y estaba lloviendo a mares, soy incapaz de identificarlo si es que fue uno de ellos.

—Muchas gracias por su tiempo, Bermúdez.

—Llámeme Santi—me interrumpe sonriente.

—Claro, gracias, Santi. Ahora si no te importa me quedo los expedientes e iré a hacerle una visita a la señora, a ver si logra reconocerle.

—Por supuesto, aunque yo no esperaré gran cosa. Es posible que la señora lo reconozca, pero no llevaba nada de valor en el bolso, aunque dé con él solo podrá acusarlo de intento de robo, estará libre en cuestión de horas—dice desanimado.

El muy cabrón acaba de desanimarme a mí también, es lamentable que este tipo de sucesos por pequeños que sean queden impunes con tanta facilidad. Lo único bueno, es que en este caso yo tengo un parte de lesiones y podremos acusarlo de agresión a la autoridad, porque si caí, fue porque él me lanzó el bolso. Espero que se pase unos meses en prisión, quizá eso le haga recapacitar y ponerse a trabajar en lugar de buscar el dinero fácil.

La señora a la que asaltó vive a apenas quince minutos andando de comisaría, así que decido ir a pie dando un paseo para despejarme a pesar de que caminar mucho no es lo que más me conviene.

La mujer vive con su hija en un bloque de pisos, aprovecho que alguien sale para entrar y subo en el ascensor hasta la tercera planta. Busco la puerta con el número dos y llamo al timbre.

—¿Quién es? —pregunta una mujer de unos cincuenta años al abrir la puerta.

—Soy la agente Lozano, quisiera hacerle unas preguntas a doña Aurora Trelo sobre el asalto que sufrió ayer, ¿es usted su hija?

—Sí, pase, agente, mi madre está en el salón. ¿Quiere tomar algo?

—Pues no le diré que no a un café, muchas gracias.

Cuando entro al salón me encuentro a doña Aurora sentada en una mecedora frente a la balconera, el sol entra radiante a través de los cristales y eso la tiene medio adormecida.

—Mamá, esta chica es policía y viene a hacerte unas preguntas sobre lo del bolso—le explica la hija, después se marcha a la cocina y en tiempo récord vuelve con una taza de café y el azucarero, mientras tanto, su madre me ha narrado con todo lujo de detalles todo lo que hizo desde que salió a la calle hasta que ese malnacido le arrancó el bolso del brazo.

—Yo también lo presencié, señora Trelo, soy la mujer que salió corriendo detrás de él.

—¿Usted recuperó su bolso? —pregunta la hija sorprendida.

—Así es.

—No sabe cómo se lo agradezco, solo de pensar en tener que sacar todas las tarjetas de nuevo me ponía enferma.

—Entiendo, es un engorro—añado mientras ella me da la razón con la cabeza.

—Señora Trelo, sé que apenas pudo verle, pero le voy a mostrar un par de fotos por si le dicen algo, ¿de acuerdo?

—Claro, hija.

Aurora se coloca las gafas de cerca y estudia con atención ambas imágenes. Solo le he traído la de los dos sospechosos que para mí coinciden en estatura, al bajito y al menor de edad los he descartado, al primero por motivos obvios, al segundo porque cuando se giró no me pareció un crío, ese cabrón tenía ya los huevos negros.

—Lo siento, a mí los dos me parecen iguales, y la cara no se la vi.

—No se preocupe. Seguiré buscando hasta que dé con él, se lo prometo. ¿Se encuentra usted mejor?

—Sí, ahora el susto ya ha pasado. Gracias, hija.

—La pobre tiene todo el cuerpo dolorido por la caída, fue una suerte que no se rompiese ningún hueso a su edad—añade la hija con alivio.

Me despido de ambas y voy directa al lugar donde se produjo el asalto tal y como yo lo recuerdo, fue justo antes de llegar a un paso de peatones. Me planto en el sitio y miro a mi alrededor, en mi misma acera hay una panadería, un bar y una librería que pudieron presenciarlo todo, en la de enfrente otro bar y un estanco.

Empiezo por la panadería y le pregunto al dueño.

—Yo en ese momento me encontraba en el interior atendiendo los hornos, pero mi hijo y mi nuera estaban aquí y lo vieron todo, esta mañana no se habla de otra cosa, esta juventud de hoy en día es una vergüenza—dice de mal humor.

—Bueno, no hay que generalizar. ¿Puedo hablar con su hijo y su nuera?

—Claro.

Al igual que la señora, lo único que pueden hacer es describírmelo de espaldas, ninguno de los dos pudo verle la cara ni les sonaba de haberle visto antes.

—Está bien, muchas gracias, no les robo más tiempo.

En la librería y en el bar me encuentro con el mismo panorama, y en el bar de enfrente también, pero la cosa cambia cuando entro en el estanco.

—Claro que le vi—dice la dueña tensando la mandíbula—no sé cómo no le da vergüenza asaltar a una señora.

—Disculpe, ¿dice que le vio? ¿Le vio la cara?

—Sí, así, de refilón cuando cruzó perseguido por aquella chica, pero no necesité más, ese joven ha venido alguna vez a comprar tabaco aquí.

—¿Es alguno de estos dos? —pregunto sintiendo un subidón de moral.

—Sí, este—dice con seguridad cuando señala una de las imágenes.

—¿Está segura?

—Totalmente.

—¿Estaría dispuesta a declarar en un juicio si hiciese falta?

—Por supuesto, querida, tengo sesenta y tres años, mañana podría ser yo la siguiente señora vulnerable de la que se aprovecha ese desgraciado.

Le tomo los datos y cuando estoy a punto de salir me doy cuenta de que tienen una cámara enfocando al exterior. Justo en la dirección donde se produjo el robo.

—¿Esa cámara graba?

—Sí—contesta ella con una mueca—pero estaba al otro lado de la calle y la calidad es malísima, lo comprobé yo misma, pero puede usted mirar si quiere.

—Se lo agradecería si no le importa.

En efecto, la cámara enfoca la zona, pero la resolución es pésima y apenas se ven unos borrones al otro lado de la acera. El único momento en el que se ve algo es cuando el sospechoso cruzó el paso de peatones, hay un momento que parece que alza la cabeza, pero justo en ese instante otro peatón se cruza por delante y ya no se ve nada más. Aun así, detengo la imagen e intento buscar algún rasgo identificativo, la marca de las deportivas o la ropa, pero no logro ver nada y pedir a los compañeros de tecnológica que intenten conseguir algo es perder el tiempo, la marca de la ropa no sería un motivo para acusarle, y la cara no se le ve en ningún momento.

—Muchas gracias por su colaboración, nos pondremos en contacto con usted si logramos dar con él.

Capítulo 5

Miriam

Llego a comisaría y me dirijo a mi mesa dispuesta a buscar la ficha completa del sospechoso para proceder a traerlo para interrogarlo.

—Esa ropa mucho mejor—suelta la inspectora Blanco apareciendo a mi lado—¿cómo se encuentra hoy?

—Mucho mejor, gracias. He encontrado a alguien que ha identificado al sospechoso—digo del tirón.

—Vaya, qué rapidez—dice sorprendida.

Le explico lo que me ha dicho la señora del estanco y mi intención de ir a su casa a buscarlo.

—Que la acompañe una patrulla, nunca se sabe cómo puede reaccionar un sospechoso—añade antes de desaparecer en dirección a otros compañeros.

Los miro y me muero de envidia, por lo que he escuchado por aquí están llevando un caso de doble asesinato, sé que soy la nueva y que me toca lo que me toca dadas mis circunstancias, pero daría lo que fuera por poder ayudar a meter a un psicópata entre rejas.

Lamiéndome mis heridas, me resigno y le pido a Santi Bermúdez y su compañero que me acompañen a la dirección que consta en la ficha del sospechoso.

—Daniel Luján, ese cabrón siempre se libra de todo—resopla Sánchez de mal humor.

No le doy importancia al comentario y me limito a seguirlos hasta el aparcamiento, donde cogemos dos coches por si tenemos suerte y volvemos acompañados del tal Daniel Luján.

No tardamos ni diez minutos en aparcar en la misma calle en la que vive.

—Es aquel edificio—me señala Santi.

Estoy a punto de protestar porque ha aparcado muy lejos y mis piernas no están para más caminatas extras, pero entiendo el motivo. Estos cabrones huelen a la policía a kilómetros y aunque no tengan claro si vamos a por ellos lo primero que suelen hacer por si acaso, es salir corriendo, así que cuanto más tarde nos vean, mejor.

Como si me estuviese leyendo el pensamiento, cuando llegamos al edificio de Luján, casualmente la puerta de entrada se abre y le vemos salir. En cuanto nos enfoca y descubre a Bermúdez y Sánchez vestidos de uniforme, echa a correr calle abajo como si le persiguiese una manada de lobos hambrientos.

—¡Policía, quieto! —le grito a pleno pulmón a la vez que mis dos compañeros salen corriendo tras él.

Yo no me muevo del sitio, en mi estado sería absurdo el mero hecho de intentarlo, pero sí que me fijo en sus movimientos mientras huye como un cobarde y no me cabe la menor duda de que es él. Estuve corriendo demasiado tiempo detrás de Luján como para no memorizar su forma de moverse, su agilidad para sortear obstáculos e incluso el gesto

rápido que hacía para dedicarme alguna mirada para comprobar si había logrado deshacerse de mí.

Está claro que soy una novata y que me queda mucho por aprender, si hubiese sido por mí, habría venido sola y en mi estado no hubiese podido correr tras él. Puede que la inspectora Blanco sea un poco malhumorada, pero hace bien su trabajo y, al fin y al cabo, eso es lo que realmente importa.

En cuestión de segundos le pierdo de vista, Luján tuerce a la izquierda por una calle y Sánchez tras él, en cambio, Santi Bermúdez, que iba algo más rezagado, decide girar una calle antes.

—Lo tenemos, agente—escucho poco tiempo después por la radio.

La voz casi sin aliento es la de Santi, sonrío ampliamente, me alegro de que lo hayan cogido.

Cuando ya estamos en comisaría dejo a Luján más de una hora en la sala de interrogatorios, como castigo por haber hecho correr a mis compañeros.

—Habéis hecho un gran trabajo, sin vosotros no habría logrado cogerle—le digo a Santi, porque Sánchez ha desaparecido en cuanto hemos llegado.

—Para eso estamos aquí—dice encogiéndose de hombros.

—Gracias de todos modos.

—Agradécmelo dejándome invitarte a comer—propone con tono seductor.

—Eso no va a pasar, Santi—sonrío ante su mueca de fastidio.

—¿Y una copa?

—Tampoco.

—Algún día, Lozano, algún día aceptarás—dice a la vez que se aleja por el pasillo.

Sonrío para mí y me decido a entrar a la sala de interrogatorios.

A pesar del tiempo que ha pasado, Luján no parece nervioso salvo por el hecho de que tiene ganas de fumar y aquí no está permitido.

—Daniel Luján, veinticinco años—leo antes de clavarle una mirada taladrante desde la puerta—me han dicho que no quieres abogado—digo sentándome frente a él.

—Y es verdad. No necesito un abogado porque yo no he hecho nada—contesta muy seguro.

—¿Por qué has huido entonces? Alguien que no ha hecho nada no tiene por qué preocuparse.

—Yo qué sé, ver a la poli siempre da respeto, y reconoce que la tenéis tomada conmigo.

—¿La tenemos tomada contigo? —pregunto atónita.

—Exacto, siempre me acusáis de todos los robos que no le podéis endosar a otros.

—Yo no estoy aquí por otros robos, estoy en concreto por el que cometiste ayer sobre las siete cuarenta de la mañana.

—¿Ayer? Yo ayer estuve todo el día en casa de mi hermana.

—Claro que sí—sonrío con ironía—no intentes tomarme el pelo, Daniel. Tú ayer le diste un tirón a una pobre señora, ¿sabes cómo lo sé? Porque yo estaba presente y te perseguí durante varios minutos.

Su mandíbula se tensa unos segundos, pero enseguida se recompone porque el muy cabrón debe estar acostumbrado a mentir como un bellaco.

—Tengo un testigo que te ha reconocido y está dispuesto a declarar. Te enfrentas a un cargo de robo y a otro de agresión a la autoridad. Esta vez no te irás de rositas, Daniel.

De nuevo se tensa un segundo y vuelve a recomponerse.

—Se equivoca, tanto usted como ese testigo me confunden con alguien. Yo ayer estuve toda la mañana con mi hermana.

—¿Toda la mañana? Hace un momento me has dicho que estuviste todo el día, a ver si nos aclaramos.

—Toda la mañana y toda la tarde—se rectifica a sí mismo.

No hay cosa que soporte menos que el hecho de que me mientan a la cara.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres que conste en tu declaración?

—Totalmente, ayer estuve con mi hermana.

—¿Dónde estuvisteis?

—En su casa.

—¿Había alguien más con vosotros?

—No, solo ella y yo.

—Bien, dame sus datos, hablaremos con ella para ver si es verdad lo que dices.

Salgo de la sala y hago varias respiraciones para tratar de calmarme. Cuando me giro, veo que la inspectora Blanco ha estado presenciando todo el interrogatorio.

—Miente—le digo enfadada.

—Cierto, pero su deber es localizar a la hermana y confirmar su coartada. Interesante para ser el primer día en activo, ¿verdad? —comenta esbozando una pequeña sonrisa.

Pues ahora ya no me parece tan borde.

—Verdad—concedo devolviéndole la sonrisa.

—No tenga prisa en comprobar esa coartada, agente—sonríe de nuevo, antes de darse media vuelta y salir.

La observo caminar con elegancia y ese aire de misterio que la envuelve y no acabo de entender por qué me he formado la idea de que en esta comisaría todos la temen. Al fin y al cabo, solo fue un agente el que hizo un comentario extraño, aparte de eso, no he escuchado nada más sobre ella, aunque tampoco me he relacionado mucho con los demás inspectores.

Capítulo 6

Miriam

Haciendo caso a la inspectora Blanco, salgo de comisaría y me voy a casa para comer tranquilamente. Solo por mentir de forma descarada, ese cabrón merece pasar alguna hora más en comisaría.

Tras comer y descansar un poco en el sillón de lectura donde me he quedado adormilada igual que la señora a la que he visitado esta mañana, me doy una ducha y desinfecto de nuevo todas las heridas.

Esta vez pido un taxi para ir a la dirección que Daniel Luján me ha dado, donde supuestamente vive su hermana, Leonor Luján. Cuando el taxi está llegando me doy cuenta de que la zona me suena mucho, hasta que llegamos a la calle de las casas adosadas donde ayer acabé tras perseguir a Daniel y veo que es en una de ellas.

Eso me recuerda de nuevo a Leni y un inquietante hormigueo me recorre el pecho. Madre mía, ¿puedo empezar a sentir algo por una persona solo por pasar unos minutos con ella?

Me maldigo a mí misma por no haberme fijado en la casa que era, así, ahora podría aprovechar la excusa de que he venido cerca y pasarme para hacerle una visita. Pero en mis condiciones no estaba para fijarme en nada, y desde la calle todas me parecen iguales.

El taxi se detiene frente al número siete y le pido que me espere, es una comprobación simple y no espero tardar más de cinco minutos en hacer el trámite. Pulso el timbre y espero con paciencia un tiempo prudencial antes de llamar otra vez, pero transcurridos un par de minutos y ver que nadie me abre, me doy por vencida y me subo al taxi de nuevo.

Compruebo la hora, son las cuatro y media y según consta en los datos que nos ha facilitado el joyita de Daniel por si no la encontrábamos en casa, su hermana trabaja en una floristería del centro. Quizá a esta hora ya está allí para prepararlo todo para abrir.

—¿Dónde la llevo? —pregunta el taxista con la parsimonia de quién tiene el taxímetro en marcha.

Le doy la nueva dirección, le pago la carrera cuando llegamos y espero tomándome un café en el bar de la esquina hasta que es la hora de abrir.

Pasadas las cinco salgo en dirección a la floristería que ya lleva un buen rato abierta. La verdad es que estoy agotada y tengo ganas de acabar con esto cuanto antes. Cruzo la puerta, detrás del mostrador hay una chica joven atendiendo a las dos personas que hay esperando para pagar y al fondo una mujer mirando los ramos de flores.

—Disculpe, estoy buscando a Leonor Luján—digo dirigiéndome a la chica de la caja.

La chica parece no escucharme y decido con resignación que debo esperar mi turno cuando la mujer que miraba los ramos se gira de repente y el corazón comienza a bombearme a toda máquina.

—Leni...—digo sorprendida, tratando de disimular la alegría desmesurada que acabo

de sentir—qué casualidad—exclamo controlando el impulso de acercarme a ella y abrazarla.

Leni me da un repaso de arriba abajo y sonrío de lado, parece que también se alegra de verme.

—Vaya, pensé que no volvería a verte—dice sin perder la sonrisa—reconozco que me atormenta un poco no saber cómo se llama la mujer que se tiró por mi muro. Solo me limité a mirar la placa.

¿No le dije mi nombre? Probablemente no, todo fue tan caótico que apenas recuerdo las palabras que cruzamos.

—Me llamo Miriam.

—Bonito nombre—dice casi masticando las palabras.

No sé si lo dice porque realmente le gusta o para hacerme un cumplido, porque su forma de mirarme me está derritiendo y como siga así, va a temblarme algo más que las piernas.

—Gracias. Leni también es...—me quedo sin palabras y noto como empiezo a enrojecer hasta la raíz del pelo.

Leni me observa como si me desnudase con la mirada, y eso no solo me gusta, también me hace sentir vulnerable.

—Deja de mirarme así—le pido avergonzada como una colegiala.

—Mirarte, ¿cómo? —pregunta dando un paso hacia mí.

—Así, como si quisieras...

—¿Devorarte a besos? —pregunta de un modo tan ambiguo que no sé si va en serio o me toma el pelo.

Si no estuviera de servicio juro que ahora mismo le contestaría que sí, que así es como creo que me mira y que me gusta mucho que lo haga, pero para mi desgracia, debo contenerme.

—Sabía que me buscarías—añade dando un paso más.

—Bueno, si te soy sincera he venido aquí porque buscaba a otra persona, ha sido una casualidad encontrarte, aunque una casualidad de la que me alegro—reconozco a punto de explotar de vergüenza.

Leni detiene ese último paso que ha estado a punto de dar y que la hubiese colocado a una distancia tan corta de mí que hubiese sido muy peligrosa.

—No te entiendo—dice confusa—has preguntado por mí al entrar.

—¿Eh?

Leni no responde y me observa mientras mi mente comienza a trabajar a toda velocidad. Yo buscaba a Leonor Luján, ¿Leni? Joder.

—¿Tú eres Leonor? ¿Leonor Luján?

—Sí—responde arrugando las cejas—aunque prefiero que me llames Leni, ¿de acuerdo? Menudo chasco—añade—creí que habías utilizado tus recursos de poli para localizarme, pero veo que estás aquí por otra cosa.

—Bueno, yo, quería encontrarte...—reconozco turbada mientras ella me dedica otra de esas sonrisas matadoras que tanto me derriten—pero estoy aquí de forma oficial.

—Entiendo. ¿Y qué es esa cosa que te ha traído aquí? —pregunta con la tranquilidad de quién no ha hecho nada.

—Un momento—digo pensativa—he venido aquí porque me consta que Leonor Luján

trabaja en esta floristería...

—Y trabajo aquí—responde tan tranquila.

—Pero...

—Vale—me corta cuando ve que comienzo a atar cabos—creo que es mejor que hablemos en un lugar más tranquilo, ¿te sirve la trastienda?

—Supongo que sí.

—Ana—le dice a su compañera—te quedas al cargo un momento.

—Vale—confirma la tal Ana dedicándonos una mirada rápida.

Sigo a Leni hacia el interior, observando embelesada como camina con el estilo propio de una diosa del Olimpo. Ayer con el pijama y empapada me pareció tremendamente atractiva y apetecible. Hoy, con esos vaqueros ajustados y la sudadera tapando la mitad de su trasero está para arrancarle la ropa y empotrarla contra la pared. Me entra calor solo de pensarlo.

Se gira un segundo para comprobar que la sigo por este pasillo que me parece interminable y el corazón se me detiene otra vez. Si sigo así no salgo viva de aquí.

Llegamos a una estancia más amplia que parece un almacén, donde hay estanterías por todas partes y palés enteros con sacos de tierra de todo tipo. Abre una de las dos puertas que hay y me invita a pasar a un pequeño despacho.

—Lo siento—dice sacudiendo el polvo de una silla que por lo menos es acolchada y no me destrozará el culo—no suelo recibir visitas aquí.

Me invita a tomar asiento y ella lo hace frente a mí al otro lado de una pequeña mesa de madera blanca, en cuya superficie hay un portátil, un teléfono fijo y dos bandejas llenas de albaranes y facturas.

Estoy completamente desconcertada ante toda la situación y me veo un poco saturada, pero debo tomar el control con rapidez para que vea que aquí la que lleva la voz cantante a partir de ahora soy yo.

—A ver si me aclaro. Tú eres Leonor Luján.

—Sí, y deja de llamarme Leonor, no me gusta.

—Está bien. Leni Luján—digo a la vez que saco mi libreta—y trabajas aquí.

—Sí, la floristería es mía—puntualiza.

Vaya, eso me descoloca todavía más.

—Ayer me dijiste que eras policía, ¿me tomaste el pelo? —pregunto todo lo serio que consigo ponerme.

—No era mi intención tomarte el pelo—contesta resuelta sin perder esa media sonrisa que me está trastornando—pero escuché un ruido en el patio y cuando salí había una mujer tirada entre mis rosales que afirmaba ser policía. Entiende mis dudas, no me fiaba y lo primero que se me ocurrió fue decir que yo también lo era.

—Está bien—acepto haciendo ver que apunto algo.

Que sea florista explica el tamaño descomunal de aquellos rosales, a mí las plantas no me duran más de una semana, y mucho menos me crecen a un tamaño como ese.

—Tenías un arma, Leni, me apuntaste con ella. ¿Me explicas eso?

Vuelve a sonreír, apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante como si fuese a contarme un secreto. Contengo la respiración mientras un calor sofocante me recorre todo el cuerpo.

—Era de perdigones—susurra divertida, dejándome sin habla.

—¿De perdigones?

—Así es, la verdad es que dan el pego. O te fijas bien o parecen de las que te pueden reventar la cabeza, y tú no estabas como para fijarte en nada.

—La verdad es que no. No es que no te crea, Leni, pero necesitaré ver esa pistola.

—Si lo que quieres es venir a mi casa puedes decirlo sin rodeos, estaré encantada—suelta guiñándome un ojo a la vez que se echa hacia atrás y se acomoda en su silla.

El gesto me corta el aliento y me deja tan fuera de juego que Leni vuelve a sonreír de lado sabiendo que ha logrado el efecto que buscaba. Turbarme la mente completamente.

—Necesito que te centres, Leni, por favor—le pido tras respirar hondamente.

—Está bien, perdona. Aunque no lo parezca, el hecho de que estés aquí de forma oficial me pone un poco nerviosa, y cuando estoy nerviosa no tengo filtro.

Pues no, la verdad es que no me parece nada nerviosa, no he visto a una mujer más segura de sí misma en toda mi vida.

—No pasa nada.

En realidad, sí que pasa, porque no me deja pensar con claridad, pero debo reconocer que todo este coqueteo me gusta.

—Escucha, estoy aquí por tu hermano...

—¿Le ha pasado algo a Dani? —me interrumpe asustada, irguiéndose con la cara desencajada.

—No, no, tranquila. Daniel está bien—contesto tratando de calmarla.

—Joder, casi me da un puto infarto, Miriam. No puedes empezar las frases así...—me regaña poniéndose en pie para pasear por la pequeña habitación.

Yo también me levanto de la silla con cierto esfuerzo, con todo lo que me impone esta chica solo falta que encima me mire desde arriba.

—Perdona, de verdad que no quería asustarte—me disculpo colocándome frente a ella.

—¿Qué es lo que pasa con Dani?

—Supongo que no tengo que recordarte lo que pasó ayer en tu jardín—digo elevando una ceja mientras me muerdo el labio sin querer.

—No, claro que no—dice clavando su mirada en mi boca.

—Acabé en tu jardín porque perseguía a un chico que acababa de arrancarle el bolso del brazo a una pobre señora.

—¿Y eso que tiene que ver con mi hermano? —pregunta sin comprender.

—Tu hermano era ese chico, una testigo le ha reconocido esta mañana y ahora está en comisaría.

Leni palidece y arruga las cejas como si le acabase de contar algo que es imposible, pero no dice nada, parece que por primera vez se ha quedado sin palabras.

—Escucha, Leni, tu hermano asegura que él no ha sido, según cuenta estuvo toda la mañana contigo. Lamento mucho la situación, pero...

—Es verdad—me corta recuperando toda esa seguridad que parecía haber perdido.

—¿Cómo dices?

—Que es verdad, no puede ser que ese chico fuese Daniel, porque mi hermano estaba conmigo.

La sorpresa que me produce lo que acaba de decirme hace que los ojos se me abran de forma exagerada.

—Es broma, ¿no?

—No—responde tajante.

—No me lo puedo creer—digo resoplando—sabes que no es cierto, yo misma le perseguí durante varios minutos y pude ver su forma de correr, y te aseguro que corría del mismo modo que lo ha hecho esta mañana cuando hemos ido a su casa a buscarlo. Era él—afirmo convencida.

—No puedes acusar a mi hermano por correr igual que un caco al que perseguiste ayer. Eso lo sabemos las dos.

De verdad que si me pinchan no sangro, tendrá jeta la muy cabrona.

—Leni, yo caí en tu jardín por si no te acuerdas, y tú saliste en pijama y con los pelos alborotados. Está claro que yo te desperté, si hubiese habido alguien más en la casa también hubiese salido.

—No entraste en mi casa, Miriam, y mi hermano duerme como un tronco—afirma contundente.

—Oh, por favor—resoplo alucinando.

El resto de lo que iba a soltar se ve interrumpido cuando veo como Leni se dirige hacia mí, en tres pasos ante los que no soy capaz de reaccionar, recorta la distancia que nos separa y se pega tanto a mí, que además de hechizarme con su dulce aroma, me provoca una descarga eléctrica que me deja completamente atontada.

—Es tu palabra contra la mía—susurra en mi oído a la vez que sus dedos acarician mi brazo de forma sutil—no tienes pruebas, Miriam.

—Dar una coartada falsa es un delito, Leni—logro decir sin conseguir evitar que mis dedos también acaricien su brazo.

Me cago en mi vida, ¿qué coño me pasa con esta mujer? ¿Me ha lanzado algún hechizo que la convierte en alguien irresistiblemente tentador para mí?

—Sabes de sobra que sin pruebas no tienes nada, y yo me reafirmaré ante quien haga falta, Dani estaba conmigo.

Ahora ya no pasa el aire entre su cuerpo y el mío. Sus labios están tan cerca de los míos que me están entrando ganas de llorar ante la impotencia de no ser capaz de detener esto.

—Ahora te voy a besar, Miriam—susurra rozando mis labios con los suyos.

Creo que puedo escuchar el ritmo frenético tanto de su corazón como del mío. Coloco ambas manos en su cara para sujetarla y apoyo mi frente contra la suya ejerciendo una presión intensa, tan intensa como todo ese deseo que me recorre por dentro y que me empuja hacia ella.

Leni no se mueve, solo jadea contra mis labios esperando a que llegue ese ansiado beso que las dos necesitamos. Sus manos se colocan sobre las mías con suavidad y sus dedos dibujan la línea de los míos torturándome de un modo tan inteligente como cruel.

Juro que estoy usando estos segundos para tratar de encontrar un poco de voluntad para detener esta locura. Es la hermana de un delincuente y está mintiéndome en la cara por él y, aun así, todo eso pasa a un segundo plano cuando pienso en lo mucho que me gusta, en lo mucho que la deseo y en la inundación que hay entre mis piernas desde que me ha rozado.

El timbrado del teléfono nos hace votar del susto. Aprovecho la ocasión para dar un paso atrás y alejarme de ella mientras trato de recuperar la cordura y de que mi respiración se normalice. Leni atiende la llamada con cara de fastidio, y tras una breve conversación en la que anota un par de cosas, finalmente cuelga.

—Quédate ahí—le pido arrancándole otra de esas putas sonrisas que me enervan.

Necesito que esté alejada de mí, porque como vuelva a acercarse me da igual estar de servicio o que me echen del cuerpo.

—¿Estás segura de que quieres confirmar la coartada de tu hermano?

—Totalmente.

—Como quieras—digo sin poder creérmelo todavía—haré una llamada y podrás ir a buscar a tu hermano si quieres.

—No quiero, ya es grandecito para volver a casa solo—dice con un tono que me demuestra el enfado que en realidad tiene.

—Tú también eres mayorcita, deberías darle ejemplo—escupo con rabia.

Capítulo 7

Leni

—No mezclemos las cosas, Miriam, por favor—le pido sin apartar la vista de esos ojos almendrados, decorados por dos mejillas sonrojadas que me apetece morder.

—¿Qué no mezclemos? ¿Cómo puedes tener tanta cara, Leni? Eres tú la que está mintiendo deliberadamente para proteger a un delincuente, no me pidas que haga ver que no pasa nada. Soy policía, por si no te acuerdas—dice dando un paso hacia delante.

—Mi hermano no es un delincuente...

—Para tu información, tu querido hermanito le dio un susto de muerte a una pobre señora ayer por la mañana, y por si eso sirve de algo para que te retractes de tu estúpida decisión de protegerle, tuvieron que llevarla al hospital para que la atendieran por un ataque de ansiedad.

—Lo lamento por ella—digo intentando sonar firme—pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Claro que tiene, tiene que ver contigo y con el angelito de tu hermano, te recuerdo que por su culpa me pegué una hostia importante y me duele entre las piernas de un modo que ni te imaginas—asegura echando fuego por los ojos.

—Yo podría solucionar el tema entre tus piernas—suelto sin pensar.

Para cuando me doy cuenta de lo inoportuno que ha sido mi comentario, Miriam tiene los labios entreabiertos y me observa como si valorase la posibilidad de que eso sea cierto. Contengo la respiración y trato de calmar esa excitación que me devora desde que la he visto.

—Eres una fanfarrona y una mentirosa—me ataca con la misma rabia de antes.

—Tal vez sí o tal vez no, Miriam, no me conoces como para afirmar algo así.

—No sé si quiero conocer a alguien como tú.

—Sí que quieres, y yo también quiero conocerte a ti.

Madre mía, de verdad que por norma me cuesta filtrar, pero es que con ella soy incapaz de controlarme, las palabras salen por mi boca al mismo tiempo que aparecen en mis pensamientos.

—Vamos a añadir la arrogancia a tu bonita lista de cualidades.

Sonrío, sé que a ella no le hace ninguna gracia, pero a veces me mira de un modo que siento que me traspasa por dentro como nunca nadie lo había hecho, y en esos momentos lo único que se me ocurre para salir del paso y disimular ese hormigueo intenso que me provoca, es sonreír. Y lo hago con gusto porque noto que le gusta.

—Se acabó—dice de pronto—vamos a tu casa, quiero que me enseñes esa pistola de perdigones.

—¿Ahora? —pregunto atónita.

—Sí, ahora. No me inspiras ningún tipo de confianza, así que no voy a darte margen a

que compres una si me has mentido. Me da igual que estés trabajando.

—No sabes cómo me pone que te pongas autoritaria.

Reconozco que esta vez lo he dicho a propósito, tratar de seducirla es lo más excitante que he hecho jamás.

—No quieras verme sacando las esposas—responde sin amedrentarse ni un poco.

Así no me ayuda, cada palabra que sale de su pequeña boca hace que me guste cada vez un poco más, si es que se puede.

—¿Quieres ponérmelas? —pregunto ofreciéndole mis manos juntas.

—Si te las pongo ahora no será para lo que tú piensas, guapa.

Miriam abre la puerta y sale del despacho, yo la sigo y me pego a ella hasta casi respirarle en la nuca.

—¿En qué crees que pienso, Miriam?

—No sé—dice deteniéndose en seco y girándose sin que me lo espere—¿en quitarme las bragas, tal vez?

—Tal vez, ¿quieres que te las quite? —pregunto haciendo gala de todo mi aire seductor.

—Que te den, Leonor.

Miriam se da la vuelta y vuelve a caminar hacia la tienda.

—Eso ha sido un golpe bajo—protesto torciendo el gesto.

—Mentir también lo es, y muy ruin.

Por suerte para mí, llegamos a la tienda y tengo una excusa para no contestar, porque eso último no tiene defensa posible. Me meto tras el mostrador, donde Ana atiende con paciencia y como puede a la cola que se ha formado.

—Menos mal que has vuelto.

—No te emociones. Me ha surgido algo y tengo que marcharme.

—¿En serio? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—En serio. Te prometo que te compensaré, ¿vale? No dejes entrar a más clientes y cuando acabes con los que hay echa el cierre, yo no creo que vuelva a tiempo.

—Tranquila, yo me ocupo. ¿Va todo bien? —pregunta mirando a Miriam.

—Sí, no te preocupes. Es solo un asunto sin importancia. Nos vemos mañana.

Tras despedirme de Ana, le hago un gesto a Miriam y salimos a la calle.

—¿En tu coche o en el mío? —le pregunto tanteándola.

—El tuyo, yo no he traído.

—Perfecto, te devolveré a casa antes de las doce, cenicienta.

—Volveré en taxi, no te preocupes.

Decido dejar de tensar un poco la cuerda, estoy segura de que tanta muestra de parsimonia ante lo que me ha contado de mi hermano no hace más que señalarme como más culpable de lo que ya me siento. Subimos al coche y al igual que ayer, hacemos el trayecto en silencio, solo que este es de otro tipo, es más tenso y está cargado de una connotación sexual evidente.

Unos metros antes de llegar, activo el mando para que la puerta de fuera se vaya abriendo y una vez estamos entrando le doy al del garaje. Miriam sigue sumida en un mutismo que me gustaría romper, pero ahora mismo no encuentro ningún argumento para hacerlo, además la noto débil, quizá el día le está pasando factura a todos los golpes que hay bajo esa ropa que tanto me gustaría quitarle.

Abro la puerta que comunica el garaje con el interior de la casa e invito a Miriam a pasar.

—¿Esperas aquí y la traigo o quieres perseguirme por si hago algo sospechoso? —le vacilo.

—Te seguiré, no me fío de ti, ¿recuerdas?

Lo recuerdo, y me duele que sea así, pero no puedo hacer nada para evitarlo. Me lo he ganado.

—Pensé que me costaría más llevarte a la cama, la verdad—suelto pasando por su lado.

—Eres insoportable y una auténtica...

—Una auténtica, ¿qué? —pregunto girándome de golpe para cortarle el paso.

Miriam me esquivo como una ninja y me tengo que conformar con respirar el aroma del perfume que ha dejado a su paso. Me doy cuenta de que, como buena policía, lo va observando todo con ojo clínico hasta que llegamos a mi habitación, donde se detiene y mira en su interior de un modo diferente que me hace sonreír.

—Está en ese cajón, ábrelo tú misma para que veas que no hago ningún truco de magia.

—Eres...—dice furiosa en cuanto lo abre y ve toda mi ropa interior.

—Eres tú la que ha querido ver la pistola, está bajo la ropa.

Miriam levanta varios conjuntos con cierto pudor hasta que por fin da con la pistola y la coge utilizando una de mis braguitas para no tocarla con los dedos.

—¿Crees que he matado a alguien a base de perdigonazos? Soy dura, Miriam, pero no tanto.

Me ignora totalmente y comprueba que en efecto la pistola es de perdigones.

—¿Contenta?

—Estaría más contenta si contases la verdad, crees que ayudas a tu hermano, pero te aseguro que no le estás haciendo ningún favor.

—No necesito tus sermones, Miriam, de ti me gustaría tener otras cosas—digo cortante —¿has terminado?

—Sí, he terminado—escupe dejando la pistola y las braguitas en el cajón.

Sale de la habitación y se detiene en la de enfrente antes de que me dé tiempo a reaccionar.

—Es una casita pequeña—dice girándose hacia mí—no veo más habitaciones que esta y esa, y en esa no veo ninguna cama. ¿Tu hermano duerme contigo?

—Que te jodan, Miriam—digo invitándola a caminar hacia el salón.

—Deberías tratarme con respeto, recuerda que estoy aquí en calidad de policía.

—Me da igual la calidad, si tienes algo contra mí me detienes, ya te he dicho que me encantará que me pongas las esposas, pero si no es así, creo que el *tour* por mi humilde morada ha terminado.

—Hoy te libras de las esposas, pero puede que otro día no, Leni. No siempre os vais a salir con la vuestra.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia, pero tú tómatelo como quieras.

—Ya veo.

—Me hubiese gustado verte en otras circunstancias, en serio—confiesa abriendo la puerta para salir.

—Pues hazlo posible, Miriam, no mezcles las cosas—le suplico colocándome a su

lado.

—Ojalá pudiese, déjame salir—exige mirando mi mano, que de forma totalmente inconsciente he colocado sobre la puerta.

—No te he preguntado cómo estás, ¿fuiste al médico?

—¿De verdad te preocupa? —pregunta sarcástica.

—Sí, me preocupa.

—Me lo ha hecho tu hermano y tú vas a mentir para que salga impune de esta, no creo que te preocupe tanto.

Miriam abre la puerta y se marcha dando un portazo sin mirar atrás. Apoyo la espalda contra la pared y maldigo al gilipollas de mi hermano. ¿Es que no se va a cansar nunca de joderme la vida?

Capítulo 8

Miriam

Al día siguiente llego a comisaría con un humor que no me aguanto ni yo misma. Que Daniel Luján se vaya de rositas porque su hermana miente es algo que no soporto. Su hermana, la jodida Leni, creo que eso es lo que me enerva del todo, que esa cabrona me estuviese mintiendo en la cara y yo no dejase de caer rendida a sus encantos una y otra vez.

No he podido dormir por su culpa, no puedo quitármela de la cabeza. Cada vez que cierro los ojos veo esa sonrisa ladeada que me corta el aliento.

Saludo a Bermúdez y de nuevo tengo que sortear con educación otra de sus invitaciones. ¿Por qué les cuesta tanto a los hombres darse cuenta de que no tienen nada que hacer con ciertas mujeres?

Llego al despacho de la inspectora Blanco y vuelvo a llamar para anunciar mi presencia a pesar de que su puerta siempre está abierta.

—¿Qué tal se encuentra hoy? Diría que tiene peor cara que ayer—masculla tras escanearme de forma rápida.

La verdad es que no me encuentro nada bien, la mezcla del dolor de mis heridas sumada a no haber descansado nada bien, me tiene en un estado que solo hace que sienta ganas de tumbarme a dormir una semana.

—He tenido días mejores.

—Siento que tuviera que soltar a ese desgraciado, pero le servirá para acostumbrarse a una de las partes más oscuras y desesperantes de nuestro trabajo, tener que dejar en libertad a alguien a pesar de saber que es culpable. En este caso era un ladrón de poca monta, pero a veces son violadores o asesinos, eso le quita a una el sueño durante semanas, se lo aseguro, agente.

—La creo, y dudo mucho que consiga acostumbrarme a eso.

—No lo hará, simplemente encontrará la manera de convivir con ello.

—¿Le importa si indago un poco más sobre Luján? Bermúdez me dijo que no era su primera detención.

—Por supuesto. Ya le he dicho que hasta que no esté recuperada no la meteré en ningún caso complicado. De hecho, coja el expediente y márchese a casa, Lozano. Tiene usted hoy un aspecto lamentable.

—Se lo agradezco—acepto de buena gana—hoy el dolor no me está dando mucha tregua.

—No me lo agradezca tanto, cuando esté usted recuperada pienso exprimirla al máximo. Ahora váyase, que tengo una reunión con el comisario y no me gustaría llegar tarde por su culpa.

Definitivamente empiezo a pensar que toda esa dureza de la inspectora Blanco es pura fachada. Le dedico una sonrisa sincera y tras hacerme con el expediente completo de Luján,

me voy a casa.

Cuando estoy a punto de cruzar el portal, me encuentro de sopetón con Elvira, que sale a toda prisa como si el edificio estuviese en llamas.

—Miriam, creía que habías ido a trabajar. ¿Todo bien? —pregunta deteniéndose a mi lado.

—Sí, tranquila, lo que tengo que hacer puedo hacerlo desde casa, y la verdad es que hoy he dormido muy mal y no me vendrá mal estar cómoda en el sofá. ¿A dónde vas con tanta prisa? Tienes tiempo de sobra—digo mirando el reloj.

—Sí, pero es el cumpleaños de una compañera y hemos quedado un poco antes para darle una sorpresa en el vestuario.

—Pues no te entretengo más.

—Tú no me entretienes, tonta. Oye, vente esta noche a cenar, Julia volvió ayer del viaje y le apetece verte, además, seguro que te ha traído algo.

—No sé, hace días que no os veis.

—Lo compensamos anoche—se jacta con una sonrisa chulesca.

—Zorra.

—Envidiosa.

—Mucho.

—Nos vemos esta noche a las ocho. No llegues tarde.

Me despido de Elvira y por fin entro en mi apartamento, cansada como si llevase todo el día fuera. Me preparo un café y junto a un paquete de galletas, lo llevo al salón. Me pongo un chándal, me acomodo en el *cheslong* tapada con una manta de franela y me dedico a leer página a página todo el expediente de Daniel Luján.

Cuando termino no me puedo creer lo que veo, Daniel ha sido detenido cinco veces por hurtos menores y en cuatro de ellas la coartada para librarse ha sido su hermana. Joder con Leni.

En algún momento he debido de quedarme dormida, y cuando me despierto y miro la hora los ojos se me abren como dos enormes platos. Han pasado tres horas que me han hecho recobrar una buena dosis de energía. Me desperezo y bostezo, notando como me tira la herida de la frente y se despierta poco a poco el dolor de mis piernas cuando me muevo.

Me doy una ducha y observo con atención la cara interna de mis muslos, las heridas ya van cicatrizando y los moratones van cambiando de color de un modo camaleónico. Me hago algo de comer que devoro descubriendo que tenía más hambre de la que pensaba, y tras comprobar que el chándal que me dejó Leni ya se ha secado, lo meto en una bolsa, cojo el bolso y las llaves del coche y sin pensármelo mucho para no arrepentirme, conduzco hasta su floristería y me quedo en el coche hasta que la veo llegar y subir la persiana para abrir su negocio.

Cuando entro la campanilla de la puerta anuncia mi presencia y una voz, la suya, se oye desde el interior erizándome la piel.

—Un segundo, por favor.

Mientras espero, me dedico a mirar las flores y me quedo embobada observando una de color blanco con decenas de pétalos que se extienden desde el centro de forma milimétrica.

—Son crisantemos, ¿quieres saber de dónde viene su nombre? —pregunta apareciendo de repente.

Leni se pega a mi espalda dejando que los susurros de su voz me hipnoticen de un modo tan embriagador, que lo único que puedo hacer es asentir y dejarme envolver por la calidez de sus palabras.

—Cuenta la leyenda que un campesino volvía a casa la víspera de Navidad. Por el camino, encontró a un niño pequeño tirado sobre la nieve, y al verlo, lo cogió en brazos y lo llevó hasta su hogar junto a su mujer y sus hijos. La familia lo acogió con alegría y le dieron refugio y comida. A la mañana siguiente, el niño les reveló que en realidad era el niño Jesús, y tras eso se marchó. Cuando el campesino pasó de nuevo por el lugar donde lo había recogido la tarde anterior, vio que habían nacido unas flores blancas como las que tienes ante ti—señala rozando su mejilla con la mía—el hombre recogió algunas y se las llevó a su esposa, quién las bautizó como crisantemos, significa flores de oro. Desde aquel día, cada Nochebuena la familia acogió a un niño pobre.

En algún momento mientras hablaba, su cuerpo ha terminado de pegarse al mío por la espalda y su cabeza está apoyada en mi hombro mientras sus manos rodean mi cintura y las mías reposan sobre las suyas como si ambas formásemos parte de una sola pieza.

—Es una historia bonita—consigo decir en un intento de abandonar con dignidad esta nube en la que me ha conseguido envolver, tan solo con el sonido suave de su voz.

Desde hace rato es como si el mundo hubiese dejado de existir para nosotras, por mucho ruido que haya en la calle yo no escucho nada que no sea su respiración pausada y cálida junto a mi cuello.

—Conozco muchas más, podría contarte una cada tarde—asegura haciendo que cierre los ojos y piense en lo increíble que sería eso.

Lo pienso, sí, y me encantaría que lo hiciera si no fuese una maldita mentirosa que adorna sus mentiras con flores y leyendas.

—Seguro que esto te funciona con muchas chicas, ¿a cuántas has seducido así?

—Yo solo quiero seducirte a ti, todo lo demás no importa.

—A mí sí—digo rompiendo el hechizo y separándome de ella con un gesto casi hostil.

—¿Por qué nos haces esto?

—¿Nos hago? —respondo a punto de que la sangre comience a hervirme en las venas—nos lo has hecho tú, Leni.

—No me conoces, Miriam, así que no te atrevas a juzgarme. Tal vez no esté haciendo las cosas bien para tu gusto, pero hago lo que creo que es correcto.

—¿Correcto? —pregunto sin salir de mi asombro—joder, lo correcto—repito con los ojos en blanco—mentir cuatro veces para defender a un delincuente no es correcto, por muy hermano tuyo que sea.

—Tú no sabes nada de mí ni de mi hermano—se defiende enfadada.

—Pues cuéntamelo, cuéntamelo para que lo entienda.

Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que necesito comprender su comportamiento, y esto solo me indica que Leni, además de gustarme, me importa más de lo que debería, pero no por ello voy a dejar que me engatuse con sus juegos.

—Cena conmigo y a lo mejor te cuento algo.

Le clavo un dedo en el hombro dispuesta a decirle todo lo que pienso de ella y de ese comportamiento de conquistadora sobrada que hace que me tiemblen las piernas, pero en lugar de eso, lo que hago es pegarme a ella hasta que la punta de mi nariz roza la suya, a Leni se le corta el aliento y clava sus ojos en mis labios, sirviéndome en bandeja encontrar

el efecto que buscaba.

Coloco mi dedo índice en su labio superior y lo deslizo hasta llegar a su labio inferior, donde presiono suavemente y lo arrastro hacia abajo, provocando que sus labios se abran más que dispuestos a recibirme. Sería una hipócrita si dijese que no deseo besarla, pero en este momento, dejarla con las ganas es mucho más placentero que cualquier otra cosa. Una cosa es que me mienta y otra que de por hecho que me tiene en el bote.

Exhala un suspiro ansioso y aparto el dedo dejando sus labios al descubierto. Están tan brillantes como receptivos.

—Besarme no es tan fácil—susurro a la vez que me apoyo en ese dedo para empujarla y apartarla de mí.

Leni me observa aturdida al principio y me aguanto las ganas de soltar un grito de victoria, ¿qué se piensa? Supongo que está acostumbrada a que todas las mujeres caigan rendidas a sus encantos de malota medio delincuente, pero conmigo lo va a tener complicado, cada vez que recuerdo lo ancha que se quedó mintiéndome a la cara me hierve la sangre y la rabia se apodera de mi cuerpo.

La campanilla de la puerta vuelve a ser la encargada de romper el momento de tensión. Ella recupera su mirada desafiante y me observa de un modo que no tengo claro si me acabo de convertir en un reto para ella o en una presa. En cualquier caso, ambas opciones me gustan, si de verdad le intereso va a tener que demostrármelo con creces.

Leni se gira hacia la puerta, donde un señor mayor espera paseando entre las estanterías hasta ser atendido.

—No te vayas, Miriam, por favor—suplica—dame un segundo.

Decido dárselo, por un lado, para regodearme y felicitarme mentalmente por haber logrado detenerla y segundo para que mis pulsaciones se relajen, porque seamos sinceras, tenerla tan cerca y no besarla ha sido el mayor acto de voluntad que he hecho en mi vida. Ni cuando hice dieta después de ganar un par de kilos que supondrían un problema extra para que superase las pruebas físicas recuerdo que me hubiese costado tanto.

Cuando el hombre se marcha Leni sonrío de medio lado y me enfoca con los ojos todavía brillantes de excitación, como si durante el tiempo que el señor ha estado aquí, hubiese trazado un plan maquiavélico que le permita devolvérmela. Yo también le sonrío mientras se acerca, la pobre con el calentón es casi tan evidente como un hombre.

—Solo he venido para devolverte el chándal—escupo cuando veo que va a decir algo.

—Eres única rompiendo el momento—asegura con su sonrisa de matadora.

—No hay momentos entre nosotras, Leni. Quizá si las circunstancias hubiesen sido otras la cosa sería diferente, pero has elegido jugar en el banquillo contrario.

—Tendremos nuestro momento, Miriam—suelta haciendo alarde de toda esa seguridad que le sobra a raudales—puedes hacerte la dura el tiempo que quieras, pero tarde o temprano caerás.

Me cago en la leche. No puedo con su fanfarronería, cuando se pone así me entran unas ganas locas de estrangularla con mis propias manos.

—No tendremos nada—contesto tratando de que no note lo mucho que me cabrea que haga eso.

—Tú y yo sabemos que sí.

—Ah, ¿sí? —pregunto poniendo los brazos en jarras—¿y cuándo será eso si puede saberse?

Será pedante.

—Esta noche, cuando vengas a cenar a mi casa.

—No pienso ir a cenar a tu casa.

—Entonces iré yo a la tuya.

Alzo las cejas sin poder contener el asombro que me produce su descaro.

—Ni lo sueñes, además, esta noche ya tengo planes.

—Mañana entonces.

—¿Qué pasa? ¿Tú nunca te rindes?

—Jamás si lo que busco merece la pena.

—Ya veo, eres de esas que tiene respuesta para todo. Supongo que te debe funcionar con las demás, pero conmigo has dado con una piedra.

—Mejor, me gustan los retos.

—Adiós, Leni—digo desesperándome.

—Espera, dame tu número.

—No—respondo con chulería.

—¿Y un beso de despedida? —pregunta altanera.

Le entrego su bolsa empujándola contra su pecho y paso por su lado para salir mientras ella sonríe.

—Sé dónde vives, Miriam—grita cuando estoy en la puerta.

¿Qué sabe dónde vivo? ¿Y qué quiere decir con eso? ¿Se va a presentar en mi casa? Me guardo todas mis preguntas porque no quiero darle ideas y me giro hacia ella dispuesta a soltarle una fresca, pero la muy cabrona me guiña un ojo antes de que lo haga y por un momento pienso que todo mi esfuerzo no ha servido de nada porque se va a quedar con la última palabra. Eso me cabrea mucho más, así que simplemente me limito a devolverle el gesto provocando que me mire con sorpresa. ¡Ja! Chúpate esa, Leni Luján.

Capítulo 9

Miriam

—Llegas tarde—protesta Elvira en cuanto me abre la puerta.

—Solo un poco, dicen que es bueno hacerse esperar.

—¿Dicen? Eso te lo acabas de inventar tú ahora mismo, anda, pasa—me invita poniendo los ojos en blanco.

Camino hacia el salón con toda la confianza de una amistad de años y en él me encuentro a Julia levantándose del sofá para recibirme con un abrazo que echaba de menos, a pesar de que solo hace un par de semanas que no la veía.

Cuando me observa bien, los ojos se le abren como dos faros, pero yo me lanzo hacia sus brazos y la rodeo estrujándola con fuerza.

—Estoy bien, no es nada.

—¿Nada? Menudo zarpazo llevas ahí—dice alzando mi rostro por la barbilla para observar bien mi frente.

—Pues si vieras lo que tiene entre las piernas pensarías que se ha peleado con una gata salvaje—suelta Elvira riendo—venga, bájate el pantalón y déjame ver como tienes los rasguños—exige poniéndose seria.

—¿De verdad habláis en serio? ¿Qué habéis hecho mientras yo no estaba? —pregunta Julia incrédula.

—Tuve un percance la otra mañana, pero no es nada.

Yo le resto importancia, pero cuando me bajo los pantalones y Julia ve como tengo las piernas se echa las manos a la cabeza.

—Joder, Miriam.

—Es más aparatoso que otra cosa, aunque escuece horrores.

Elvira examina los rasguños y da su visto bueno.

—Está mucho mejor que ayer. ¿Cómo va esto de dolor? —pregunta señalando mi sexo.

—Bueno, si nada me aprieta va bien, lo estoy pasando peor cuando me siento. También me duele el culo—admito haciendo una mueca.

—De verdad que todavía tienes que dar gracias por no haberte roto nada.

Me vuelvo a subir el pantalón y mientras llevamos todos los platos a la mesa, le explico a Julia mi hazaña sobre el muro.

—Esa pobre mujer que vivía en la casa tuvo que flipar—dice buscando el lado cómico de la situación.

—De pobre mujer nada, esa es más lista que nosotras tres juntas—suelto sin pensar.

—¿Qué nos hemos perdido? —pregunta Elvira entornando los ojos.

—Nada.

Me dejo caer en la silla y mi culo se resiente haciendo que me cague en tres generaciones de los hermanos Luján. Julia se sienta a mi lado y arrastra mi silla hasta

dejarla frente a la suya.

—Habla.

—¿Eh? —bufo tratando de ganar tiempo.

—Ya me has oído, ¿qué problema tienes con esa mujer? ¿Te dijo algo que te molestase? —pregunta tratando de sonsacarme.

Finalmente, me rindo y les explico de un modo bastante resumido toda la situación, esa situación en la que una mujer que ha cometido el delito de dar una coartada falsa tiene la desfachatez de intentar ligar conmigo. Me pregunto dónde tiene los límites esta chica.

Tanto Elvira como Julia se mueren de la risa cuando termino de hablar. Yo las miro a ambas tratando de averiguar qué coño les hace tanta gracia, pero como las cabronas no paran, al final me contagian y acabo riendo yo también.

—Me cae bien—suelta Julia cuando se recompone.

—¿Te cae bien? —pregunto atónita.

—Ya te digo, me encanta la gente que va de frente.

—¿Desde cuándo mentir es ir de frente? —pregunto alucinada.

—Esa es otra clase de mentira, Miriam, tiene como finalidad proteger a su hermano. Yo no digo que comparta lo que hace ni que me parezca bien, pero hay que ser muy valiente para hacer algo así.

—Joder, si quieres te la presento—ironizo alzando la vista hasta dejar los ojos en blanco.

—No creo que tardes.

—¿Perdona?

—Te gusta, admítelo.

—Es una delincuente y yo policía, es incompatible que me guste.

—Incompatible, pero no imposible. Creo que por eso estás tan enfadada con ella, crees que sentirte atraída por alguien que está en lo que tú consideras el lado de los malos va en contra de tus principios, pero ¿qué principios son esos, Miriam? No te ha hecho nada, solo ha dado coartada a su hermano por haber robado un bolso, no le ha hecho daño a nadie, y si no llega a ser porque fuiste tú misma la que lo persiguió, habrías dado por válida su versión.

—Hablas como si robar un bolso no fuese nada, esa señora casi se muere del susto, Julia.

—Sabes que no me refiero a eso, cariño—dice inclinándose hacia mí, sonriendo con ternura—estamos mareando la perdiz solo porque no quieres admitir que esa chica te atrae, y cuando te esfuerzas tanto en ocultarlo es porque te gusta mucho.

—Está bien, me gusta, ¿contenta? —reconozco resoplando.

—Mucho mejor así, ahora come, que necesitas energía para recuperarte.

—¡Es que encima ha tenido el morro de pedirme una cita! —exploto de repente.

Joder, como necesitaba expresarlo en voz alta.

—Actúa dando por hecho que aceptaré, como si yo estuviese desesperada por verla. Me mira como si estuviese desnuda y joder, me está volviendo loca—explico tras un bufido.

—¿Loca de aquí? —pregunta Julia tocando mi cabeza con su dedo índice—¿o loca de aquí? —sigue, clavándolo esta vez en mi pecho.

—¿De los dos sitios?

—Lo que yo digo, cariño—dice dirigiéndose a Elvira que me observa con gesto divertido—esa mujer me cae bien.

—Me alegra que os lo paséis bien a mi costa—suelto riendo por fin.

—Lo que tienes que hacer es tragarte tu orgullo y quedar con ella de una vez—añade Elvira interviniendo por primera vez.

—¿Quedar con ella? Ni loca, no voy a darle ese gustazo—me niego rotunda.

—El gustazo igual te lo da ella a ti—bromea Julia cabreándome.

—Que Leni me guste no significa que yo deba tragarme mi orgullo. Vosotras no estabais allí cuando fui a preguntarle. Fue como si se riese en mi cara, no le tembló la puta voz ni un segundo, ni siquiera dudó. No tenéis ni puta idea de la impotencia que sentí en ese momento—confieso indignada—no solo tiró mi trabajo por tierra sin pestañear, sino que a esa pobre mujer no se le hará justicia.

—Bueno, visto así te doy la razón—admite Julia—pero reconoce que tiene valor. Eres la poli a la que tuvo que mentir, otra en su lugar se habría apartado cabizbaja y hubiese dejado pasar la oportunidad de conocerla. Pero ella no se rinde a pesar de saber que la odias.

—Ella lo que tiene es mucha cara y poca vergüenza.

—Tal vez—se ríe Elvira—pero esa caradura sinvergüenza te gusta, Miriam. Parece que tienes un problema.

Ahora se ríen las dos y comprendo el significado de la famosa frase de ten amigas para esto.

El resto de la velada transcurre con Julia contándonos sus aventuras durante su viaje de trabajo. Siempre he admirado su capacidad para atraparte con cada una de sus historias, lo cuenta todo con tanto énfasis que cuando me marché de su casa a veces no tengo claro si le ha pasado a ella o me ha pasado a mí.

Capítulo 10

Leni

Lamentándolo mucho por Ana, hoy he decidido tomarme la mañana libre con la intención de hacer un par de cosas. La primera es una visita al capullo de mi hermano que, seguro que estará en su apartamento durmiendo a pata suelta, cuando salga de allí quizá vaya a ver a mi madre.

Después de llamar al timbre con insistencia varias veces, por fin escucho ruido al otro lado de la puerta.

—Ah, Leni, eres tú—me saluda su compañero de piso.

—Hola, Salva, no me lo digas, está en su habitación.

—Allí mismo—sonríe haciéndose a un lado.

Tenía pensado no decirle nada porque he llegado a la conclusión de que es totalmente inútil hacerlo. He intentado hacer entrar en razón a Dani tantas veces que hasta he perdido la cuenta.

Siempre la misma historia, yo le suelto el sermón de que así no acabará bien y que no puedo estar ayudándole siempre, él jura y perjura que no lo hará más, que ha sido la última vez, y yo como una gilipollas siempre acabo creyéndolo. Se tiene que acabar.

No necesito que alguien como Miriam me explique que no le hago ningún favor, eso lo sé yo sola, pero a pesar de sus veinticinco años es mi hermano pequeño y no logro deshacerme de ese instinto de protección que he sentido siempre hacia él.

Cuando entro en su habitación y lo encuentro tumbado en la cama la ira crece dentro de mí de un modo inexplicable, en parte porque, además, huele tanto a hierba que creo que me voy a colocar, y por otro lado creo que Miriam tiene mucho que ver en este nuevo estado de rabia que siento.

Odio que me mire de ese modo, como si yo fuese una delincuente o la peor persona que habita sobre la faz de la tierra, por primera vez en mi vida hay algo que empieza a importarme demasiado como para dejar que Dani me lo arrebate.

Enciendo la luz sin compasión, le doy un fuerte tirón a la sábana que lo cubre y abro la ventana para ventilar antes de que me desmaye del colocón.

—¡Joder, Leni! —protesta berreando.

—¿A una señora, Dani? —le grito arrancándole también la almohada para estampársela en la cara.

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

—Loco estás tú, ¿a ti qué coño te pasa? Por poco matas a esa mujer del susto y encima traes a una poli corriendo hasta mi casa.

—No sabía qué hacer, Leni, te lo juro, no lograba quitármela de encima, aquella cabrona corría casi más que yo.

—No la llares cabrona, el único cabrón que hay aquí eres tú—lo corto sintiendo una

enorme necesidad de defender a Miriam.

Pues sí que me ha dado fuerte.

—Sin querer corrí hacia un lugar seguro, supongo que por costumbre—continúa mientras le miro fijamente—intenté despistarla subiendo a los muros, pensé que no se atrevería, pero joder, debe ser equilibrista o algo. La tenía demasiado cerca y estaba cansado, así que le lancé el bolso, pensé que lo atraparía y me dejaría en paz, pero perdió el equilibrio y cayó hacia el patio. Fue entonces cuando me di cuenta de que era el tuyo, Leni, lo siento.

—No lo entiendes, Dani—digo decepcionada—me da igual que la trajeses hasta mí, de hecho, me has hecho un favor, porque gracias a ella voy a tener el valor suficiente para dejar que tú mismo te limpies la mierda solito. Se acabó, ¿me oyes? —digo con los ojos inundados—es la última vez, si vuelves a cagarla no cuentas conmigo, ya va siendo hora de que madures y asumas las consecuencias de tus actos.

—Ya lo he hecho, Leni, te lo juro. Esa fue la última vez, aquella mujer me dio un susto de muerte.

—No me líes más con tus mentiras, siempre dices lo mismo, me convences de que vas a cambiar y a la que me despisto, la policía está llamando a mi puerta.

—Que no, Leni, te prometo que esta vez es verdad. Estoy buscando trabajo.

—Ya veo como lo buscas, son las diez de la mañana y mira donde estás—digo echando una mirada de desaprobación a la habitación—deja de fumar esa mierda, te vuelve más gilipollas de lo que ya eres.

Así es como me despido de Dani, salgo de su habitación y le cierro la puerta de un portazo que hace temblar las paredes de todo el apartamento. Salva me mira asustado desde la mesa del comedor, donde trabaja con su portátil seguramente desde bien temprano, son como la noche y el día.

—No sé cómo lo aguantas—rezongo lista para salir de allí.

—Suele pasar mucho tiempo fuera y cuando está aquí, casi no sale de la habitación—dice encogiéndose de hombros—es prácticamente como vivir solo, con la diferencia de que el alquiler me cuesta más barato.

—Ojalá se le pegase un poco de ti.

Salva me sonríe sonrojado y me despido abandonando el apartamento de mi hermano con la determinación de cumplir lo que le he dicho.

Me subo al coche y conduzco hasta Gerona tomándomelo con calma hasta llegar a casa de mi madre. Reconozco que a pesar de tenerla a poco más de una hora, no vengo a verla todo lo a menudo que debería, pero es que para mi madre soy como un libro abierto, no necesito abrir la boca para que ella sepa por mi expresión si estoy preocupada, enferma, feliz o cabreada.

Cuando detecta cualquier síntoma es mucho mejor que cualquier profesional de la mente, sabe hacer las preguntas adecuadas para que sin darme cuenta acabe soltando todo lo que llevo dentro. Creo que por eso voy a verla, porque necesito saber hasta qué punto es real o preocupante todo lo que siento por Miriam.

Al llegar a la ciudad me tomo la libertad de pasear por las calles del casco viejo con tranquilidad. De algún modo, mis pasos me llevan hasta el pie de las largas escaleras que dan acceso a la Catedral de Gerona. Subo uno a uno todos los escalones y me paro frente a la entrada, de pequeña me gustaba asomarme al interior, me solía quedar atrás del todo

durante un rato porque me gustaba el olor a incienso y la paz que se respiraba allí dentro.

Llego a casa de mi madre casi a la hora de comer. Me recibe con una enorme sonrisa y los brazos extendidos dispuesta a estrujarme.

—¿Por qué no me has avisado? —pregunta entre beso y beso—habría hecho un caldo de los que te gustan, pero bueno, haré huevos con patatas, que eso en nada lo tengo y también te vuelve loca—resuelve arrastrándome hasta la cocina.

Obviamente ha dado por hecho que me quedo a comer, no es algo que tuviese planeado, pero desde luego no voy a negarme, nadie cocina mejor que mi madre.

Mientras la ayudo a pelar patatas le pregunto por su rodilla, aunque no venga a menudo sí que suelo llamarla cada pocos días.

—A veces me molesta un poco, pero ya se está curando. Darse un golpe con sesenta y siete años no es lo mismo que dárselo con treinta.

—Tengo treinta y uno, mamá.

—¿Qué más da uno arriba o abajo? Tú ya me has entendido—refunfuña mientras me río.

Mientras ella se ocupa de la sartén, yo pongo la mesa y le recojo la ropa, me entretengo doblándosela hasta que me llama para comer.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo van las cosas por la floristería?

Ahí va la primera de las preguntas, esta es de reconocimiento, tantea el terreno y según mi respuesta la siguiente irá en una dirección u otra. Siempre me digo que puedo dominar la situación si controlo mis respuestas, pero hasta la fecha jamás lo he conseguido.

—Bien, como siempre, no me haré de oro, pero para vivir tranquila me da.

Pincho unas cuantas patatas y noto como clava su mirada sobre mí, alzo la vista y la observo un segundo elevando las cejas con intriga.

—¿Qué? —pregunto divertida.

—¿Cómo se llama?

—¿Eh?

—No me tomes por tonta, tienes esa mirada chisposa que se te pone cuando te gusta alguien.

Ahí está, su detector funcionando a pleno rendimiento.

—Miriam—decido confesar sin rodeos.

—Miriam—repite—es bonito. ¿Sales con ella?

—No, que va. Ojalá.

Y aquí estoy yo, dando más detalles de la cuenta porque cuando me mira así soy incapaz de guardarme nada.

—¿Cómo la conociste? ¿Es clienta de la floristería?

—No, la conocí en mi casa.

—¿En tu casa? —pregunta perdida.

—Es complicado, mamá, ella es policía y...

—No me lo digas—me corta con el gesto descompuesto—tu hermano ha hecho otra de las tuyas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Eres adivina o qué? —pregunto sorprendida.

—¿Adivina? Ay, cariño, sigues siendo demasiado inocente cuando se trata de Daniel. No va a cambiar nunca, ¿qué ha hecho esta vez?

—Un robo sin importancia—miento para no decirle que atacó a una señora que

perfectamente podría ser ella.

—Todo es importante, hija.

—Me da igual, no quiero hablar de Dani.

—No, tú quieres hablar de ella—sonríe complacida.

—Supongo que sí. Creo que me odia, o al menos se empeña en hacérmelo creer.

—Es imposible odiarte, así que no la creas. ¿Por qué crees que hace eso? —pregunta extrañada.

—Porque hice algo, mejor dicho, dije algo en defensa de Dani y a ella no le gustó.

—No me extraña, Leni, si es que ese hermano tuyo solo te complica la vida, ¿cuándo te darás cuenta?

Para ella es fácil decirlo, no es su hijo, Dani es hermano mío solo por parte de mi padre. En el fondo agradezco que sea así, no me gustaría ver a mi madre sufriendo cada día por él, aunque sé que sufre por mí.

—Ya me doy cuenta, pero no por eso deja de ser mi hermano.

—Claro que no, pero tienes que aprender a decir basta y marcar unas líneas. No es tu hijo, cariño, deja de sentirte responsable de él, que ya es mayorcito.

—No me siento responsable, yo...

Mi madre clava su mirada verde sobre mí y guardo silencio admitiendo que tiene razón, como siempre.

—Si esa chica te gusta como creo que te gusta, lucha por ella. Esfuérzate por hacer que te conozca del modo que te conozco yo y por mucho que intente odiarte, lo único que podrá hacer es quererte, ya verás—añade cogiendo mi mano con cariño.

—Gracias, mamá.

Una hora más tarde me despido de mi madre con la promesa de que vendré más a menudo y con la firme convicción de cumplir mi palabra.

Capítulo 11

Miriam

Hoy me siento mucho mejor, mis heridas cicatrizan muy bien, por lo que el escozor ya es mínimo. El dolor en mi sexo y mi trasero está remitiendo de forma más lenta, pero ahora ya es soportable y puedo sentarme sin que se me descomponga la cara.

Me dirijo al ascensor con los ánimos renovados y cuando estoy llegando me encuentro a Julia esperando, dando tal bostezo que por un momento pienso que se le va a desencajar la mandíbula.

—¿Una noche movidita? —pregunto con toda la intención.

—Ojalá—dice rodando los ojos—a Elvira le sentó mal la cena y se ha pasado toda la noche vomitando hasta que solo le ha quedado aire en el estómago.

Las puertas del ascensor se abren y ambas damos un paso al interior. Veo que hay una nota pegada junto a la botonera y no me molesto en leerla, últimamente el presidente de la comunidad deja papelitos para todo.

—¿Ahora se encuentra mejor?

Mi pregunta queda flotando entre las cuatro paredes del ascensor, porque Julia sí que ha decidido leer la nota que, a pesar de tener unas pocas líneas, parece tenerla hipnotizada.

—En serio, cariño, necesito conocer a tu chica—se ríe girándose hacia mí con una amplia sonrisa.

—¿A mí chica? —pregunto sin comprender nada, con el corazón a punto de explotarme en el pecho.

Julia me hace un gesto señalando la nota y me doy cuenta de que ha sido un error no leerla en cuanto he entrado. Me planto delante y si antes el corazón me iba a explotar, ahora se me acaba de parar.

“¿Lo pasaste bien en tu cita de ayer? Espero que sí, no soy rencorosa, aunque conmigo lo hubieses pasado mucho mejor. Todavía estás a tiempo de cambiar de idea, Miriam. Ven a verme hoy, te contaré otra leyenda de esas que te gustan y después decidimos si es en tu casa o en la mía.

Te espero, Leni”

—Yo la mato—suelto en voz alta mientras arranco la nota de cuajo—¿cómo se atreve a dejar esto aquí? A saber cuánta gente lo ha leído ya—me quejo de forma exagerada.

—Espero que lo haya leído todo el bloque—dice riendo la muy gilipollas de Julia.

—¿Te das cuenta? Es una fanfarrona, ya da por hecho que aceptaré.

—No es fanfarrona, en mi opinión es atrevida, ya te lo dije. Quiere algo y va a por ello con todo el descaro del mundo, es admirable—dice a la vez que las puertas se abren para liberarnos de este espacio que se me antoja cada vez más pequeño.

—No es admirable, es una provocación—resoplo—sabe que esto me habrá puesto nerviosa—digo agitando la dichosa nota con la mano—y que le daré una respuesta porque si

no, mañana corro el riesgo de encontrarme otra de estas, y conociéndola, a saber qué burrada pone. Tendría que haberle dicho que me llevase al hospital y no aquí.

—Pues a mí me parece todo un detalle que haya venido hasta aquí y haya esperado a que algún vecino salga o entre a saber durante cuánto tiempo, solo para poder comunicarse contigo.

Eso también lo pienso yo, pero no voy a reconocerlo.

—¿Por qué no te dejas de gilipollezas y quedas con ella de una vez?

—Porque me mintió a la cara.

—¿De verdad es eso tan grave? ¿Que mintiese para proteger a su hermano? Si no se lo vas a perdonar nunca, lo mejor es que le dejes claro que no la quieres volver a ver o saber de ella, si hace esto es porque cree que tiene opciones, Miriam, y si cree eso es porque tú lo has permitido.

—Tal vez—reconozco inquieta.

—Pues si tan claro lo tienes, díselo, de otro modo tú también estarás mintiendo, y de una forma mucho peor, porque estarás dándole esperanzas a alguien cuando no las tiene.

Yo no he dicho que no las tenga, pero no puedo fiarme de alguien que miente con esa facilidad. ¿Y si su único objetivo conmigo es llevarme a la cama? Eso sería un doble triunfo, *le miento de forma descarada y encima me la follo*, pensaría ella después.

Solo de pensar en esa opción me cabreo yo sola. Definitivamente, Leni va a tener que esforzarse mucho para demostrarme que va en serio.

—¿Tú no tienes que irte a trabajar? —pregunto haciendo una mueca.

—Sí, pero todavía tengo tiempo para que me expliques que es eso de la leyenda, ¿a qué tipo de guarradas perversas jugáis vosotras dos?

Madre mía, a veces me olvido de que a Julia no se le escapa nada.

—Es una gilipollez, te lo cuento de camino al coche.

Es una gilipollez que me gustó mucho, por cierto. Cuando recuerdo su forma de susurrarme al oído, todo se me encoge por dentro, pero debo mantener el tipo.

Después de sortear el interrogatorio de Julia como puedo, me despido de ella y por fin llego a comisaría. Hoy me toca hacer papeleo un par de horas y después salir a patrullar con un tal Quique, un hombre robusto cerca de la cincuentena con una mirada de esas que transmite confianza desde el primer momento.

Al principio, la inspectora Blanco no estaba muy convencida de dejarme salir, he tenido que prometerle que estoy bien y que mis heridas ahora ya no son un impedimento si tengo que salir corriendo, cosa que sinceramente espero que no suceda.

Ya casi estoy terminando con los papeles, he dejado el expediente de Luján para archivarlo en último lugar, supongo que me sigue jodiendo no haber conseguido que pague por lo que le hizo a esa pobre mujer, y también a mis piernas.

Una compañera a la que no había visto hasta hoy, y estoy segura porque recordaría una cara y un cuerpo así, se planta ante mí con una sonrisa tímida.

—¿Te llamas Miriam Lozano? —pregunta dejándome descolocada.

—Sí, ¿por qué?

—Tienes una llamada, puedes contestarla en mi mesa—dice invitándome a seguirla.

La mesa que ocupo ni siquiera es mía, la usamos varios compañeros distintos y no tiene teléfono, así que me pongo en pie y la sigo hasta la suya mientras me reafirmo en lo bien que le sienta el uniforme. Me entrega el teléfono y se sienta frente a su ordenador para

seguir tecleando como una posesa.

—Agente Lozano, ¿quién es?

Me quedo alucinada cuando la voz al otro lado de la línea se presenta como la señora del otro día, la pobre mujer a la que el hermano de Leni le robó el bolso.

—¿Qué tal se encuentra, señora Trelo? ¿Puedo hacer algo por usted? —pregunto descolocada.

—Estoy bien, hija, solo llamaba para darte las gracias, no tenías que haberte molestado.

—¿Haberme molestado? —pregunto con los ojos muy abiertos.

Intento que mi mente trabaje a toda máquina tratando de adivinar a qué se refiere, quizá hice algún comentario cuando estuve en su casa o le prometí algo que no recuerdo, por más que le doy vueltas no encuentro nada que requiera que me agradezca algo.

—Sí, son preciosas, algunas no las conozco, pero es el ramo más bonito que he visto en mi vida y las rosas huelen de maravilla, su olor ha inundado todo mi salón.

Me quedo atónita escuchándola mientras intento procesar y encontrar una explicación a lo que sin duda es una confusión.

—De verdad que no tenías que haberte molestado, hija, bastante hiciste devolviéndome el bolso sin que faltase nada.

—No ha sido una molestia, de verdad, solo un detalle para que vea que no toda la gente es como ese sinvergüenza—suelto siguiéndole la corriente—¿le llegó la nota?

Esto es un tiro al aire que igual me deja al descubierto, pero la única explicación que se me ocurre para que crea que ese ramo se lo he enviado yo, es que haya una nota que así se lo indique.

—Sí, tienes una letra muy bonita.

—¿Le importa leerla? Quiero asegurarme de haberme expresado bien, que a veces con los nervios...

—Claro. Espera.

La escucho trastear unos segundos y de nuevo coge el teléfono.

—Para que le alegren el día y se olvide de los malos momentos. Miriam—lee dejándome de piedra—podrías haber añadido el apellido—dice con una risotada—me ha costado mucho que me pasaran contigo.

—Lo tendré en cuenta a partir de ahora.

La señora Trelo me da las gracias al menos cuatro veces más y nos despedimos.

Cuelgo el teléfono y una amplia sonrisa adorna mi cara, desde el primer momento he llegado a la conclusión de que esto es obra de Leni, y debo reconocer que es un detalle por su parte y que acaba de ganarse unos cuantos puntos.

—¿Todo bien? —pregunta la agente a la que le he invadido el espacio.

—Sí, perdona, es que me ha sorprendido un poco.

—¿Es muy indiscreto que te pregunte quién era?

La miro y me gusta la curiosidad con la que me observa, como si le interesase todo de mí. En una ocasión normal trataría de conocerla un poco más, pero resulta que por muy guapa que sea la chica me doy cuenta de que no siento ningún interés hacia ella que vaya más allá de que podamos entablar una posible amistad, porque la única persona a la que quiero conocer en profundidad es a la mentirosa de Leni. Si es que soy tonta de remate.

—Es una señora a la que le robaron el bolso el otro día.

—Y tú la poli que se despatarró sobre un muro—añade divertida.

—La misma—reconozco asumiendo que todo el mundo aquí sabe ya lo que pasó.

—¿Qué quería?

—Darme las gracias por el ramo de flores que ha recibido—digo haciendo una mueca.

—Un ramo que deduzco que tú no le has enviado.

—Correcto.

Quizá la muchacha debería dedicarse a la investigación únicamente, tiene un don para ver un poco más allá.

—¿Y sabes quién lo ha hecho? —pregunta interesada.

—Tengo una ligera sospecha, creo que es alguien que intenta enmendar un error.

—Pues no lo hace del todo mal.

—No ha estado mal, pero todavía le falta mucho—admito en voz alta, pensando más en mí que en la pobre señora Trelo.

Ahora solo hay una pregunta que martillea mi mente de forma insistente, ¿cómo sabe Leni quién es la señora a la que robó el gilipollas de su hermano? ¿Y cómo ha conseguido su dirección? La verdad es que me resulta un poco inquietante, y el único modo de averiguarlo es preguntarle a ella directamente.

—¿Nos vamos?

El agente llamado Quique aparece detrás de mí con las llaves del coche patrulla en la mano.

—Sí.

Me giro hacia la chica guapa del teléfono y entorno los ojos.

—Me llamo Lidia—suelta sonriente—nos iremos viendo por aquí.

—Seguro que sí, hasta luego.

Sigo a Quique hasta el garaje y me subo en el asiento del copiloto.

—¿Tu primer día patrullando? —pregunta dedicándome una mirada rápida.

—Sí.

—¿Nerviosa?

—Pues no lo sé, la verdad, quizá más que nerviosa me siento extraña, no sé muy bien cómo debo actuar.

—No te preocupes por eso, el momento y la situación te lo irán diciendo.

—¿Son muy movidos los días? —pregunto mientras callejamos de forma lenta.

—Depende, hay de todo. A muchos agentes no les gusta patrullar, consideran que es lo peor y lo más aburrido de ser policía, que hay otras cosas mucho más interesantes. ¿Tú eres de esas?

—Todavía no lo sé, ¿y tú?

—Para nada, a mí me encanta esta parte. Es la realidad más absoluta, por norma somos nosotros los primeros en llegar a todo, los que nos comemos el impacto inicial y los que tenemos que gestionarlo todo con mayor rapidez para que luego vengan los expertos y hagan su trabajo. Siempre acabamos en un segundo plano que nos convierte en invisibles, pero puede que seamos la pieza más importante de toda la pirámide.

Quique me cae bien.

—¿Y qué vamos a hacer hoy? La inspectora me ha dicho que me pondrías al día.

—Patrullar por un lugar en concreto para mostrar presencia policial y que los vecinos de la zona donde se produjo el doble crimen se sientan más seguros. Y de paso estar alertas por si alguien al vernos se decide a contar algo que no contó el primer día. La inspectora

está segura de que más de un vecino tuvo que ver o escuchar algo y que no hablan por miedo. A veces con el paso de los días se sienten más tranquilos y largan información muy útil.

Me entran escalofríos pensando en ese doble asesinato producido hace una semana. Dos hermanos cosidos a balazos en su piso a las doce del mediodía y no aparecen testigos por ningún sitio.

Capítulo 12

Leni

Ayer le dije a Ana que hoy se tomase el día libre, después de la semanita que le he dado con mis ausencias es lo mínimo que puedo hacer para compensarla, a pesar de que los sábados por la mañana suelen ser horribles.

Llevo desde las nueve sin parar de atender clientes, rezando para que en algún momento la tienda se quede vacía y así aprovechar, cerrar la puerta y poder por fin ir al baño, no sé cuánto tiempo más aguantaré sin mearme encima.

A media hora de echar el cierre, parece que es mi momento, estoy cobrándole a un señor y por ahora no hay nadie más en la tienda.

—Deme también esas semillas—pide cuando ya ha pagado.

Tomo una bocanada profunda de aire y aprieto las piernas de forma disimulada mientras un escalofrío de desesperación me recorre todo el cuerpo, de esos incómodos que solo sientes cuando ya no puedes aguantar más.

—¿Cuánto es? —pregunta abriendo de nuevo su cartera.

Antes ha necesitado un minuto con todos sus segundos para darme el euro y medio que cuesta la maceta que se ha llevado. El pobre parece tener Parkinson y si tengo que esperar más, el líquido caliente comenzará a resbalar por mis piernas de un momento a otro.

—Se lo regalo—digo forzando una sonrisa.

—Te lo agradezco, pero así no harás negocio, dime cuánto es—insiste.

Me resigno y espero pacientemente a que el señor cuente las monedas mientras me muevo cambiando el peso de un pie a otro como si eso sirviese de algo. Justo cuando las está colocando en mi mano la campanilla de la puerta suena, haciendo que me muerda los carrillos para contener la angustia, me cago en mi mala suerte.

—Cuenta que esté bien, niña—me pide el señor—que ya no veo mucho y a veces me equivoco.

Otro escalofrío me recorre de arriba abajo y la primera gota está a punto de escaparse. Echo un vistazo a las monedas para asegurar que está bien y me ladeo un poco para permitirme ver si al menos ha sido una sola persona la que ha entrado o hay más de una para mi desgracia.

Un burbujeo enorme se instala en mi pecho cuando descubro que es Miriam la que ha entrado. Pienso que para odiarme tanto como parece, no deja de visitarme y eso me hace dedicarle una sonrisa que ella no me devuelve. Si supiese que cuanto más se hace la dura más me gusta, quizá se relajaría un poco.

Lástima que mis ganas de vaciar la vejiga no me den tiempo para permitirme jugar a las miraditas o soltarle alguna de las mías para hacerla enfadar, cosa que me divierte mucho porque sus ojos echan fuego cuando me mira.

—Que tenga un buen día—le digo al señor.

Después salgo corriendo de detrás del mostrador y me acerco a Miriam con tanto apremio que los ojos casi se le salen de las órbitas ante la sorpresa.

—Vigíleme la tienda, por favor—le suplico en un susurro cuando paso por su lado—necesito ir al baño con urgencia.

No espero su respuesta, solo corro hacia el interior con tal desesperación, que abro la maneta del baño tan rápido que se me escapa de los dedos sin llegar a abrirse, pero yo ya he dado el paso y me estampo de frente contra la puerta.

—Joder—me quejo para mí, justo después de asegurarme absurdamente de que nadie me ha visto.

Por fin logro sentarme y cierro los ojos para disfrutar de un momento que en ocasiones como esta me parece tan gratificante como un orgasmo.

Respiro aliviada y cuando salgo, encuentro a Miriam apoyada de espaldas al mostrador mientras mira algo en su móvil. Me quedo bajo el quicio de la puerta contemplándola como una boba a la vez que me insisto mentalmente en que no debo tirar la toalla con ella, necesito conquistar a esta mujer cueste lo que cueste.

—Mirar de forma descarada a la gente es de mala educación, ¿lo sabias? —pregunta alzando la vista con chulería.

—Parece que tengo todo lo malo que puede tener una persona para ti, ¿no? —digo acercándome a ella—soy mentirosa, fanfarrona y ahora maleducada. ¿Hay algo más que no te guste de mí?

Cuando termino de hablar, estoy tan cerca de ella que puedo respirar el aroma de su perfume mientras sus ojos me observan con una intensidad que me hace suspirar.

—Por ahora no, aunque estoy convencida de que te superarás.

—No lo dudes, pero seguro que algo bueno tengo, porque has vuelto—afirmo sonriendo.

—No te emociones. Tengo que hablar un par de cosas contigo.

—Pues espera que hecho el cierre para prestarte toda la atención del mundo—digo mirando el reloj, al fin y al cabo, faltan tan solo cinco minutos para la hora de cerrar.

—He echado la llave—afirma ante mi cara de sorpresa.

—¿Quiere usted intimidad, agente? —pregunto mordiéndome el labio.

Miriam me dedica una mirada capaz de congelar el desierto, se incorpora y guarda su móvil en el bolso.

—Puedes seguir insistiendo lo que quieras, Leni, pero lo único que vas a conseguir es quedarte con un calentón. Tú y yo no nos vamos a liar jamás—zanja decidida.

Me niego a creer eso, está claro que me lo he ganado por imbécil. Sin embargo, no puede estar enfadada siempre, en algún momento se le pasará y yo pienso estar ahí esperando.

—Eso de que no nos vamos a liar habrá que verlo. ¿Prefieres que vayamos a la parte de atrás? Allí tendremos intimidad—me burlo, provocando que se enfade y me mire como si quisiera estrangularme.

No sé por qué soy tan gilipollas a veces, pero es que me gusta ver sus cambios de humor, provocarla y exprimirla hasta que ya no puede más.

—No sé por qué te resistes, Miriam, yo te gusto a ti tanto como tú a mí. ¿Cuál es el problema? —pregunto dando un paso hacia ella.

—Ya sabes cuál es el problema.

—Claro, porque seguro que tú eres una santa y nunca has hecho nada que supieses que no estaba bien.

Se queda unos segundos pensativa, después echa la vista hacia atrás para escanear mi mostrador y finalmente, cuando parece que decide que es seguro, se impulsa y se sienta sobre él haciendo una mueca de dolor sin llegar a quejarse. Es orgullosa hasta para eso.

Lo que más me gustaría ahora es hacerme un hueco entre sus piernas y besarla lentamente hasta quedarme sin aliento, pero por muchas ganas que tenga más me vale no intentarlo, creo que por ahora ya he tensado bastante la cuerda.

—Esta mañana he recibido una llamada muy curiosa—comienza a explicar con una expresión relajada y calmada que no le había visto hasta ahora.

Le soltaría una de las mías, pero me muerdo la lengua y decido no intervenir para dejar que me explique a su ritmo.

—Era la señora a la que tu hermano le dio el tirón, para agradecerme el ramo de flores que ha recibido de mi parte, pero que yo no he enviado.

Sus ojos se clavan en los míos y una sensación indescriptiblemente agradable se instala en mi pecho. Miriam me mira de otro modo por primera vez, como si en lugar de ver a la mentirosa y pecadora que cree que soy, estuviese viendo a la auténtica Leni.

—Qué raro—digo sin apartar mis ojos de los suyos.

—Sí, eso mismo he pensado yo, menuda casualidad, ¿no? Ella recibe el ramo y tú tienes una floristería.

—Ya ves, la vida está llena de hechos inexplicables.

—No me tomes por tonta, Leni, sé sería por una vez—exige frunciendo el ceño—¿por qué lo has hecho?

—¿Qué más da? Es solo un ramo de flores.

—Un ramo de flores que le alegró el día. Insisto, ¿por qué?

Mi respiración se agita de repente y no es porque ella esté ante mí, es porque comienzo a experimentar una sensación de angustia que no me gusta, que me agobia y me recuerda lo mala persona que soy.

—Tengo que cerrar, Miriam, es mejor que te vayas.

Doy un paso dispuesta a colarme detrás del mostrador, pero ella me detiene agarrándome por el brazo y acercándose a ella, justo hasta ese lugar que tanto ansiaba; entre sus piernas. Si pretende torturarme desde luego lo está consiguiendo, me pregunto hasta cuándo durará esto.

—Intento cambiar mi concepto sobre ti, Leni—me susurra acariciándome con su aliento—¿por qué le has enviado las flores?

—Porque me siento mal, Miriam—reconozco con una mezcla de mal humor y ganas de llorar.

Me mira fijamente con el ceño fruncido, como si estuviese valorando cuánto hay de verdad en lo que acabo de confesar.

—Dime por qué te sientes mal—exige sin dejarme pensar más.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé, Leni, me resultas una mujer muy compleja e impredecible. Me cuesta discernir cuando hablas en serio o cuando me estás tomando el pelo, eres un puto libro cerrado que no sé cómo abrir.

—¿Y desde cuándo quieres abrirlo? No dejas de decirme que soy una puta mentirosa,

no veo qué interés puedes tener en mí. Quizá solo te gusto por eso, porque para ti soy una chica mala y eso te excita o te atrae, no sé.

—Quise abrirlo desde que te vi en el jardín de tu casa, pero tú solita te encargaste de quitarme las ganas después, y para tu información; hace mucho tiempo que dejaron de gustarme las chicas malas—puntualiza—ahora dime de una vez por qué te sientes mal.

—Eres muy pesada, ¿lo sabías? —susurro sin apartar mi frente de la suya.

—Me lo han dicho alguna vez...

—Soy consciente de que lo que ha hecho mi hermano no está bien, Miriam, y mentir por él no solo no me hace sentir orgullosa como hermana, me hace sentir una mierda como persona. Pudo haberle hecho mucho daño a esa mujer, y ni siquiera tengo la certeza de que no vuelva a hacerlo otra vez—explico en voz tan baja que parece que me esté confesando ante un cura.

—¿Y por qué lo haces?

—¿Tienes hermanos, Miriam?

—No, pero tengo buenas amigas a las que considero hermanas, y jamás mentiría por ellas en algo así.

—Eso es muy fácil de decir desde tu posición, pero mi hermano solo me tiene a mí, si yo le fallo se queda sin nada. Además, lo que se siente por un hermano no se puede comparar con lo que se siente por una amigo—añado algo molesta—es mi sangre, Miriam, y si alguien le hace daño es como si me lo hiciesen a mí, por muy descerebrado que sea el muy capullo.

Miriam sonrío ante mi comentario y eso me calma de un modo inexplicable.

—Tienes razón, no he debido comparar y lo siento, es solo que me cuesta comprenderlo, así no le haces ningún bien.

—Lo sé, y si te sirve de algo le he dicho que esta ha sido la última vez que le salvo el culo, la próxima se las tendrá que apañar solo.

—Espero que seas capaz de cumplirlo.

—No me crees, ¿verdad? —pregunto separándome de ella.

—Lo creeré cuando lo vea, Leni.

Me molesta mucho su desconfianza, pero debo asumir que yo misma me he ganado a pulso que no confíe en mí. Lo único que me queda es conseguir demostrarle poco a poco que no soy la persona que se piensa.

—Has dicho que querías comentarme dos cosas, ¿cuál es la otra? —pregunto para zanjar la conversación.

—Necesito que me expliques cómo has sabido quién era esa señora, ¿cómo te has hecho con sus datos y su dirección?

—Vaya, pensaba que esta visita era porque echabas de menos mis labios y habías decidido besarlos por fin, pero veo que en el fondo solo es tu condición de policía la que te ha traído aquí—digo tratando de parecer ofendida.

—Déjate de gilipolleces, Leni—replica sonriente—y contéstame sin marear la perdiz, por favor.

—De acuerdo, ahora vas a flipar—digo tratando de sonar interesante.

—Sorpréndeme—ironiza entornando los ojos.

Joder, es guapa a rabiar. Me cago en mi puto hermano y su manía de ser amigo de lo ajeno.

—Resulta que aquí donde me ves—comienzo a susurrar—esta mentirosa, fanfarrona y maleducada, es la exnovia de una fiscal de Barcelona, con la que resulta que mantengo una muy buena relación de amistad y a la que no le ha costado nada conseguirme esa información. ¿Qué le parece, agente?

—Eres una caja de sorpresas, Leni Luján—susurra apartándome hacia atrás con un suave empujón.

Sonrío de medio lado y ella cabecea poniendo los ojos en blanco.

—¿Sabe esa fiscal lo que haces por tu hermano?

—Lo sabe, y te aseguro que no fue eso la causa de nuestra ruptura. Ella jamás me juzgó por ayudar a mi hermano, aunque no estuviese de acuerdo. Ojalá hicieses tú lo mismo, Miriam.

—Puede que lo intente algún día—responde con chulería, a la vez que se baja del mostrador y se dirige hacia la puerta.

—Caerás rendida, Miriam, estoy a esto de seducirte—aseguro marcando una corta distancia con mis dedos.

Ella se vuelve hacia mí con una sonrisa que me acelera el pulso y después lanza un beso al aire que me descoloca por completo.

—No vuelvas a dejar notitas en mi edificio, Leni—amenaza entornando los ojos antes de darse la vuelta y marcharse.

Es justo lo que pienso hacer.

Capítulo 13

Leni

Desde que Miriam se ha marchado al mediodía no puedo quitármela de la cabeza, ese beso al aire, su nueva forma de mirarme y esa amenaza velada de que no le dejase más notas que yo interpreto como un reto a que le deje otra.

Mientras trabajo por la tarde voy dando vueltas al asunto, y aunque había pensado pasarme mañana por la mañana, creo que no voy a poder aguantar tanto y me pienso plantar en su bloque en cuanto cierre.

Cuando por fin llega el momento estoy nerviosa, no tengo claro qué ponerle y he descartado al menos diez notas antes de decidirme por fin por la definitiva. Espero pacientemente cerca del edificio, ocultándome en el portal de al lado por miedo a que sea ella misma la que entre o salga y me pille con las manos en la masa.

No tengo que esperar mucho hasta que un par de adolescentes se plantan en el portal y llaman a uno de los apartamentos, parece que son amigos de alguno de los chicos que viven aquí y en cuanto los dueños descuelgan para preguntar quién es, me planto tras ellos y hago ver que busco las llaves en el bolso, pero entonces los dueños abren y los chicos que ya son unos caballeros, me ceden el paso para que entre yo primera.

—Gracias—les digo con una sonrisa que me devuelven sonrojados.

Esta vez no quiero dejarla en el ascensor, así que me paro frente a los buzones y mientras los chicos desaparecen escaleras arriba, yo voy leyendo todos los nombres hasta que doy con la única Miriam que parece vivir en el edificio.

La sonrisa se me ensancha cuando veo que su nombre está solo, no comparte vivienda con nadie y aunque dudo que sea una persona que va besando mujeres por ahí teniendo pareja, era una opción que no podía descartar.

El ruido del ascensor me saca de mi trance, alguien está bajando y no me puedo arriesgar a que sea Miriam la que sale de él, así que me resigno y subo por las escaleras.

Todavía no he llegado al segundo y ya me falta el aire, maldigo a Miriam por no vivir en un primero, tenía que escoger el quinto. Para que luego digan que no hago barbaridades por amor.

Cuando por fin llego, siento que los pulmones me van a explotar, tengo un calor sofocante y solo me entran ganas de tirarme en el suelo y abrir brazos y piernas como si fuese el hombre del Vitrubio.

Un par de minutos después parece que el aire vuelve a mis pulmones y mis latidos se relajan hasta parecer normales, solo entonces busco la puerta de Miriam y me acerco a ella de forma sigilosa.

Miro a un lado y a otro para asegurarme de que nadie me está viendo, después pego el oído a la puerta por curiosidad, no sé si Miriam está en casa y la idea de que estuviese

dentro es una tentación, podría llamar a la puerta y decirle que me tiene medio loca, entonces podrían pasar dos cosas, que le diese pena, valorase mi esfuerzo de haber subido por las escaleras y me dejase entrar, o que me denunciase por acoso.

Pensar en esto último como una posibilidad real me pone un poco nerviosa, así que saco la nota del bolsillo y la deslizo por debajo de su puerta con la mala suerte de que se queda encallada y no acaba de pasar.

—Mierda...—susurro en voz baja.

Me pongo de rodillas y pego la cara al suelo tratando de ver qué es lo que obstruye el paso cuando veo una sombra aparecer a mi lado y la adrenalina se me dispara mientras pienso en una excusa creíble para justificar lo que estoy haciendo.

Levanto la cabeza y miro hacia atrás notando como el calor inunda mis mejillas y descubro a una mujer de más o menos mi edad que me observa sonriente.

—Por ahí no podrás colar nada, al otro lado tiene una cinta protectora para impedir que le entre algún bicho, a Miriam le dan mucho asco—dice a la vez que me tiende una mano para ayudarme a levantarme.

La acepto algo desconcertada y cojo la nota y me la guardo en el bolsillo del pantalón.

—No es nada malo, solo quería darle una sorpresa—explico tratando de justificarme.

Que bochorno, joder.

—¿Eres Leni? —pregunta dejándome boquiabierta.

—Sí—respondo descolocada.

—Yo me llamo Julia, soy amiga de Miriam y algo me ha contado sobre ti. Ven, no nos quedemos aquí por si vuelve y te ve, no me gustaría joderte la sorpresa.

Julia abre la puerta del apartamento de enfrente y me invita a pasar. Al principio dudo, podría ser una psicópata que solo quiere descuartizarme, pero ante la idea de que Miriam vuelva y me pille, lo de la psicópata no me parece tan mala opción.

—¿Te apetece una cerveza? —me ofrece sonriente mientras yo observo su apartamento.

A simple vista no me parece el de una pirada, de hecho, hay un par de fotos en el salón en las que aparece junto a una mujer que deduzco que es su pareja y otra en la que ambas aparecen junto a Miriam.

—Si, gracias, una cerveza está bien.

Mientras Julia va a por las bebidas, yo me tomo la libertad de coger esa foto en la que están junto a Miriam y la observo sintiendo como ese hormigueo que me recorre cuando estoy con ella, se hace latente incluso solo viéndola en una fotografía.

—Es de hace un par de años—explica Julia cuando vuelve—era su cumpleaños y la acompañamos a montar en globo, no he pasado tanto frío en mi vida—añade divertida.

—Eso explica la palidez de vuestra cara—sonrío, Julia me hace sentir muy cómoda a su lado.

—Miriam nos habló de ti la otra noche—dice invitándome a tomar asiento.

—Pues es raro, teniendo en cuenta que hay demasiadas cosas de mí que no le gustan.

—Bueno, reconoce que no has comenzado con muy buen pie si tu idea es conquistarla.

—Lo sé, pero eso es algo que no puedo cambiar.

—Pero ella te gusta—afirma mirándome.

—Más de lo que soy capaz de comprender.

—Pues entonces no te rindas, es terca como una mula y no suele tener espacio para los

grises, para ella todo es blanco o negro, pero tú le gustas, de eso estoy segura.

Yo me ahorro contestarle que tengo muy claro que le gusto a Miriam, básicamente porque por mucho que se esfuerce en rechazarme, la tensión sexual que hay entre nosotras es de esas que vuelven denso el ambiente.

—Me lo está poniendo bastante difícil—añado con una mueca.

—Siempre ha sido una mujer un poco complicada en ese aspecto. Miriam es de las que cree en el amor en estado puro, un poco chapada a la antigua para mi gusto, no es de las que les van los rollos de una noche y eso la convierte en alguien un poco inaccesible, la mayoría de las chicas salen corriendo ante la idea de tener una cita que no acabe en algo más.

Asiento pensativa sin saber muy bien qué decir ante eso, quizá porque en el fondo me gusta que sea así.

—Te cuento todo esto para que sepas a que te enfrentas, si lo que buscas es echar un par de polvos te has equivocado de mujer.

—No quiero eso—respondo con una rapidez que me sorprende—bueno a ver, yo en ese sentido no soy como ella, a mí no me importa el sexo por sexo, eso relaja, joder.

—Ya te digo—secunda riendo.

—Pero de Miriam no quiero solo eso, la quiero a ella como mujer. Me gusta, me gusta mucho más de lo que podía esperar y mientras tenga una mínima posibilidad pienso seguir luchando por ella, aunque me siga odiando.

—No te odia, es solo que tiene un sentido de la responsabilidad muy desarrollado y le cuesta comprender ese tipo de cosas, pero vayamos a lo importante, porque si quieres conquistar a Miriam con las notas no tendrás suficiente. Tú también le gustas a ella, eso es un hecho, así que lo que tienes que hacer es que comprenda que, si no se deja de gilipolleces, corre el riesgo de perderte.

—¿Y cómo hago eso?

—Tienes que ponerla celosa y demostrarle que ese riesgo es real. Mi chica y yo la arrastraremos mañana por la noche hasta un restaurante de la zona para cenar, ya nos inventaremos alguna excusa. Tú búscate una acompañante, alguna amiga tuya que ella no conozca y ve también al restaurante a cenar.

—¿Cómo si fuese una cita? —pregunto llegando a la conclusión de que Julia me cae muy bien.

—Exacto, tienes que estar atenta, y cuando Miriam os dedique alguna mirada, tontea con tu amiga.

No consigo evitar que se me escape una sonrisa ante la idea que me propone Julia, tengo que reconocer que la estrategia es buena. Es un buen modo para descubrir si Miriam realmente siente algo por mí o si por el contrario solo es curiosidad, según lo que pase en esa cena sabré si tengo posibilidades reales con ella o si debo retirarme.

—¿Por qué me ayudas?

—Bueno, en realidad la ayudo a ella, a veces tiene las cosas en la puta cara y es incapaz de verlas. De verdad que no le pego dos hostias porque es mi amiga—añade con un guiño—dame tu número, te enviaré el sitio y la hora cuando lo tenga todo atado.

—De acuerdo.

Julia abre la puerta de su apartamento y mira a un lado y a otro del pasillo como si tuviese que ayudar a escabullir a su amante. Después me acompaña a las escaleras y baja conmigo para asegurarse de que cuando llegue al portal no tenga la mala suerte de cruzarme

con Miriam.

—Es que no sé a qué hora sale del trabajo exactamente, no tiene un horario fijo. Vale, despejado—dice tras abrir la puerta de la calle.

—Muchas gracias por todo—le digo antes de salir.

—De nada, y Leni—me llama haciendo que me gire de golpe—no juegues con ella ni le hagas daño, te juro que te quemo la tienda como eso pase—me amenaza señalándome con el dedo.

Le guiño un ojo y ella se ríe antes de que yo me dé la vuelta y corra hasta mi coche, sintiendo la pesada sensación de que es capaz de cumplir con su amenaza.

Capítulo 14

Leni

Si hay algo de ser autónoma que odio con ganas, es el papeleo. Los días como hoy no los soporto, visita a la gestoría y al banco. ¿Qué puede salir mal?

El día que me toca hacer estos trámites me levanto más temprano de lo normal para estar en la puerta del banco en cuanto abren y no perder media mañana con las dichas colas. Después me voy a la gestoría y cuando llego a la floristería lo suelo hacer con un mal humor importante. Suerte que Ana me conoce de sobra y simplemente se limita a ignorarme hasta que se me pasa.

Cuando llego, milagrosamente hay un sitio justo en la puerta, por supuesto, es en zona azul, pero no voy a quejarme porque esto me ahorra ponerme a dar vueltas en busca de un sitio donde dejar el coche.

Echo un vistazo al interior del banco y veo que hay tres personas haciendo cola, me parece increíble, teniendo en cuenta que hace exactamente tres minutos que han abierto la oficina.

Me dirijo a la máquina para poner el tique en el coche y decido pagar media hora, con eso debería ir sobrada.

Entro en el banco y los ojos me dan tres vueltas cuando compruebo que en el minuto que debo haber tardado en ponerle el tique al coche, ya hay dos personas más.

El tiempo va pasando y espero impaciente, por suerte, salvo una señora mayor a la que el chico ha tenido que acompañar al cajero para hacer un trámite, todos los demás han ido relativamente rápido.

Cuando termino y me dispongo a salir, veo que el encargado de comprobar que todos los vehículos han pagado está parado frente a mi coche. Mi pulso se acelera y automáticamente miro el reloj, pasan cinco minutos de los treinta que he pagado. Cinco minutos y ese cabrón ya quiere multarme.

—Disculpe, ya estoy aquí—le digo en cuanto salgo—la espera se ha alargado más de lo que pensaba, pero ya me voy.

—Lo siento, su tique está caducado y ya he redactado la multa, si quiere anularla tendrá que hacerlo en la máquina pagando el importe máximo—responde categórico el muy gilipollas.

—¿Me toma el pelo? ¿Ya tiene la multa redactada? ¿Qué pasa? ¿Se esconde usted en la esquina a esperar controlando con el reloj? Porque si no, no me lo explico. Solo han pasado cinco minutos y usted ya tiene la multa preparada—escupo indignada.

—Cálmese, señora, yo solo hago mi trabajo.

—¿Qué me calme? Lo que no tienes es vergüenza.

Decido tutearlo, alguien tan ruin no se merece mi respeto. Mientras sigo discutiendo

con él y trato de convencerlo para que me quite la multa, un coche de policía se detiene un poco más atrás. De él se baja un agente de mediana edad y entra en la panadería, supongo que a comprar el desayuno para él y su compañero, pero segundos después y para mi sorpresa, veo que se abre la puerta del copiloto y la que se baja es Miriam, que me observa con los ojos entornados como si tratase de cerciorarse de que soy yo.

—Si no anula la multa en la máquina entonces le llegará a su casa y tendrá que pagar treinta euros—suelta el niño gilipollas mientras Miriam comienza a acercarse hacia nosotros.

—Estoy segura de que puedes anular esa multa. De verdad me vas a hacer pagar el importe máximo porque cuando tú has llegado aquí me había pasado, ¿qué? ¿dos minutos?

—Si hubiese sabido que salía enseguida no la hubiese redactado, pero ahora ya no puedo hacer nada.

—Oh, por favor—resoplo cabreada.

No es por tener que pagar el importe máximo, que si no recuerdo mal son ocho euros, es porque me cabrea que sean tan agonías. ¿No pago un impuesto de circulación cada año? Eso debería darme derecho a poder aparcar el puto coche.

—¿Ocurre algo?

La chulería con la que Miriam me observa cuando hace esa pregunta no me gusta ni un pelo.

—La señora insiste en que le quite la multa—contesta el chico con una voz tan dócil que hasta yo acabo de enternecerme.

Será mamón.

Miriam da un paso hacia mí hasta colocarse a mi lado y me mira esperando que me explique.

—Lo que no quiero es que me tomen el pelo, he salido del banco cinco putos minutos después de la hora indicada en el tique y ese amable joven ya me tenía la receta preparada. Cinco minutos, agente—puntualizo—que cuando él ha llegado seguro que no eran ni dos.

—Tienes razón—me susurra de forma que el chico no la oye—me parece exagerado y vergonzoso que por un par de minutos ya estén tecleando la multa en su dichosa maquinita.

Sus palabras me sorprenden y me alivian, pero todavía me sorprende más cuando se gira hacia el chico y le suelta una frase que me enerva.

—La señora pagará su multa como toda buena ciudadana.

El chico abre los ojos casi tanto como yo y finalmente sonrío.

—No me lo puedo creer—suelto indignada cuando el chico imprime el papel y lo deja en mi parabrisas—algún día te pasará lo mismo y...

—Si sigue molestando a este joven la tendré que detener por acosar a un empleado público—suelta Miriam rematando la escena.

El chico le dedica un saludo con la cabeza y sigue caminando para hacer su ronda de recetas.

—¿Has disfrutado? —le pregunto a ella tratando de contener mi rabia.

—No te imaginas cuánto—afirma con una sonrisa maquiavélica.

Cojo aire tratando de calmarme mientras niego con la cabeza con la mirada clavada en el papelito que decora mi cristal.

—Hay cosas que son muy injustas, ¿no crees? Que pases una buena mañana, Leni—dice soltando su dardo envenenado.

Tras eso se da media vuelta y a mí solo me queda el consuelo de contemplar lo bien que le sienta el uniforme. Está claro que ha disfrutado esto como una pequeña venganza personal, espero que al menos sirva para rebajar un poco la condena que me ha impuesto. Esto empieza a ser desesperante, Miriam ya no solo me gusta, es que me está despertando una serie de sentimientos hacia ella de forma muy rápida y ver cómo me mira con ese odio me duele, me corta el aire y hace que la sangre se me congele en las venas. Lo peor de todo es que cuanto más pienso en una forma de arreglar esto, más difícil lo veo y más me desespero, porque no la hay, no hay nada que yo pueda hacer para compensar mi error. Que me perdone solo depende de ella, y eso me crea una impotencia que me encoge el pecho y no me deja respirar.

Se sube en el coche donde ya la espera su compañero y cuando pasan por delante de mí, me mira y me guiña un ojo con un aire de chulería que automáticamente convierte mis piernas en gelatina.

Definitivamente, Miriam es la mujer más interesante que he conocido jamás, y también la más orgullosa y rencorosa.

Arranco la multa del parabrisas y cuando estoy a punto de dirigirme a la máquina para anularla me suena el móvil, es Ana.

—Leni, tienes que venir ya—dice nerviosa en cuanto descuelgo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Han entrado a robar en la tienda.

Cuelgo el teléfono y me subo en el coche sin comprender nada. ¿Quién coño quiere robar en una floristería?

Cuando llego me encuentro a Ana en la puerta hablando con la dueña de la tienda de ropa que hay al lado. Me acerco y sin necesidad de tener que preguntarle nada, ya veo que la cerradura que ancla la persiana al mármol del suelo está en un rincón junto a la puerta de entrada, que a su vez tiene el cristal reventado.

Me quedo tan impresionada que no entiendo nada de lo que me dicen y solo reacciono cuando Ana me coge del brazo y me hace entrar.

—He llegado y aparentemente todo estaba normal, la persiana bajada, ya sabes—explica nerviosa—pero cuando he ido a meter la llave me he quedado con la cerradura en la mano. Enseguida he comprendido lo que había pasado y como tú no estabas, he avisado a Fina y a su marido para que entrasen conmigo, me daba miedo.

—Has hecho bien—respondo mientras lo observo todo.

Aparentemente no veo nada extraño en el interior, todas las estanterías están en su sitio con sus respectivas macetas y productos.

—¿Qué se han llevado?

—La caja registradora, la caja metálica y el ordenador. Ya he llamado a los del seguro, pero tienes que presentar la denuncia para que puedan empezar a gestionarlo todo.

Apoyo los codos sobre el mostrador y extendiendo los brazos hacia delante apoyando la cabeza en ellos mientras hago una valoración monetaria de lo que me habrán sustraído en total. Es lo primero que me preguntarán los del seguro cuando diga todo lo que falta.

De la caja registradora es más el valor de lo que me costó que lo que había dentro, porque todas las tardes me llevo la recaudación y solo dejo monedas y algún billete pequeño para tener cambio al día siguiente. Calculo que habría uno sesenta o setenta euros. Con la caja metálica se llevarán un chasco cuando la abran, la utilizo para guardar los tiques de los

clientes que participan en un sorteo que estamos realizando algunos comercios del barrio, no hay ni un euro dentro. Lo que más me jode es el portátil, en el que me había creado una plantilla Excel muy práctica con todos los proveedores y materiales y ahora voy a tener que repetir porque soy gilipollas y no tengo una copia.

Después de hacer un examen más minucioso de la tienda por si falta algo que le ha pasado desapercibido a Ana, finalmente, la dejo de nuevo sola y me voy a comisaría.

Algo más de una hora, ese es el tiempo que me ha tenido el agente sentada en un despacho mientras me hacía preguntas y lo anotaba todo para hacerlo constar en la denuncia. Cuando por fin terminamos, me dice que una patrulla irá a la tienda para recoger huellas y constatar los daños.

El agente me acompaña por el pasillo hacia la salida y cuando estamos llegando veo que entra Miriam con su compañero. Lo que me faltaba. Sus ojos me observan incrédulos mientras me da un repaso de arriba abajo como si tratase de constatar otra vez que de verdad soy yo. Me siento como si me hubiese barrido con un escáner.

La veo decirle algo a su compañero mientras me mira y él acaba perdiéndose tras una de las puertas y ella viene hacia nosotros.

—Segunda vez en una mañana—dice a modo de saludo.

El agente que me acompañaba se despide de mí al ver que la conozco y me deja con ella. Ver a Miriam siempre es algo muy agradable, y más con ese puto uniforme puesto, pero llevo un día de mierda como para que ahora me salga con una de sus puyitas envenenadas.

—¿Qué haces aquí? —pregunta prudente.

—Denunciar un robo.

Sus ojos se entornan ligeramente, es algo casi imperceptible, pero lo ha hecho. Se han entornado porque su cerebro hierve, no quiero ni imaginarme la cantidad de burradas que se le estarán ocurriendo.

—¿Te han robado?

A sus ojos entornados hay que añadirle una sonrisilla que ella trata de disimular sin éxito. Se alegra, cree que tengo mi merecido y supongo que tiene razón.

—En la floristería, han entrado durante la noche.

—¿Algo de valor?

Me pone nerviosa, son preguntas de reconocimiento, creo que trata de asegurarse de que no he sufrido ningún daño emocional grave ni una pérdida importante antes de soltarme la bomba.

—La caja y el portátil, tampoco hay mucho más para robar en una floristería. También me han reventado el cristal de la entrada y la cerradura de la persiana.

Suelto eso último para añadirle dramatismo y con suerte ablandarla y que me deje salir de aquí con algo de entereza.

Cada vez puedo menos con esto, tenerla tan cerca, con su exquisito olor a frescura y sus ojos brillantes atravesándome como un escáner. Miriam me altera las hormonas y me hace sentir una sensibilidad extrema cuando estoy a su lado. Me siento vulnerable, pero trato de disimularlo como puedo porque solo me falta que se dé cuenta de eso.

—Puede que haya sido tu hermano, el chico es aficionado al asunto—escupe con toda la intención—quizá deberíamos ir a hacerle una visita y preguntarle dónde estuvo anoche. Uy, no—se corrige irónica alzando las cejas—que dirá que estaba contigo y entonces solo

habremos perdido un tiempo que podríamos haber dedicado a otras personas que realmente lo necesitan, porque tú confirmarás su coartada, ¿verdad, Leni?

Intento aguantar el golpe de forma estoica porque es como si el karma hubiese actuado dándome un poco de mí misma mierda, pero estoy tan cabreada y afectada por la mañanita que llevo que no logro contenerme.

—Vete a la mierda, Miriam.

La esquivo con la poca dignidad que me queda y salgo de la comisaría con un nudo estrangulándome la garganta. Ahora me gustaría una barbaridad que saliese detrás de mí y se disculpase, o que simplemente me dijese que con esto ya estamos en paz de una puta vez. Pero Miriam no sale, y encima acabo de recordar que me he marchado sin anular la multa.

Putra mierda de mañana, si el plan de Julia para la cena de esta noche no sale bien, igual sí que habrá llegado el momento de apartarme del camino de Miriam.

Capítulo 15

Miriam

Todavía me pregunto por qué me he dejado arrastrar por estas dos locas para salir esta noche. Estaba saliendo de la ducha después de un día agotador de trabajo y por poco me queman el timbre con la ansiedad de que abriese.

—Perfecto, ya estás duchada—ha dicho Elvira en cuanto me ha visto con el albornoz puesto—ahora solo falta escoger algo de ropa decente y nos vamos a cenar.

—¿A cenar? Yo no voy a ninguna parte, estoy reventada. Además, ¿desde cuándo hacemos planes de última hora?

—Miriam la controladora—se ha burlado Julia—suéltate un poco, anda, por una vez que hagamos algo sin planearlo una semana antes tampoco nos vamos a morir.

—No sé, Julia, estoy muy cansada y todavía me duele el culo.

—El restaurante al que vamos tiene sillas acolchadas, no te preocupes por eso. Venga, cariño, hazlo por mí—ha rogado colocando las palmas de las manos juntas—me he pasado muchos días fuera sin parar de trabajar, saliendo de una comida de negocios para encerrarme en una reunión. Necesito despejarme, sentarme a cenar tranquilamente sin tener que estar hablando de cuentas y futuros clientes.

La cabrona es convincente cuando quiere, finalmente he cedido y aquí estamos, degustando una botella de vino mientras esperamos a que el camarero venga a tomarnos nota.

La verdad es que no me arrepiento, la salida me está viniendo bien para despejarme y creo que yo también necesitaba un rato como este. El día ha sido muy intenso, lo último que hubiese esperado esta mañana cuando estaba trabajando era encontrarme con Leni, y por si fuese poco no lo he hecho una vez; sino dos. Es como si los astros se hubiesen alineado para servirme en bandeja una venganza muy gustosa, y joder, no soy así, pero Leni se merecía todas las palabras que le he dicho, aunque ahora me sienta un poco mal por ello.

Decido omitirles todo eso a mis dos amigas, necesito una cena tranquila y como salga el tema las dos volverán a decir lo bien que les cae Leni y me enfadaré.

—Vaya, parece que no somos las únicas bollos del lugar—suelta Julia mirando hacia la derecha.

—Hacen buena pareja—añade Elvira siguiéndola con la mirada.

Me giro muerta de curiosidad y mi puño se cierra alrededor de la copa con una fuerza desmesurada cuando descubro que la bonita pareja de lesbianas de la que hablan mis amigas, son Leni y una chica despampanante a la que no conozco.

Dejo la copa sobre la mesa porque lo último que me falta es que se me rompa entre los dedos y dirijo la mirada hacia el centro de la mesa.

—¿Queréis dejar de mirar con tanto descaro? —les pido enfadada—luego queréis igualdad, y sois vosotras mismas las que nos señaláis con el dedo.

—Uy, parece que hay alguien aquí que está de mal humor—se burla Julia—yo no señalo a nadie, Miriam, simplemente me ha pasado como a todas las personas en edad de copular que hay en este sitio, que he visto a dos chicas bonitas y no he podido resistirme a mirar.

—¿En edad de copular? —pregunta Elvira soltándole un capón que resuena con fuerza en su nuca, despejada por un recogido sencillo.

Las dos comienzan a reírse mientras Julia se masajea la nuca, después Elvira se acerca y le besa la zona afectada.

—En casa te compenso—le susurra, no lo suficiente bajo como para que yo no lo escuche.

—Dais asco—rezongo cogiendo mi copa y bebiendo lo que me queda de un trago.

—Seguro que esas dos también darán asco esta noche—apostilla Julia.

—Pues espero que se les rompan las patas de la cama, la de la derecha es Leni—escupo con rabia.

—¿Leni? ¿La chica que te gusta pero que has decidido no perdonar? ¿La misma Leni? —pregunta Elvira.

—Sí, la misma.

—Tú eres gilipollas—dice Julia muy seria—en serio, cariño, eres tonta de remate. ¿De verdad has dejado escapar a una tía así solo porque ayuda a su hermanito pequeño?

—El hermanito tiene los huevos negros y está en edad de ser una persona normal y no un delincuente. Y esa tía de la que hablas—digo clavando una mirada iracunda sobre Leni, que parece escuchar con atención todo lo que le cuenta su amante—no creo que merezca tanto la pena si intenta ligar conmigo y a la vez con otra, o peor, esa mujer podría ser su pareja.

En ese momento, Leni ensancha una de esas sonrisas de medio lado que tanto me gustan y el pecho se me encoge haciéndome sentir algo que puedo describir como una mezcla de celos, rabia y miedo, sobre todo lo último, porque acabo de darme cuenta de que no quiero que sonría para nadie que no sea yo.

—¿Qué esperabas, Miriam? —pregunta Elvira—¿qué pases de ella y encima la pobre muchacha se quede en su casa encerrada por si suena la flauta y cambias de opinión? Es una mujer joven, guapa y por lo que veo alegre, tiene derecho a divertirse con quien quiera.

—Por mí ya puede reventar y follarse a todas las mujeres de la comarca.

—¿Crees que es un ataque de celos? —le pregunta Julia a Elvira como si yo no estuviese aquí, cosa que me cabrea más todavía.

—Tiene toda la pinta—contesta afirmando con la cabeza.

—Si lo llego a saber no vengo, no vuelvo a hacer caso en la vida.

—Bueno, ya ha quedado claro que no quieres saber nada más de Leni, ¿por qué no dejamos el tema y nos centramos en disfrutar lo que queda de cena? —propone Julia quitándole importancia.

Me propongo intentar conseguir eso último, al fin y al cabo, mis amigas no tienen la culpa de que yo sea la mujer más tonta que habita en este planeta. El camarero hace rato que ha tomado nota y nuestros platos llegan justo a tiempo para que no me beba otra copa de vino con el estómago vacío.

Ataco mi solomillo y lo mastico con calma tratando de saborear esta delicia, pero incluso la exquisita carne me sabe amarga y se me hace una bola cada vez que miro de

soslayo hacia donde está Leni y la veo sonreír y coquetear con la zorra del vestido negro.

No me queda más remedio que admitir, que por mucho que me esfuerzo por no prestarle atención e intentar disfrutar de la velada con mis amigas, soy incapaz de seguir el hilo de la conversación o de contestar con una frase que contenga más de tres palabras. Toda mi atención está centrada en Leni, en su sonrisa, en su mirada traviesa y transparente a la vez, en lo guapa que está y en las ganas que tengo de estrangular a su acompañante y hacerla desaparecer.

Lo que más me jode de todo, es que creo que ni siquiera ha reparado en mi presencia, solo tiene ojos para ella y eso me está carcomiendo por dentro.

—Miriam, si estás incómoda nos vamos—propone Julia como si me leyese el pensamiento.

En ese momento Leni se levanta y se dirige hacia los baños dejando a su acompañante en la mesa, dejo a Julia con la palabra en la boca y mi cuerpo se levanta ignorando completamente a mi cerebro, que me dice que no es buena idea. A pesar de ello, no hago caso y voy directa hacia los baños, abro la puerta sin tener muy claro lo que pienso decirle y me la encuentro refrescándose frente al espejo.

—¿Sofocada? No me extraña ante semejante mujer—bufo en cuanto cierro la puerta.

—Miriam—exclama elevando las cejas con sorpresa mientras esboza una de sus sonrisas matadoras como si se alegrase de verme—tres veces en un día, o es cosa del destino o tengo que empezar a pensar que me acosas.

Me cago en ella. ¿Cómo puede tener tanta cara? No sé qué es lo que me ha dejado fuera de juego, si el hecho de que tenga el morro de acusarme de seguirla o que está tan insultantemente guapa que me ha dejado con la boca abierta.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sonriente al ver que no respondo.

—Lo que hace todo el mundo, Leni, cenar. Aunque tú parece que en lugar de la comida te la estás cenando a ella con los ojos.

Pues nada, ya lo he soltado, si no le digo algo haciendo referencia a su acompañante hubiese reventado. Leni se seca las manos y se acerca a mí con un movimiento tan rápido que apenas tengo tiempo de reaccionar cuando me coge de la mano y tira hasta pegarme a su cuerpo.

—¿Celosa?

El corazón me bombea con fuerza y el calor que desprende su cuerpo me sofoca de un modo tan intenso que soy incapaz de mover un solo músculo para separarme de ella. No quiero hacerlo, me gusta estar aquí y respirar el aroma suave de su melena suelta y brillante.

—No estoy celosa—miento como una bellaca.

—¿Segura? Porque a mí me parece que sí, si no, no entiendo a qué viene este numerito.

—¿Numerito? —resoplo antes de sentir un hormigueo inquietante recorrerme el vientre cuando se pega un poco más a mí.

—Sí, numerito. ¿Sabes lo que creo? Que te gustaría ser ella, que te gustaría estar sentada en esa silla y que fuese a ti a quien yo estuviese comiéndome con la mirada.

—Eres una...

—Fanfarrona—me corta—ya, ya lo sé, me lo has dicho tantas veces que estoy comenzando a creérmelo.

Ahora sus dedos rozan los míos y la corriente me recorre en todas direcciones. Miro hacia la puerta con el corazón latiéndome con fuerza cada vez más cerca de las piernas,

como a la zorra del vestido negro le dé por entrar ahora dudo que le haga mucha gracia encontrarnos tan cerca.

—Tú podrías ser ella—me susurra al oído—solo tienes que decir que sí y cenar conmigo, es así de fácil, Miriam.

—¿Y qué hay de ella?

—Ella no es importante, tú, sí—afirma casi rozando mis labios con los suyos.

La empujo con desesperación hasta el interior de uno de los baños y cierro la puerta aprisionando su cuerpo entre esta y el mío. Eso parece gustarle y excitarla, sus labios se abren y sus ojos se clavan en los míos mientras siento un río de excitación inundar mi ropa interior.

—¿Cómo sé que no me harías lo mismo a mí que a ella?

Leni me besa, su lengua entra con fiereza en mi boca desarmándome por completo. Sus manos recorren mi cintura y mi cuello a la vez, en un beso tan necesitado por parte de ambas que solo se rompe cuando nos quedamos sin aliento.

—Jamás te haría eso—jadea pegando su frente a la mía mientras yo trato de que las piernas me sostengan—ella es solo una amiga, quedamos de vez en cuando y echamos unas risas juntas, nada más. Jenifer es la mujer más hetero que he conocido en la vida.

—¿Y por qué la miras así?

—Porque te he visto en cuanto he entrado, tienes algo que me atrapa y creo que te encontraría hasta en una plaza de toros llena de gente a reventar. Solo quería ponerte celosa, y creo que lo he conseguido—confiesa con su sonrisa de matadora—¿me equivoco?

Ha conseguido eso y también que me haya vuelto adicta a su lengua y a sus labios.

—No, no te equivocas—admito a regañadientes.

—Cena conmigo, Miriam, déjame demostrarte que no soy ese monstruo que crees que soy.

—De acuerdo.

Para qué resistirme más si después de probar sus besos ya sé que no hay vuelta atrás. Leni me gusta y me hace sentir cosas que llevaban mucho tiempo muertas. Sería una estúpida si negase lo evidente por más tiempo; me estoy enamorando de ella, si es que no lo estoy ya.

—¿De acuerdo? —dice sorprendida, separándose un poco para mirarme con una sonrisa de victoria que no le cabe en la cara.

—No te hagas ilusiones, si te piensas que vamos a quedar y que después de cenar me llevarás a la cama estás muy equivocada—explico muy digna.

—Tranquila—susurra besando mi mejilla—mi idea es llevarte a la cama antes de que termine la cena—afirma la muy fanfarrona.

—Serás...

Intento darle un cachete como regañina, pero Leni es rápida y abre la puerta del baño y sale corriendo de él riendo.

—Mañana en tu casa, ¿a eso de las nueve? —pregunta desde la puerta exterior—no cocines nada, yo llevaré la cena.

No espera una respuesta, como siempre, da por hecho que acepto su propuesta y abandona los baños después de guiñarme un ojo y dejarme con las piernas temblando y el corazón orbitando por mi pecho.

Cuando regreso a la mesa dedico una mirada hacia la suya y la descubro observándome

con su sonrisa mortalmente atractiva. Casi me mato al tropezarme con una señora que se dirige a los baños y me pongo como un tomate cuando ella sonríe divertida por la escena.

Capítulo 16

Leni

El domingo por la mañana me levanto eufórica, apenas he podido pegar ojo ante la idea de tener por fin una cita de verdad con Miriam. Tanto insistirle y ahora que lo he conseguido estoy cagada de miedo; quiero impresionarla, demostrarle que, a pesar de mentir por mi hermano, no soy una mala persona.

Mientras medito donde puedo comprar la cena o qué es lo que le puede gustar, el timbre de la puerta suena dándome un susto de muerte.

—Dani...—digo sorprendida en cuanto abro—¿qué haces aquí?

Mi hermano se encoge de hombros y me dedica una sonrisa mansa, de esas que solo él sabe poner y ante las cuales me resulta complicado enfadarme.

—¿No me invitas a pasar?

—Sí, claro, idiota, entra. Vamos a la cocina y preparo café.

—¿Te importa si primero voy al baño? Llevo meándome desde hace un buen rato.

—Claro.

Mientras mi hermano va al baño, yo preparo un par de tazas de café y saco unas galletas para acompañar.

—Quería disculparme, Leni—dice en cuanto vuelve—no me gustó como te marchaste el otro día, no quiero que estemos enfadados.

—No estoy enfadada, Dani, estoy decepcionada y algo cansada, es diferente.

—Pues tampoco quiero que estés así. Voy a cambiar, hermanita, en serio. He conseguido un trabajo con un colega, se ha montado por su cuenta una pequeña empresa de transporte. No es gran cosa, pero tiene bastante curro y necesita que alguien le eche una mano.

—Eso es fantástico, Dani—digo contenta—necesitas trabajar, saber lo que cuesta ganar el dinero y empezar a sentar la cabeza de una vez.

—Lo sé. Ahora solo tengo que esperar a que el banco le conceda un pequeño préstamo para adquirir otra furgoneta y en cuanto la tenga empezaré con él. Es cuestión de días.

Ya ha hecho como siempre, primero me expone la parte buena y luego aparece el inconveniente, odio que venda la liebre antes de cazarla, pero odio todavía más que nunca me lo vea venir, siempre le creo a la primera de cambio y eso tiene que cambiar.

A pesar de eso, decido no mostrarle mi decepción. Hoy no quiero que nada me amargue el día, Miriam me importa demasiado como para permitir que Dani me ponga de mal humor y me estropee lo que espero que sea una bonita cena.

—¿Cómo está tu madre? Hace días que no te pregunto—dice interesado.

—Bien, la vi hace poco y está como siempre.

—Dale recuerdos de mi parte la próxima vez.

—Claro.

—Tengo que irme ya, Leni—dice mirando la hora en un reloj que no le había visto hasta ahora y que parece costar una pasta.

Trago saliva y no le pregunto la procedencia, creo que no quiero saberla.

—¿De verdad que está todo bien entre nosotros? —pregunta mientras le acompaño a la puerta.

—Lo está, Dani, siempre que tengas claro que no pienso volver a mentir por ti.

—Clarísimo—dice con la mejor de sus sonrisas.

Mi hermano besa mi mejilla y desaparece casi corriendo por el jardín. Cuando se marcha me quedo con una sensación agri dulce que no logro explicarme, hay algo en su visita que no me cuadra, pero soy incapaz de ver el qué y tampoco quiero obsesionarme.

Me doy cuenta de que el día se me puede hacer muy largo si me quedo en casa, así que llamo a mi madre y le digo que iré a visitarla y pasaré la tarde con ella, cosa que hago y que como siempre logra relajarme.

—Esta mañana ha venido Dani a verme, me ha dado recuerdos para ti—le comento después de varias conversaciones mundanas.

Ella entorna los ojos de un modo imperceptible para cualquiera, pero no para mí. Ese gesto indica que acaba de adivinar por qué estoy aquí. Conociéndola, debe llevar desde que la he llamado preguntándose qué ha pasado para que venga a verla así de sopetón.

—Devuélveselos, cariño, ya sabes que no es santo de mi devoción por todo lo que te hace, pero es tu hermano y yo siempre respetaré eso.

—Lo sé, mamá. Dice que ha conseguido trabajo con un amigo suyo y que piensa sentar la cabeza.

—¿Y tú le crees? —pregunta con un gesto indescifrable.

—La verdad es que no—contesto con sinceridad, de nuevo presa de su red de preguntas—últimamente no sé qué me pasa, quizá estoy perdiendo la esperanza en él y hasta que no me demuestre las cosas que promete con hechos, creo que me va a resultar muy difícil creerle de nuevo.

—Menos mal, hija, ya era hora de que empezases a darte cuenta. Odio ver lo decepcionada que te hace sentir una y otra vez y que después confíes en él de nuevo en cuanto usa esa labia suya para prometerte el oro y el moro. Siempre he dicho que, si Daniel fuese comercial, conseguiría vender incluso la arena del desierto a los lugareños.

—Supongo que nunca perderé la esperanza de que algún día cambie, pero también es cierto que cada vez me cuesta más creer que eso sucederá.

—No te sientas mal por ello, cariño, que no le creas no significa que le quieras menos, ¿me oyes? Has sido la mejor hermana que Daniel ha podido tener y él ya se ha aprovechado demasiado de tu inocencia. Ya es hora de que despiertes y veas las cosas como son.

Sé que mi madre me dice todo eso porque me quiere, pero la verdad es que me jode que hable de mi hermano así, aunque yo sepa que cada una de las palabras que ha soltado son verdades como templos.

—Dejemos de hablar de Dani, hoy tengo una cita con una mujer a la que quiero impresionar y estoy muy nerviosa, mamá—le confieso buscando su consejo.

—¿La policía?

—La misma.

—Pues lo tienes muy fácil, hija—dice encogiéndose de hombros—sé tú misma, muéstrate tal y como eres y si esa chica no queda tan impresionada como yo, es que no te

merece.

La verdad es que la mujer cuando se lo propone tiene un don para subirme la moral.

Capítulo 17

Miriam

Ahí está, el sonido del timbre que llevo todo el día esperando. Por mucho que he tratado de mantenerme calmada, ahora que por fin Leni ha llamado a mi puerta puntual como un reloj suizo, tengo el corazón desbocado y los nervios a flor de piel.

Me acerco a la puerta con sigilo y miro por la mirilla sintiendo como me derrito por dentro, está preciosa, sencilla, pero preciosa como siempre. Sus ojos brillantes lo observan todo con lo que me parecen los mismos nervios que tengo yo, hasta que de repente su dedo se mueve y pulsa el timbre otra vez dejándome medio sorda.

—Pensaba que ibas a darme plantón—dice en cuanto abro.

—No me tientes...—la amenazo entornando los ojos.

Leni me dedica su sonrisa matadora y las piernas comienzan a temblarme.

—Pasa, no te quedes ahí.

La cojo de la única mano libre que tiene y tiro de ella hacia el interior, cerrando la puerta con rapidez porque conociendo a mis dos amigas seguro que están pegadas a la mirilla.

Cuando cierro la puerta tras ella no sé muy bien cómo debo saludarla, estoy tan nerviosa que no atino a adivinar qué es lo correcto en nuestro caso, tampoco tengo claro qué es lo que hay entre nosotras si es que hay algo ni cómo debo actuar.

No recuerdo haberme puesto tan nerviosa ante una cita nunca, y eso que a Leni digamos que ya la conozco, y aunque haya una tensión palpable entre nosotras también ha habido besos, besos que me excitan y ruborizan cada vez que los recuerdo, y más ahora que la tengo tan cerca.

—Creo que lo mejor es que te bese y acabemos con esta situación incómoda que tenemos ahora—suelta a bocajarro.

Me deja tan descolocada que soy incapaz de mover un músculo cuando su mano se posa en mi cintura, me atrae hacia ella con un deje de posesión que me vuelve más tonta de lo que ya estoy y me da un tierno beso en los labios que me sabe a tan poco, que soy yo misma la que la empuja hacia la pared con mi cuerpo y la beso con más intensidad.

—Menudo recibimiento—jadea cuando nos separamos—sabía yo que estabas loca por verme.

—No estropees el momento con tu fanfarronería, ¿quieres? —le pido entornando los ojos.

—Prometo comportarme, al menos hasta que estés desnuda—afirma en un susurro que me quema la piel.

—¡Leni!

—Era broma—dice riendo, aunque yo no tengo tan claro que lo sea—venga, que esto se enfría—dice alzando la bolsa que ha traído—espero que te guste la pasta italiana, no sé lo

que te gusta, pero tampoco conozco a nadie que diga que no a un arroz con salsa de setas.

—Me encanta el arroz con salsa de setas—afirmo quitándole la bolsa de las manos.

Cuando nos dirigimos a la mesa del salón, me doy cuenta de que todo está preparado para una cena romántica sin que fuese esa mi intención. No sé qué tiene esta mujer, pero está claro que me nubla el juicio.

He bajado la intensidad de la luz hasta dejar lo justo para que veamos lo que nos llevamos a la boca. En el centro de la mesa hay una bonita vela adornada en la base con unas hojas verdes que me trajo Julia de su último viaje. No es que crea en nada, pero me encanta encender velas, quizá porque me tranquiliza mirarlas y ver como la pequeña llama las va consumiendo poco a poco, sin prisa.

También he sacado un par de relucientes copas para llenarlas de un vino que tengo reservado para ocasiones especiales, y ante todo este despliegue me inquieto al darme cuenta de que sí, de que Leni para mí es alguien especial por mucho que me esfuerce en hacernos creer lo contrario a las dos.

Ella lo observa todo con una sonrisa diferente, ni es la matadora ni la fanfarrona, pero también me gusta.

Se pega a mi espalda y sus manos rodean mi cuerpo hasta entrelazarse en mi cintura. Su cabeza se apoya en mi hombro y comienzo a temblar, no es solo excitación, también hay otra cosa que me desconcierta y que no había sentido antes, algo que hace que sienta un enorme vacío ante la idea de separarme de ella.

Coloco mis manos sobre las suyas y aprieto con fuerza como si de repente temiese perderla. No sé qué me pasa, incluso un nudo incómodo se ha instalado en mi garganta y amenaza con quedarse.

—¿Qué me has hecho? —logro preguntar asustada por todo lo que siento.

—Empezar a quererte, aunque tú me rechaces—afirma sin soltarme.

Me giro entre sus brazos, asegurándome de que no pierdo su agarre y comienzo a besarla lentamente. Esta vez no hay ansia en el beso ni tampoco la rabia que suelo sentir hacia mí misma por no poder controlarme con ella.

Esta vez simplemente me dejo llevar por todo lo que siento y cuando me doy cuenta hemos topado con el sofá. Leni me mira algo desconcertada y yo le hago un gesto para que se siente, subiendo la falda de mi vestido casi hasta mi cintura para subirme a horcajadas sobre ella.

Veo el fuego en su mirada y el miedo a hacer algo que me moleste, pero estoy tan desesperada por sentirla que soy yo misma la que cojo su mano y la conduzco entre mis piernas hasta posarla sobre mi ropa interior.

—Con cuidado—le pido temblando.

Jamás había sentido nada parecido, el calor de su mano me quema y todo mi cuerpo pide a gritos unas caricias que Leni me regala con la mayor delicadeza posible mientras nuestros besos siguen, lentos y húmedos, y mis manos recorren su cuerpo hasta colarse por debajo de su jersey y acariciar sus pechos por encima del sujetador.

—Me estás matando, Miriam—susurra entre jadeos.

Muriéndome estoy yo, cada caricia suya me desespera, me excita y me gusta a partes iguales. Ahora sus dedos juegan con cuidado a levantar un poco mis braguitas para colarse bajo ellas. Yo suelto un pequeño gemido de escozor cuando sin querer roza mis muslos y ella se detiene en seco con una cara de culpabilidad y miedo que no tiene precio.

—Perdona.

—Necesito que me toques, Leni—zanjo cogiendo su mano para devolverla a ese lugar que tanto ansía ser acariciado.

Esta vez lo logra, y mientras yo desabrocho su pantalón y le propino unas caricias que le arrancan un gemido que me enerva, sus dedos por fin tocan el calor de mi piel y me dejan sin aliento.

—Si te hago daño me lo dices—susurra con las pupilas dilatadas.

Asiento porque soy incapaz ahora mismo de articular una sola palabra, si pudiera le diría que jamás me han tocado con tanta exquisitez ni he sentido que todas mis terminaciones nerviosas se desesperaban de placer como lo están haciendo ahora.

La posición es algo incómoda, no obstante, logro colar mi mano bajo su ropa interior y acariciarla disfrutando del tacto suave, húmedo y ardiente que encuentro bajo ella.

Sus dedos bailan con suavidad entre mis pliegues, y lo que en un principio me daba miedo porque pensaba que me iba a doler, se convierte en la sensación más placentera que recuerdo haber sentido. Leni no necesita penetrarme ni yo a ella, unas suaves caricias propinadas con el más absoluto tacto y cariño en los lugares correctos nos han llevado a lo más alto a ambas al mismo tiempo.

Temblando y todavía jadeando, coloco mis manos en su cara y le doy un profundo beso que me sirve para constatar que estoy en el lugar correcto.

Ha sido un polvo rápido y sin duda inesperado, pero ha estado colmado de un cariño y un tacto desmesurado por parte de ambas que lo han convertido en uno de los momentos más íntimos y especiales de mi vida.

—Había planeado que te rindieses durante la comida, no antes—se ríe Leni, dándole ese característico toque de humor suyo que me enfada y me gusta de igual manera—no deja usted de sorprenderme, agente—añade acariciando mi mejilla.

—Yo tampoco lo había planeado—reconozco sonrojada.

—Las cosas que no se planean siempre son mucho mejores—asegura guiñándome un ojo.

—En eso estamos de acuerdo—admito con una sonrisa—venga, probemos ese arroz.

—Habrás que calentarlo un poco.

Sosteniéndome de su mano, me levanto y me recoloco la ropa, después lo hace ella y ambas vamos al baño a lavarnos las manos para quitarnos los restos de intimidad de la otra.

Mientras Leni abre y sirve el vino, yo caliento la comida en el microondas para sentarnos unos segundos después a disfrutar de una velada que solo se ve interrumpida cuando le pregunto por su hermano.

—Dijiste que tal vez me contarías algo, pero si no te apetece no pasa nada, estoy disfrutando mucho de esta noche y no quiero que nada lo estropee—digo al ver como su gesto se ha transformado de la alegría más absoluta a una seriedad que le ha arrancado hasta ese brillo en su mirada que me deslumbra cada vez más.

—No, no pasa nada, quiero que lo sepas, Miriam. Necesito que comprendas porqué protejo a mi hermano, aunque no lo compartas.

—Está bien.

—Para empezar, tienes que saber que Dani solo es mi hermano por parte de padre.

Eso lo había deducido, ya había visto en el informe que no comparten el segundo apellido, pero decido no decirle nada y que continúe sin interrupciones por mi parte.

—Mis padres se separaron cuando yo tenía cinco años, no es algo que recuerde mucho porque tampoco fue una separación de esas malas o dramáticas, a pesar de que mi padre dejó a mi madre por la que fue la madre de Dani.

—¿Tu madre no se lo tomó a mal? —pregunto sorprendida.

No sé del caso de ninguna persona a la que engañen con otra y no le siente mal.

—No, pero en su caso fue porque por lo visto no amaba a mi padre, según ella, lo único bueno que tuvo de ese matrimonio fui yo. Fue de conveniencia, esas cosas cavernícolas que sucedían antes. En fin, Dani nació poco después y para mí fue como un regalo, siempre había querido tener un hermano.

—Es algo que también me hubiese gustado tener, pero por lo visto fui un bebé demasiado incordio como para que a mis padres les quedasen ganas de más—añado con una sonrisa.

—Me cuesta creer que fueses un incordio, a mí me pareces adorable.

—Pues de pequeña era un pequeño demonio, mis padres estarán encantados de contártelo algún día.

Leni entorna los ojos, y ante mi cara de espanto por lo que implica lo que acabo de decir, tiene el detalle de no hacer ningún comentario y continuar con su narración. Lo que me hace suspirar de alivio.

—La madre de Dani los abandonó a ambos cuando él tenía dos años más o menos, decidió que no estaba preparada para ser madre y simplemente se marchó para no volver. Mi padre esa parte no la llevó muy bien, pero a pesar de ello, se las apañó para sacar a Dani adelante él solo.

—¿Y tú? ¿Qué papel jugabas entonces? ¿Tu padre te siguió atendiendo?

—Sí, jamás hizo diferencias con ninguno. No era un hombre especialmente cariñoso, pero fue un buen padre tanto para él como para mí. Murió cuando Dani tenía dieciséis años y yo veinticuatro. A mí me dejó en herencia la casa en la que vivo y el local donde tengo la floristería, y a Dani un apartamento y un par de terrenos en una urbanización de las afueras.

No parece triste al contarlo, pero sí nostálgica, como si echase de menos esos tiempos en los que los tres seguramente lo pasaban bien.

—Al fallecer él, yo me trasladé a la casa en la que vivo ahora y asumí la custodia de Dani. A mí madre no le hizo mucha gracia, pero a pesar de ello me apoyó y me ayudó en todo lo que pudo. Mi padre nos dejó también suficiente dinero para vivir una buena temporada, yo usé mi parte para montar la floristería y la de Dani quedó guardada hasta que cumplió la mayoría de edad. Que le hubiese dejado dinero creo que fue lo peor que le pudo pasar a mi hermano.

—¿Por qué? —pregunto intrigada.

—Dani no llevó nada bien la muerte de mi padre. Entró en un estado de rebeldía en el que todo le daba igual. Sus notas bajaron hasta el punto de suspender el curso y tener que repetir. Comenzó a juntarse con chicos un poco impresentables y a probar las drogas. Yo me desviví por intentar reconducirle, pero está claro que algo no hice bien, y al poco de cumplir los dieciocho se marchó a su apartamento, se gastó todo el dinero que tenía en cuestión de meses y al poco tiempo empezaron los problemas.

—¿Los robos?

—Sí.

—La primera vez fue en una tienda de al lado de su casa, el tío es tonto hasta para eso.

La dueña lo reconoció, y la mitad de la clientela también—sonríe con pesadez—le cayeron un par de meses de trabajos comunitarios.

Todo eso está en el informe, pero relatado por Leni suena todo muy diferente. No es lo mismo leer una ficha que relata los delitos de un chico al que no conoces y del que solo puedes pensar mal, a escuchar la versión de una hermana que se siente responsable de algo contra lo que no puede luchar.

—Pensé que con aquello aprendería y se centraría, pero lo que aprendió fue a no robar cerca de su casa. La primera vez que me puso como coartada no me lo podía creer, pero era mi hermano, y de nuevo pensé erróneamente que si le sacaba de esa podría reconducirlo, que me pagaría el favor dejando de hacer el gilipollas.

—Pero no fue así.

—No, no fue así—admite agobiada—siempre es la misma historia, Miriam, jura y perjura que es la última vez, y yo soy tan imbécil que le acabo creyendo hasta la última palabra, pero te juro que ya se ha terminado. Lo que le hizo a esa señora, lo que te ha hecho a ti—me señala haciendo una mueca de disgusto—es imperdonable y no pienso volver a cubrirle. Ahora ya no.

No sé por qué, pero la creo. Su relato me ha erizado la piel, en Leni no hay más que una hermana mayor que se siente culpable del mal comportamiento de su hermano.

—Tú no eres responsable de él, Leni—le digo acercándome a ella y cogiendo su mano—hiciste todo lo que pudiste, te independizaste por él para que no acabase en una casa de acogida o en un centro de menores. No era responsabilidad tuya y aun así lo hiciste. Lo que tu hermano haya decidido hacer con su vida no es culpa tuya, entiendo que ha tenido una vida complicada, pero mucha gente la tiene y elige luchar y salir adelante.

—Mi hermano ha escogido el camino fácil.

—Exacto. Gracias por contármelo.

—¿Ya no me odias? —pregunta volviendo a usar ese sarcasmo suyo.

—Creo que no te he odiado nunca, pero sí que tengo ganas de estrangularte algunas veces.

—Vaya—dice fingiendo disgusto—¿y qué puedo hacer para remediar eso?

—Quizá volver mañana—le pido con el pulso acelerado—también tengo el día libre y puedo pasarme la tarde cocinando algo, espero que me salga bien.

Leni entorna los ojos y sonríe de ese modo que me turba por completo. Me encantaría que se quedase esta noche, pero prefiero ir despacio y que no precipitemos las cosas. Me gusta demasiado que me tire los trastos en cuanto tiene oportunidad, me gusta que me hable con la seguridad de que ya me tiene a pesar de no tenerme, joder, me gusta gustarle.

—Delo por hecho, agente.

Las dos nos ponemos en pie y me ayuda a llevar todas las cosas a la cocina. Después la acompaño al salón, coge su bolso y su abrigo y cuando lo tiene puesto se acerca a mí, pegando su cuerpo al mío hasta que una corriente eléctrica me recorre de arriba abajo y me besa con esa pasión contenida que tanto me desespera.

—Mañana no me marcharé tan pronto—asegura con prepotencia.

—Puede que ni siquiera te marches—le suelto alzando una ceja con chulería.

Leni me guiña un ojo y las piernas se me vuelven de gelatina. Cuando se marcha de mi casa no logro borrarle la sonrisa tonta de la cara hasta que no me meto en la ducha y me duermo pensando en lo que prepararé mañana para cenar.

Capítulo 18

Leni

Cuando me levanto me siento como si flotase en una nube. Hacía mucho tiempo que no dormía toda la noche del tirón. Me desperezo y miro el móvil por inercia sonriendo. Ahora me gustaría enviarle un mensaje de buenos días o alguna gilipollez de las mías, de esas que hacen que Miriam tuerza el gesto, pero resulta que no tengo su número ni ella el mío. Estamos comenzando algo de un modo un poco atípico y eso me gusta.

Me doy una ducha rápida y me visto con ropa cómoda, no he quedado con Miriam hasta esta noche y pienso pasarme todo el día relajándome en casa.

Cojo el móvil para dejarlo en el salón y veo que en la parte superior parpadea una luz azul que indica que tengo una llamada. Lo desbloqueo y veo con sorpresa que es mi ex, Leticia. Estoy a punto de devolverle la llamada cuando alguien aporrea mi puerta de un modo tan bestia que me asusta hasta el punto de que suelto el teléfono y se me cae al suelo.

—¡Policía, abra! —grita un hombre desde fuera.

Mis ojos se abren de par en par, no es la primera vez que la policía viene a mi casa, pero sí la primera que irrumpe con tanta intensidad. Abro la puerta lentamente con el corazón latiendo a toda velocidad dentro de mi pecho y me encuentro a dos policías de uniforme que me observan inquisitivos y otra chica que viste de calle.

—¿Es usted Leonor Luján? —pregunta esta última.

—Sí, ¿qué ocurre, agente? —pregunto sin comprender nada.

—Subinspectora Jerez—se presenta—¿hay alguien más en la casa?

—No.

Me hago a un lado al ver su intención de comprobarlo personalmente mientras maldigo a Daniel interiormente, seguro que esto es otra de sus mierdas y deben pensar que está escondido aquí. Uno de los agentes me pregunta si me importa que eche un vistazo y yo niego mientras espero junto a la subinspectora al mismo tiempo que él y su compañero vagan por mi casa haciéndome sentir una jodida delincuente.

—¿Me va a decir alguien qué pasa? —pregunto impacientándome.

—¿Tiene usted una pistola de perdigones en casa?

Me quedo alucinando mientras mi mente trabaja a toda máquina tratando de descifrar a qué viene lo de mi pistola. Que yo sepa no es ilegal tenerla, quizá Miriam lo incluyó en el informe y solo sea una comprobación rutinaria, sí, seguro que tiene que ser eso.

—Sí, la tengo.

—¿Me la puede enseñar? —pregunta ella, que me observa mascando un chicle con impaciencia.

—Claro.

La invito a que me siga hasta mi habitación y la escena se convierte en una especie de desfile, donde yo voy en cabeza y los agentes uniformados tras la subinspectora Jerez. Abro

el cajón de mi ropa interior y el aliento se me corta al ver que la pistola no está dentro. Empiezo a sacar ropa como una desesperada ante la atenta mirada de la subinspectora hasta dejarlo completamente vacío.

Abro el siguiente cajón contemplando la posibilidad de que la hubiese guardado en otro sitio por error, pero tampoco está y solo siento ganas de llorar.

—No está—susurro en voz baja.

—Normal, su arma ha aparecido en la escena de un robo con violencia, va a tener que acompañarnos usted a comisaría para...

Dejo de escucharla. Una ola de calor comienza a recorrerme por dentro y me mareo ligeramente. No comprendo nada, pero ahora mismo tampoco estoy como para hacerlo.

—¿Está usted bien? ¿Quiere un vaso de agua? —me pregunta ella, sin dejar de mascar el chicle.

Acepto que me dejen beber agua en mi propia casa, después cojo mi bolso y salgo con ellos y me subo en su coche.

Ya en comisaría, parece que el mareo se me ha pasado. Me conducen a una sala que no me parece de interrogatorios, o al menos no es como yo la habría imaginado. Me preguntan si quiero un abogado, pero lo rechazo porque sé que yo no he hecho nada y quiero acabar con esta mierda cuanto antes.

Mientras espero a que vengan me alegro de saber que Miriam hoy no está de servicio, no quiero causarle problemas ni pasar la vergüenza de que me vea en esta sala, creo que eso ahora mismo dinamitaría toda mi seguridad.

La subinspectora Jerez aparece por fin, esta vez lo hace ella sola y deja una carpeta sobre la mesa a la vez que se sienta frente a mí.

—¿Reconoce a alguien en esta imagen? —pregunta directa, dejando una fotografía junto a mis manos.

En ella se ve a tres encapuchados en el interior de lo que parece una tienda, todos ellos imposibles de distinguir. Ni siquiera sé si son hombres o mujeres, visten ropas oscuras y llevan un pasamontañas. Ninguno de ellos mira a la cámara y la imagen tampoco es que tenga una nitidez decente.

—No—contesto escueta.

—¿Dónde estaba usted ayer entre las siete y las once de la noche?

Me quedo paralizada sin saber qué debo contestar, mi mente trabaja a toda velocidad tratando de descifrar lo que ocurre. ¿Es Dani uno de esos encapuchados? ¿Me ha vuelto a utilizar de coartada?

—¿Se me acusa de algo, subinspectora? —pregunto tratando de ganar tiempo.

—Aquí las preguntas las hago yo, responda, por favor. ¿Dónde estaba ayer entre las siete y las once de la noche?

Salvada por la campana, alguien ha llamado a la puerta de la sala en la que nos encontramos y la subinspectora ha resoplado girándose hacia la puerta.

Otra mujer con el semblante serio y un rostro que se me antoja muy atractivo se adentra un par de pasos a la vez que me observa como si me estuviese estudiando.

—Ha llegado, Saray—susurra dirigiéndose a ella.

—Esto no puede ser legal—reniega Jerez poniéndose en pie.

—Tampoco debería serlo que masques chicle y aquí estás—le suelta haciéndome contener una sonrisa—venga, sal, Saray.

La subinspectora Jerez abandona la sala y la otra mujer clava su intensa mirada en mí.

—Parece que tiene usted buenas amistades, le recomiendo que use este tiempo para decir la verdad.

No comprendo nada hasta que la mujer se asoma a la puerta y le da paso a alguien, ese alguien resulta ser Leticia, mi exnovia, y ahora comprendo el motivo de su llamada esta mañana, seguro que como fiscal ya se había enterado.

Su presencia aquí me hace sentir un alivio indescriptible y solo siento ganas de llorar, de levantarme y abrazarla o de gritar y romper algo, pero me mantengo quieta y callada mientras las observo.

—Tienes quince minutos, Leti, si alguien se entera de esto se me cae el pelo—le dice la mujer.

—Gracias, Ruth, te prometo que seré breve.

La mujer sale por fin cerrando la puerta y yo me pongo en pie sin saber muy bien qué hacer o qué reacción esperar por parte de Leti mientras mis labios comienzan a temblar y las lágrimas pugnan por saltar de mis ojos como dos cascadas.

—Ven aquí, idiota—me pide extendiendo los brazos.

Me abrazo a ella y suspiro de alivio, si no está enfadada es porque la cosa igual no es tan grave para mí.

Leti logra calmarme en cuestión de segundos, siempre tuvo ese poder tranquilizador sobre mí. Quizá por su forma de ser, siempre tranquila y serena salvo que le toques el coño, entonces se vuelve una fiera salvaje capaz de dejar fuera de juego al abogado más experimentado de la faz de la tierra.

—Venga, cariño, siéntate, no tengo mucho tiempo—me pide deshaciendo el abrazo.

—No he hecho nada, Leti, no sé qué coño hago aquí ni lo que ha pasado, nadie me cuenta nada—escupo en cuanto me siento.

—Ya sé que no has hecho nada, por eso estoy aquí, y he tenido que pedir unos cuantos favores, así que aprovechemos el tiempo que nos ha dado la inspectora Blanco.

—¿La conoces?

—Desde el instituto, aunque hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Bueno, te pongo al corriente y cuando acabe te haré un par de preguntas y tú me contestarás con total sinceridad, ¿de acuerdo?

—Sí—afirmo impaciente.

—Ayer, entre las siete y las once de la noche, tres personas encapuchadas asaltaron tres gasolineras en distintos puntos de los alrededores de Manresa, los tres iban armados con pistolas que después se ha comprobado que solo eran de perdigones.

—Las personas de la foto.

—Sí, no me interrumpas, Leni, tenemos prisa.

—Vale.

—En la última de ellas, entraron justo cuando el dependiente iba a cerrar, al chico le dio por defenderse y forcejeó con uno de los asaltantes. Este le acabó disparando un par de perdigonazos para quitárselo de encima, con la mala suerte de que uno de ellos le entró por el ojo izquierdo y se le alojó en el cerebro.

Me quedo sin aliento de nuevo, pensar en la escena me produce un escalofrío desagradable que me recorre todo el cuerpo.

—Los asaltantes se asustaron tanto que salieron corriendo y dejaron al chico allí. Lo

encontró un cliente unos minutos después. Cuando la policía acudió, encontraron la pistola tirada en el suelo junto a una estantería, se le debió caer, y con el susto en el cuerpo por lo que había sucedido se olvidó de recogerla. Esa pistola está registrada a tu nombre, Leni.

—Yo no he sido, Leti—salto llena de rabia.

—Ya lo sé, sé que no has sido tú, pero tienes que demostrarlo.

—No entiendo nada—digo rompiendo a llorar.

—Escúchame bien, yo no tendría que estar aquí, Leni, si estoy es gracias a la amistad que me une a la inspectora Blanco. He dado la cara por ti porque sé que tú jamás harías algo así, te conozco demasiado bien, pero tienes que ayudarme y contarme todo lo que sepas.

—Lo que sepa, ¿de qué? —escupo nerviosa.

—En la primera gasolinera la cámara de fuera logró captar la matrícula del coche que utilizaron para huir. Está registrado a nombre de Salvador León, que justo ayer por la noche denunció el robo.

—Joder—digo desconcertada.

—Sí, joder—repite ella haciendo una mueca—ese chico es el compañero de piso de tu hermano.

Empiezo a moverme de delante hacia atrás sin poder controlar mi nerviosismo mientras trato de ordenar toda la información en mi cabeza. Leti me detiene colocando su mano sobre la mía.

—Escucha, la teoría de la policía es que tu hermano, que está en paradero desconocido desde anoche, le robó el coche a su compañero. Al estar tu pistola en el lugar de uno de los delitos la policía baraja la posibilidad de que tú también estuvieses allí, que fueses la que conducía el coche.

—¡Qué! —exclamo perpleja—yo no estaba con ellos, Leti.

—Lo sé, y ahora es cuando yo te hago dos preguntas y tú respondes con la verdad.

—Vale.

—¿Hay posibilidad de que tu hermano te robase la pistola? ¿Cuándo fue la última vez que la viste? Porque espero que solo la sigas teniendo en aquel cajón por si acaso.

—Joder, qué hijo de puta—susurro sin tener que pensar mucho.

—Cuéntame, cariño.

—Ayer Dani vino a verme por la mañana. Habíamos discutido hace unos días y quería arreglar las cosas—comienzo a explicar.

—¿Se quedó solo en algún momento?

—Joder, Leti—sollozo incrédula llevándome una mano a la cabeza.

—Venga, Leni, no tenemos tiempo, cariño—dice colocando su silla a mi lado.

—Es que no me lo puedo creer, no puede ser que Dani haya hecho algo así.

—Pues lo ha hecho, y ahora él no me preocupa si te soy sincera, tú, sí. Quiero que salgas de aquí cuanto antes. Piensa, Leni, ¿lo dejaste solo? ¿Tuvo oportunidad de robarte el arma?

—Sí, en cuanto llegó me pidió ir al baño y yo mientras tanto me metí en la cocina para preparar café, tuvo tiempo de sobra para cogerla.

—Vale, ahora la otra pregunta. ¿Dónde estabas anoche entre las siete y las once?

—Estuve en casa hasta las siete y cuarto, después salí y pasé a recoger un pedido por el restaurante italiano, no guardé el tique de compra, pero si van a preguntar supongo que se acordaran de mí, me conocen.

—Vale, eso te da coartada durante un tiempo, pero no todo.

—Después fui a casa de una amiga y estuve con ella hasta casi las doce.

—Perfecto. Dile su nombre a la subinspectora y saldrás de aquí en menos de una hora.

—No.

—¿Qué? —pregunta sorprendida.

—Que no diré su nombre, no pienso meterla en esto.

Y lo tengo muy claro, ahora tengo mi merecido, un poco de mi propia medicina. Yo le menté a Miriam en su cara de forma descarada para proteger al cabronazo de mi hermano y en aquel momento no me importó cómo se sintió ella. Yo no di la cara por Miriam, y no tengo derecho a pedirle que ella la dé por mí.

—¿Qué coño dices, Leni? ¿Te has vuelto loca? Si ella no confirma tu coartada puedes pasarte aquí retenida...

—Me da igual, Leti.

—Joder, Leni, me estás cabreando. No la estarás implicando en nada, solo tiene que decir que estaba contigo, nada más.

—Ya lo sé.

—¿Quién es? ¿La conozco?

—No.

—Mierda, Leni, explícamelo porque te juro que no entiendo nada. ¿Está casada? ¿Es eso?

—No, coño—digo asustada ante la idea—es policía, y no creo que aquí vean con buenos ojos que esté relacionada con una delincuente.

—Tú no eres una delincuente—resopla molesta—dime su nombre.

—No.

—Yo no puedo hacer nada, idiota, solo sirve si tú le das esa información a la subinspectora. Dime cómo se llama, Leni, o te juro que te dejo de hablar para siempre—exige echando chispas por la mirada.

—Se llama Miriam Lozano.

—Bien. Yo tengo que salir de aquí ya, tú ve meditando cuánto tiempo quieres quedarte aquí dentro, porque como no largues por esa boquita tan mona que tienes, las horas se te harán eternas, te lo aseguro—dice poniéndose en pie.

—Espera, Leti, ¿qué pasa con mi hermano?

—No lo sé, pero no pinta bien, sus huellas están en la pistola igual que las tuyas. Lo están buscando a él y a un amigo suyo con un expediente muy bonito que creen que podría ser el cabecilla. Del tercero no se sabe nada, supongo que por eso piensan que puedes ser tú, pero contra ti no tienen nada, Leni, solo te están asustando para que hables. Lo del arma es circunstancial, si alegas que te la robó no pueden acusarte de nada, pero tienes que decirles dónde y con quién estabas.

—Esperaré a que aparezca Dani, él aclarará esto.

—¿Qué lo aclarará? ¿Tú eres tonta o qué te pasa? Tu hermano no va a aclarar nada, cariño, te robó la pistola y la usó para cometer un delito, y encima el muy gilipollas no tuvo ningún cuidado. Te ha implicado, Leni, si estás aquí es por su culpa, a ver cuándo te metes en la cabeza que tu hermano es un capullo y que no va a cambiar. Te aseguro que él no va a dar la cara por ti como tú has estado haciendo por él todo este tiempo. Y que sea la última vez que rechazas la defensa de un abogado—añade molesta.

Tras eso sale por la puerta y me deja con un nudo en la garganta que amenaza con estrangularme.

Capítulo 19

Ruth

Cuando Leti sale de la sala ya me tiene nerviosa, sobre todo porque he tenido que estar aguantando las quejas de Saray y que se venga de mí explotando sus putas burbujas con el chicle.

—¿Qué? —le pregunto en cuanto sale.

—Ella no ha sido, Ruth.

—Me parece muy bien, yo también pondría la mano en el fuego por mi novia, pero necesito que lo demuestre. ¿Tiene coartada?

—Sí, pero se niega a dar el nombre.

Alzo las cejas y estoy a punto de echarme a reír de lo surreal que me parece todo, pero al ver la cara de desesperación de Leti decido mantenerme seria.

—Necesito pedirte otro favor.

—¿Otro? —escupe Saray con los ojos muy abiertos.

—Cállate, Jerez. ¿Qué favor?

No debería hacer esto, pero Leti me ha hecho unos cuantos favores a mí y se lo debo, además me fío de ella.

—Necesito que me consigas un número de teléfono y que me des un par de horas antes de volver a hablar con Leni.

—Joder, Leti.

—Por favor, Ruth, no se merece estar ahí dentro.

—Está bien, ¿qué número? —digo tras suspirar.

—El de Miriam Lozano, es agente de policía, igual la conoces.

—Sí que la conozco—digo sorprendida—¿qué pinta ella en todo esto?

Leti me pide con la mirada que no haga preguntas, y no las hago. Al igual que también tengo que hacerle una señal a Saray para que cierre el pico cuando veo que está a punto de protestar.

—No sé qué pretendes, pero date prisa, Leti, hemos encontrado el coche robado y las huellas de Daniel Luján y otros dos individuos que no son Salvador, están por todo el vehículo.

—Seré rápida, te lo prometo.

Le doy el número y ella desaparece por el pasillo.

—Déjame entrar, Ruth, hay que preguntarle por el paradero del hermano, ella tiene que saber dónde está escondido ese desgraciado.

—No, Saray, y deja de insistir, le he dado mi palabra y durante dos horas nadie va a entrar ahí.

—Está bien—rezonga entornando los ojos.

Capítulo 20

Miriam

Justo acabo de llegar de comprar algún postre especial para esta noche, cuando me ha sonado el teléfono y un número desconocido se ha mostrado en la pantalla.

Al principio me ha costado mucho ponerme en situación, porque la mujer que llamaba se ha presentado como Leticia Alonso, o lo que es lo mismo, la exnovia de Leni.

—Necesito que nos veamos, es urgente.

—¿Para qué? —pregunto sin comprender nada.

—Es por Leni, pero necesito que lo hablemos en persona.

—¿Le ha pasado algo? —pregunto asustada.

—No, nada físico, pero se volverá loca si no me ayudas.

Sin entender una mierda, me cito con Leticia en una cafetería cercana a comisaría. Cuando llego no me cuesta reconocerla, es la única persona del local que va vestida con un traje chaqueta y carga con un maletín. Es la imagen de una abogada de manual, fiscal en este caso.

Se pone en pie en cuanto me presento y me tiende la mano. Me pido un café y ella comienza a contarme lo que ha sucedido con todo lujo de detalles.

—¿Leni detenida? —pregunto perpleja.

—No está detenida, pero si no colabora pueden retenerla hasta setenta y dos horas, ya sabes cómo va esto.

—Vale, ¿y en qué puedo ayudar? —pregunto preocupada.

—Los hechos se produjeron ayer entre las siete y las once de la noche, de diez a once los más graves.

—Leni no podía ser, estaba conmigo—afirmo sin dudarlo.

—Eso me ha dicho, pero se niega a decírselo a la subinspectora—dice dejándome completamente descolocada.

—¿Por qué?

—No lo sé, dice que no piensa implicarte en esto.

Realmente parece preocupada por ella, de hecho, que esté aquí y haya tenido que pedir favores para poder hablar con Leni ya dice mucho. ¿Me he de preocupar? No sé si puedo competir con alguien como ella. No es ni guapa ni fea, ni tiene un cuerpo de escándalo, pero tiene carisma y además parece buena tía. Un nudo en forma de bola de celos se aposenta en mi estómago.

—Pero es la verdad, no me está implicando en nada, Leni estaba conmigo—aseguro sin comprender por qué se comporta así.

—Por eso te he llamado. La conozco, Miriam, y es una auténtica cabezota, ni tú ni yo lograremos convencerla, pero tú sí que puedes ayudarla.

—Hablando con la inspectora—resuelvo en voz alta.

—Exacto, no necesita contarle ella, basta con que lo hagas tú.

—De acuerdo—digo sin dudarle un segundo.

—Muchas gracias, Miriam—dice sincera, mientras coge mi mano y la aprieta con afecto.

Yo solo le dedico una sonrisa cómplice, al fin y al cabo, las dos queremos lo mismo, a Leni.

Entro en comisaría seguida de Leticia, que se queda en una de las salas mientras yo voy directa al despacho de la inspectora Blanco.

—¿Puedo pasar?

—Sí, Lozano—afirma como si me estuviese esperando.

Cuando entro veo que la subinspectora Jerez, a la que conozco de vista, también está en el despacho, pero al ver que la inspectora no le pide que salga, yo tampoco lo hago porque entiendo que no le importa que hable delante de ella.

—Tengo que contarle algo, inspectora, sobre Leni, sobre Leonor Luján—digo corrigiéndome.

—Tú dirás—dice prestándome toda su atención.

—Leticia Alonso me ha contado lo sucedido con ella—cuento algo nerviosa.

—¿Y? —pregunta impaciente.

—Que Leni no pudo haber hecho eso que dicen, es imposible.

—No hay nada imposible, Lozano.

—En este caso sí, porque Leni estaba conmigo, en mi casa—puntualizo mientras la inspectora eleva las cejas y Jerez explota un chicle haciendo de banda sonora.

—¿Estaba contigo?

—Sí—reconozco sofocada.

—¿Y por qué coño no lo dice? —pregunta Jerez sin comprender nada.

—No lo sé, supongo que no quería que me involucrase en esto.

—Leonor Luján mintió hace unos días cuando te despatarraste en su casa por culpa de su hermano. Gracias a su mentira ese gilipollas sigue suelto y puede que sea el autor de una agresión con un arma de perdigones.

—Lo sé—admito con una mueca.

—Pero tú afirmas que ayer ella estaba en tu casa. ¿Qué me he perdido, Lozano? —exige saber clavándome una mirada inquietante.

La verdad es que no sé cómo coño explicar esto, es surreal, ni siquiera yo sé cómo ha llegado a pasar, pero ha pasado y no me arrepiento. Y tampoco pienso dejar tirada a Leni.

—Me gusta, inspectora. Quiero decir que me gusta Leni, no usted—le aclaro nerviosa haciendo que la subinspectora Jerez no pueda contener la risa.

—Gracias por dejar claros los términos—dice la inspectora con los ojos en blanco—no voy a juzgarla, Lozano, estas cosas pasan en las situaciones más inverosímiles.

La inspectora clava la mirada en Saray Jerez y esta se encoge de hombros sin que yo comprenda nada.

—Como comprenderá, debo apartarla del caso por su implicación directa con la hermana del sospechoso.

—Por supuesto, no será un problema, inspectora, se lo prometo.

—Bien, ¿desde qué hora estuvo usted con Luján?

—Llegó a mi casa a eso de las siete y media, más o menos, pero antes tuvo que pasar

por algún restaurante italiano a recoger la cena. Después se marchó a las doce menos diez, lo recuerdo porque fui a calentarme una infusión en el microondas y marcaba esa hora.

—De acuerdo, la subinspectora Jerez le tomará declaración, yo hablaré personalmente con Luján para que me diga el nombre del restaurante y enviaré a alguien para comprobarlo.

—Gracias.

—No me las dé, Lozano, si aprecia tanto a Luján y quiere ayudarla dígame que colabore, si sabe dónde puede estar escondido su hermano es mejor que nos lo diga antes de que se meta en más líos. En este rato nos han enviado las imágenes de las cámaras del peaje de Martorell treinta minutos después de la agresión. Se le identifica claramente al volante del vehículo robado a su compañero de piso. Ya tenemos el nombre de dos de ellos y es cuestión de tiempo que los atrapemos.

—Lo haré, inspectora.

Abandono su despacho siguiendo a la subinspectora Jerez, declaro ante ella y otro agente que Leni estuvo conmigo en un determinado rango de horas que sin duda la exime de toda culpa. Cuando termino, la fiscal Alonso viene de nuevo a verme con una enorme sonrisa.

—Soltarán a Leni en cuanto comprueben lo del restaurante.

—De acuerdo—digo algo aturdida—¿tú la has visto? ¿Cómo está?

—Acabo de entrar a despedirme de ella. Está todo lo bien que se puede estar cuando tu hermano te mete en un lío como este. Espero que a partir de ahora se dé cuenta de que ese niño no es tan bueno como ella cree.

Vaya, al menos no soy la única que opina que Leni se equivoca protegiendo a su hermano.

—Yo tengo que marcharme ya, asegúrate de que antes de salir de aquí denuncia el robo de la pistola, ¿de acuerdo?

—Te prometo que lo haré.

Le doy las gracias a Leticia y me despido de ella con un abrazo sincero.

Hora y media más tarde, Leni sale de la sala en la que estaba y en cuanto me ve esperando en el pasillo, rompe a llorar sin que yo pueda hacer nada para calmarla. Me acerco a ella en dos zancadas y se abraza a mí como si fuese su tabla de salvación. Me limito a devolverle el abrazo y susurrarle palabras que la tranquilicen mientras mis propios ojos se humedecen sorprendiéndome.

—Tienes que denunciar el robo de la pistola—le susurro cuando está más tranquila.

Leni asiente y las dos nos sentamos frente al agente Bermúdez para poner la denuncia. El pobre me mira bastante descolocado por la situación, pero se limita a hacer su trabajo sin preguntar nada que no deba.

—Todo esto no puede estar pasando—susurra Leni cuando nos disponemos a salir.

La observo y veo que camina como una autómatas, con la mirada fija en algún punto más allá de la puerta de salida y el pensamiento en otra parte.

—Te llevo a casa.

Capítulo 21

Miriam

—No quiero ir a casa, Miriam—suelta de pronto cuando subimos al coche—como le dé por ir allí te juro que lo estrangulo con mis propias manos.

—Puedes venirte a casa conmigo unos días, hasta que todo esto pase—digo con suavidad, poniendo una mano sobre su pierna con afecto.

—¿No te importa? Podría ir a casa de mi madre, pero no quiero preocuparla con esto.

—Para nada, puedes quedarte lo que necesites, pero antes pasáremos por tu casa para que cojas lo que haga falta. ¿Te parece bien?

Leni asiente y vuelve a perder la mirada a través del cristal. No quiero ni pensar lo que debe pasar ahora por su cabeza, y no es que sea psicóloga ni nada de eso, pero creo que ahora mismo necesita asimilar lo que ha sucedido, así que no le digo nada y hacemos todo el camino en silencio, tanto hacia su casa como hacia la mía.

Cuando entramos en mi portal, casualmente salen Julia y Elvira. Ambas sonríen al vernos, sobre todo Julia cuando enfoca a Leni. No comprendo nada.

—Hola, pareja—saluda Elvira sonriente.

Las sonrisas se borran de su rostro cuando se acercan más y se dan cuenta de que Leni no tiene buena cara. Yo sigo más perdida que un elefante en una cacharrería, pero ahora mismo lo único que me preocupa es llevar a Leni a casa e intentar que se sienta bien.

—¿Todo bien? —pregunta Julia en voz baja dirigiéndose solo a mí.

—Sí, tranquilas. Hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?

—Claro, cariño. Si nos necesitáis dais un grito.

Nos despedimos de ambas y entramos en el ascensor.

—¿Las conoces? —no quería preguntarle, pero es que la curiosidad me está matando.

—Me tropecé con Julia el otro día, me pilló en tu puerta a punto de dejarte una nota. Estuvimos hablando un rato—reconoce con una sonrisa cansada, pero de esas que tanto me gustan.

El ascensor llega y entramos a mi casa.

—¿No dejaste la nota o yo no la vi? Perdona, ya sé que no tienes el cuerpo para gilipolleces, es que me mata la curiosidad.

Leni se acerca a mí haciendo un esfuerzo por mostrarme su sonrisa matadora y me besa.

—No la dejé—dice en un susurro tras romper el beso—¿Te importa si me doy una ducha?

Cuando sale la estoy esperando con la mesa puesta, imagino que comer no es lo que más le apetece, pero tiene que llenar el estómago para digerir mejor el disgusto.

—Gracias por todo, Miriam, en serio—dice cuando ya hemos terminado.

—No has de darme las gracias, Leni, he hecho lo que tenía que hacer. Y estaría bien

que me explicases por qué no querías dar mi nombre, ¿en qué pensabas? —pregunto con un tono algo brusco.

—En ti, y en lo que te hice.

—Joder, Leni, ¿en serio?

—Sí. No tengo derecho a pedirte nada, Miriam, no cuando mentí descaradamente aun sabiendo que no estaba bien.

—Tenías tus motivos, me los explicaste y yo los acepté. Final de la historia, ¿me oyes? No quiero que te sientas mal por ello, no conmigo.

Leni acerca su silla a la mía y me estampa un sonoro beso que me deja gilipollas más rato del que me gustaría que ella presenciase. Las palabras no salen de mi boca por mucho que lo intento y al final ella suelta una risotada que me contagia.

Salimos a la pequeña terraza para que nos dé un poco el aire y seguimos la conversación allí, porque esto no ha terminado.

—¿Tienes idea de dónde puede estar tu hermano?

Leni me dedica una mirada de ceño fruncido que me incómoda, lo último que me gustaría es que pensase que me acerco a ella para tratar de sacarle información, así que se lo aclaro rápido.

—No pienses nada raro, Leni. Solo trato de ayudar. Siempre has hecho todo lo posible por proteger a tu hermano, ¿no?

—Sí.

—Pues si ahora quieres protegerle lo mejor que puedes hacer por él es decir dónde está si lo sabes. Estará asustado y nervioso, y en esas condiciones las decisiones que se toman no suelen ser las más razonables, lo último que necesita es meterse en más líos.

—¿Qué le pasará?

—Es decir, que lo sabes. Joder, Leni—cabeceo rodando los ojos.

—No lo sé, no estoy en su cabeza y no sabes cuánto me alegro de ello, pero hay un sitio en el que podría estar.

—¿Qué sitio?

—Respóndeme, Miriam, ¿qué le pasará?

—Dependerá del juez y de las pruebas, pero esta vez no creo que se libere de pisar la cárcel, y eso rezando para que ese chico al que han disparado se recupere bien y no le queden secuelas.

Trato de hablarle con la mayor sinceridad posible, no quiero alentarla o animarla asegurándole que no le pasará nada porque es mentira.

—Quiero que lo encierren una temporada—su voz suena más para sí misma que para mí al principio.

Tras su afirmación se hace un silencio, en su caso porque piensa, yo por la sorpresa y en parte la alegría que me ha producido. Leni mantiene la mirada perdida en el horizonte unos segundos hasta que se gira hacia mí y se reafirma en su comentario.

—Merece ser castigado—dice con ojos acuosos—es un descerebrado que como alguien no lo pare, solo no va a parar, no tiene voluntad ni interés en hacerlo, y yo he tardado demasiado en darme cuenta.

—A veces nos cuesta ver lo que tenemos delante, y más cuando se trata de la familia. Su comportamiento no es culpa tuya, has hecho todo lo posible, pero hay veces que tenemos que saber alejarnos para que sean otros los que nos ayuden.

Le acaricio la mejilla y ella me devuelve un nuevo modelo de su sonrisa, su sonrisa triste, y aunque me haga daño verla así, esta también me gusta.

—Llama a la subinspectora, es posible que mi hermano esté en uno de sus terrenos. Hace un par de años se compró una caravana y la colocó allí, muchos fines de semana va con sus amigos a ponerse ciego de porros y cerveza.

—¿Sabes en cuál de los dos?

—Si te soy sincera no he llegado a ir nunca, pero la caravana la tiene en un terreno de regadío no urbanizable, si está escondido, estoy segura de que está allí.

—Haces lo correcto, Leni—digo antes de marcar el número de la inspectora.

Capítulo 22

Miriam

Cinco horas después de mi llamada a la inspectora Blanco me confirmaron que el hermano de Leni y sus dos cómplices fueron detenidos en el terreno que ella nos había indicado.

Al parecer los pillaron por sorpresa y no opusieron resistencia alguna.

Esa noche Leni se quedó en mi casa a pesar de que en la suya ya no corría riesgo de que su hermano apareciese. Creo que fue un acuerdo silencioso entre las dos, ella no dijo de marcharse y yo no deseaba que lo hiciese.

Fue la primera vez que dormimos juntas y lo que sucedió en el sofá en nuestra primera cita puedo confirmar que solo fue un pequeño anticipo de sensaciones.

Leni y yo hicimos el amor durante horas y creo que lo experimentamos todo, desde el sexo más salvaje y necesitado hasta el más íntimo y pasional.

Se fue ayer después de comer y todavía siento sus besos y sus caricias recorriendo mi cuerpo. La sensación es tan agradable que me estremezco cada vez que lo recuerdo y una sonrisa de idiota enamorada se dibuja en mi cara, al menos eso dicen Julia y Elvira, que han venido a comer aprovechando las dos horas que tengo antes de volver a comisaría y todavía están flipando con todo lo que les he contado, dejando a un lado el tema sexo.

—Joder, qué putada—reniega Julia de mal humor—a mí un hermano mío me hace eso y no sé lo que le hago, pero es posible que deje de hablarle durante una buena temporada.

—Yo creo que también—añade Elvira.

Yo no puedo decir nada al respecto, no tengo hermanos y aunque me hago una idea no puedo decir que sepa lo que sentiría con exactitud.

—¿Cómo está Leni? Tiene que ser difícil recomponerse de algo así—pregunta Elvira.

—Lo está encajando a su manera, quizá incluso le está costando algo menos porque en el fondo, aunque ella se negara a reconocerlo, sabía que su hermano no iba a parar. Ahora se ha cogido unos días libres en la floristería, ha dejado al frente a una empleada de confianza, y hoy ha ido a visitar a su madre.

—Y tú la echas de menos—sentencia Julia alzando una ceja.

—Más de lo que imaginaba. Ahora me gustaría que me explicaras qué fue lo que le dijiste el día que te la encontraste aquí—le pido entornando los ojos—dijo que venía a dejarme una de sus notas, pero no lo hizo.

—Digamos que le ofrecí una alternativa más divertida y eficaz—asegura dejándose caer hacia atrás en el sofá con una sonrisa chulesca que divierte mucho a Elvira.

—¿Qué alternativa? —exijo saber.

—Le propuse que se presentase en el mismo restaurante en el que íbamos a llevarte a cenar, a ser posible acompañada.

—¡Serás zorra! —berreo riendo a la vez que le lanzo un cojín.

—De nada, bonita—dice guiñándome un ojo—¿cuándo volverás a verla?

—Esta tarde, cuando vuelva de casa de su madre.

Nuestro momento de risas se ve interrumpido cuando mi móvil comienza a sonar y veo que la llamada es de comisaría.

—Cuándo vuelva venga directamente a mi despacho, Lozano—dice la inspectora Blanco al otro lado de la línea.

—Claro, ¿ha pasado algo? —pregunto preocupada.

—Nos han tumbado el caso contra Luján.

No me cuenta nada más y la intriga comienza a corroerme por dentro, no me creo que después de todo lo que ha pasado Leni, ahora no haya caso. Damos por finalizada la comida y media hora después estoy sentada frente a la inspectora Blanco y la subinspectora Jerez.

—Vamos a tener que soltar a Daniel Luján y sus colegas—suelta Jerez de mal humor.

—¿Qué? —pregunto sin comprender nada—¿por qué?

—El juez ha desestimado el caso, las pruebas no son suficientes.

—¿Cómo que no son suficientes? —cuestiono indignada—están las imágenes de las cámaras, el coche robado, la pistola—enumero mirando al techo.

—Todo circunstancial—interviene la inspectora Blanco—solo podemos endosarle el robo del coche a Daniel Luján, que además lo ha confesado, pero no podemos determinar que fuesen ellos los que asaltaron las gasolineras ni tampoco quién disparó al dependiente. En las imágenes no se le ve la cara a ninguno y en la pistola están las huellas de Daniel, pero también las de Leonor, y él, muy bien aconsejado por su abogado, alega que se la cogió sin permiso a su hermana para llevársela a su terreno como protección, pero que alguien debió robársela.

—¡Qué mentiroso! —exclamo desesperada—¿y no hay nada que se pueda hacer? ¿Van a irse de rositas después de haber herido a ese chico?

—Eso parece. Solo la he llamado para decírselo en persona por su implicación emocional con la hermana. Podemos retenerles durante siete horas más, pero si no encontramos nada tendremos que soltarlos y el máximo castigo será la multa que Luján tendrá que pagar por el robo del coche, que al haber aparecido en perfectas condiciones no será muy alta.

—¿Y qué justicia es esa? —rezongo envenenada.

—Estas cosas pasan más a menudo de lo que nos gustaría, Lozano, por eso es tan importante que las pruebas sean consistentes y que se respete la cadena de custodia, un solo fallo y todo el trabajo se va a la mierda.

—Y lo peor es que esa gentuza vuelve a la calle—añade Jerez mascando chicle.

Abandono el despacho con una decepción importante, sobre todo cuando pienso en Leni, en lo que ha supuesto todo esto para ella y en lo duro que ha tenido que ser delatar a su propio hermano para que después no pase nada.

La llamo antes de empezar con los documentos de otro caso, del segundo en el que esta vez ayudaré bajo las órdenes de la subinspectora Jerez, un asesinato fruto de la violencia de género.

A Leni le sorprende mi llamada, ya que habíamos quedado en que yo me pasaré por su casa en cuanto salga de trabajar, yo pongo la excusa de querer saber cómo está, que también, pero en realidad la echo de menos.

—¿Te apetece algo concreto para cenar esta noche? —pregunta socarrona.

Solo de pensarlo me recorre un escalofrío y el hormigueo burbujeante entre mis piernas

me corta la respiración.

—Tú, cenarte a ti puede estar bien—suelto con determinación.

—Interesante, agente, lo tendré en cuenta—dice divertida.

Al verla tan animada decido no comentarle nada sobre lo que sé, ya le daré el disgusto más tarde.

Cuando llego a casa de Leni me recibe con un beso, un abrazo y un olor delicioso que sale de la cocina.

—He pensado que quizá debamos cenar algo antes de que empieces a devorarme, por aquello de tener energía, ya sabes—se burla.

—Me parece genial, estoy muerta de hambre. ¿Qué tal con tu madre? ¿Cómo se ha tomado lo que ha pasado?

—Bueno, no le ha hecho ninguna gracia, para ella era cuestión de tiempo, y encima dice que se alegra de lo que me ha pasado, que a lo mejor así abro los ojos. A veces es fría como un témpano de hielo la muy bruja—bromea con tristeza.

—Lo hace porque te quiere, Leni.

—Lo sé. ¿Qué tal tu día?

Y ahí está la pregunta que me provoca un nudo en la garganta. ¿Qué hago? ¿Le oculto lo que sé? No puedo, sabiendo cómo es su hermano seguro que se presenta aquí en cuanto salga para pedirle perdón, contarle alguna mentira como excusa y jurarle que no volverá a pasar, tengo que evitarle esa sorpresa.

—No todo lo bien que esperaba—contesto sentándome sobre la encimera.

Leni apaga el fogón y se acerca a mí con preocupación.

—¿Por qué?

—El juez ha desestimado el caso de tu hermano y sus colegas, considera que las pruebas no son determinantes.

—¿Los van a soltar? —pregunta impresionada.

—Sí, la inspectora va a apurar todas las horas de retención disponibles, pero si no consiguen nada, tu hermano será libre dentro de dos horas—afirmo mirando mi reloj.

—¿Y no se puede hacer nada? Leticia me dijo que había vídeos, y huellas.

—Sí, pero huellas también hay tuyas, no es concluyente. Y en los vídeos no se les ve la cara en ningún momento.

—¿Puedo verlos? —pregunta de pronto.

—¿Los vídeos?

—Sí, conozco a mi hermano y a los idiotas de sus amigos, tal vez yo pueda reconocer algún gesto, no sé—dice desesperada—después de lo que ha pasado me niego a creer que lo van a soltar, Miriam, volverá a meter la pata, y quién sabe si esta vez no acaba haciendo algo más gordo.

—Puedo preguntarle a la inspectora si puedes ver los vídeos, pero no te prometo nada.

—Vale, tú inténtalo.

Cuando llamo a la inspectora ya está en su casa, me disculpo por molestarla y le explico el motivo de la llamada.

—Hay que intentarlo—dice sin dudar.

—¿Sí? —pregunto algo incrédula.

Pensaba que me iba a matar por molestarla en su tiempo de descanso, la verdad.

—Avisaré a Jerez, nos vemos en comisaría dentro de media hora, traiga con usted a Leonor.

—Sí, inspectora—contesto con una amplia sonrisa.

—Vamos—le digo a Leni en cuanto cuelgo—ha accedido, me temo que la cena tendrá que esperar.

Le doy un beso en los labios, apagamos todas las luces y subimos a mi coche para dirigirnos a comisaría.

Llegamos a la vez que la subinspectora Jerez, y veo de refilón que el coche de la inspectora Blanco también está en el aparcamiento.

Saray se mete un chicle en la boca sin que yo logre comprender esa necesidad de mascar uno a todas horas y nos saluda con una sonrisa.

—¿Vamos? —nos pregunta haciendo un gesto con la cabeza.

Leni y yo la seguimos hacia el interior y vamos directas al despacho de la inspectora, que ya tiene el ordenador encendido y nos espera con cara de cansancio.

—Siéntese aquí, Luján—le dice a Leni cediéndole su silla.

Nosotras tres nos quedamos de pie tras ella, yo justo a su lado derecho, con una mano apoyada en el respaldo de la silla y la otra en la mesa, inclinada ligeramente sobre ella para mostrarle mi apoyo.

La inspectora Blanco pulsa una tecla y el primero de los dos vídeos que hay comienza a reproducirse. En este se muestra a los tres sospechosos asaltando una de las gasolineras, la imagen es desastrosa y apenas se ven unos bultos que se asemejan a personas durante los siete minutos que dura el asalto.

—Lo siento—se excusa Leni, no logro ver nada que pueda servir.

—No se preocupe—dice la inspectora Blanco—la calidad es lamentable en este caso, pero el siguiente tiene mejor nitidez. Le aviso de que este es en el que se produce la agresión, ¿está preparada?

—Sí—responde Leni tajante.

Otro vídeo comienza a reproducirse, en este se ve la figura de los tres chicos bastante clara, pero todos van vestidos de negro y llevan un pasamontañas puesto. Además, en todo momento tienen la suerte de que ninguno mira a la cámara, por lo que es imposible reconocerles por los ojos, cosa que igualmente sería difícil porque la imagen es en blanco y negro.

En cuanto entran el dependiente empuja a uno de los asaltantes e intenta huir, pero otro lo retiene y empiezan a forcejear. Coloco la mano sobre el hombro de Leni y noto como se tensa. No aparto la mirada de la pantalla en ningún momento con la esperanza de encontrar algo que se les haya podido pasar por alto, el ego de la novata, supongo. El forcejeo se mantiene durante casi un minuto hasta que el asaltante dispara, parece un tiro hecho para ahuyentar, pero, aunque parece haberle dado en el hombro el dependiente no se detiene y es entonces cuando recibe otro en la cara.

—¿Puede volver atrás? —pregunta Leni cogiendo mucho aire.

Jerez detiene la imagen con rapidez y comienza a retroceder.

—¿Hasta dónde?

—Hasta que dispara la primera vez—responde Leni con determinación.

Jerez detiene la imagen justo en ese momento y comienza a pasarla de forma muy lenta

a petición de Leni, que observa con atención con la cabeza casi pegada a la pantalla, si la viese mi madre le diría que se va a quedar ciega.

—¡Ahí! —grita señalando la pantalla.

Jerez detiene la imagen.

—¿Puede ampliar el brazo?

En un momento determinado del forcejeo después del primer disparo, al agresor se le sube la manga del brazo derecho. Jerez amplía la imagen todo lo que se puede, pero para Leni parece ser suficiente.

—Es mi hermano—afirma sin ningún atisbo de duda en la voz.

—¿Está segura? ¿Cómo puede saberlo? —pregunta Jerez.

—Esa mancha de ahí—dice señalando un punto en el brazo del que parece ser su hermano.

—¿Eso? Parece un borrón de la cámara—cuestiona la inspectora.

—No, es una mancha de nacimiento con forma de árbol como puede ver, yo tengo la misma en el muslo izquierdo—asegura convencida—puedo mostrársela si quiere.

—Se lo agradecería—dice mirándome de forma fugaz como si esperase que yo confirme que realmente tiene esa mancha.

Lamentablemente para mí, y espero que eso cambie en adelante, no he visto a Leni tantas veces desnuda como para haber memorizado cada rasgo de su piel.

Leni se desabrocha el pantalón sin ningún pudor y se lo baja hasta las rodillas, señalándonos con el dedo el lugar donde efectivamente tiene la mancha. Desde luego tiene la misma forma que la que se ve en el brazo del asaltante en la pantalla.

—Saray, lleva la cinta a los técnicos y que obren su magia con esa imagen. Necesitamos la mayor nitidez posible y la necesitamos ahora. Nos queda poco menos de una hora.

Al técnico no le ha costado nada mejorar la imagen y en cuestión de quince minutos, la subinspectora Jerez vuelve con la fotografía impresa. Está claro que es la misma mancha que tiene Leni.

—Ve a comprobar si Daniel Luján tiene esa misma mancha en el brazo—le pide a Jerez—yo voy a molestar un poco al juez—añade la inspectora con media sonrisa—gracias por su colaboración señorita Luján, ha hecho lo correcto.

La cara de Leni ahora mismo no es la de alguien que considera que ha hecho lo correcto, es la de alguien que se siente mal por haber delatado a su hermano. Yo me encargaré personalmente de explicarle unos cuantos motivos por los que esta decisión es la correcta, entre ellos, que pasar una temporada entre rejas a lo mejor le abre los ojos. A veces no valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos, y Daniel hoy va a perder su libertad, o al menos eso espero.

Capítulo 23

Leni

Me despierto en mi casa con la agradable sensación de tener a Miriam entre mis brazos. Le beso el pelo y la frente, después bajo hacia sus ojos, beso uno y luego el otro y sigo por sus mejillas hasta llegar a sus labios, que me reciben sonrientes con un sonoro beso.

Miriam no abre los ojos y se acomoda mejor colocando la cabeza sobre mi pecho cuando yo me pongo mirando al techo. Ayer le pidió un día personal a la inspectora para poder pasar un día tan amargo como este conmigo, y a pesar de las horas y del poco tiempo de antelación, se lo concedió.

Todavía es temprano y la verdad es que se está muy bien aquí, acurrucada junto a ella, pero no puedo dormir más, a esta hora seguramente mi hermano ya estará pasando a disposición judicial después de que el juez aceptara como válida la prueba de la mancha.

Me siento mal y bien, es una sensación extraña. Sé que hago lo correcto, lo que debería haber hecho hace tiempo, pero por muy capullo que sea Dani no deja de ser mi hermano, y la idea de que acabe entre rejas no me gusta por mucho que se lo merezca.

Miriam se remueve perezosa hasta que por fin abre los ojos y me observa con una sonrisa.

—Buenos días, dormilona—digo apartándole el flequillo de la cara.

—¿No has dormido bien? —pregunta sintiéndose culpable.

—Ni bien ni mal—contesto sin saber explicar bien cómo me siento.

—¿Cuánto llevas despierta?

—Bastante, es interesante verte dormir.

—¿Interesante? —pregunta arrugando la frente.

—Haces unos ruiditos muy curiosos—digo sonriendo.

—No es verdad—protesta antes de besarme.

—Sí que lo es. Oye, he pensado algo.

Me pongo bastante más seria de lo que me gustaría al decir eso y a Miriam se le tuerce el gesto antes de incorporarse para mirarme con total atención.

—¿Qué has pensado?

Yo también me siento y me giro hacia ella para poder ver ese brillo en sus ojos que tanto me gusta.

—Voy a retractarme.

—¿A retractarte? ¿Qué dices, Leni? —pregunta confusa.

—De todas las coartadas que le he dado a mi hermano.

Miriam eleva las cejas y la mandíbula se le descuelga por la sorpresa inicial, después se recompone y esta vez es ella la que se pone más seria de lo que la he visto hasta ahora.

—¿Eso a qué viene ahora? ¿Te has vuelto loca? Dar coartada falsa es un delito.

—Lo sé.

—Lo sabes—repite bufando.

—No me siento bien, Miriam. En parte soy responsable de esto, quizá si yo no hubiese mentido por mi hermano en el pasado, él no hubiese llegado tan lejos.

—Tu hermano va a seguir a la suya, mientras tú o no, Leni. Es cierto que no está bien lo que hiciste, pero ya está hecho y ahora por fin lo has comprendido y has colaborado para pararle los pies.

—Necesito hacerlo, Miriam, y necesito que me apoyes. No puedo ser así de hipócrita, permitiendo que él pague por algo que tuve la oportunidad de parar antes.

—No hubiese entrado nunca en la cárcel por robar bolsos, Leni—dice desesperada.

—Pero quizá no hubiese llegado a eso con otro tipo de escarmiento.

—Joder, no vas a cambiar de opinión, ¿verdad?

—No, y me gustaría que vinieses conmigo a comisaría.

—Llama primero a tu ex, a Leticia—me pide descolocándome—ella es abogada...

—Es fiscal, Miriam, ella en todo caso tendría que imputarme—la corto haciéndola enfadar.

—Ya lo sé, coño—dice cortante, vaya, no me había fijado en lo atractiva que se vuelve cuando está enfadada—pero ella entiende de estas cosas y tal vez pueda recomendarnos un abogado que te ayude a que la gilipollez que estás a punto de cometer no te pase mucha factura.

—Sabes que no voy a ir a la cárcel por esto, Miriam.

—Me da igual—suelta con determinación—tú quieres mi apoyo, ¿no?

—Sí, lo quiero y lo necesito.

—Pues yo te apoyaré, pero respeta mi petición de pedir su opinión. Llámala, por favor.

—Está bien—concedo sonriendo.

Ya no recordaba la sensación que produce notar como alguien a quien quieres se preocupa por ti.

Cuando llamo a Leticia no le explico exactamente lo que pretendo hacer, solo le digo que necesito su consejo para algo y al final acordamos en que vendrá a mi casa a comer aprovechando que al mediodía tiene cuatro horas libres antes del siguiente juicio.

—¿Puedo preguntar por qué rompisteis Leticia y tú?

Acabamos de volver de comprar algunas cosas cuando me pregunta eso, y la verdad es que me sorprende, solo espero que no se sienta amenazada por ella. Sería una gilipollez.

Abro la nevera y saco una botella de vino, todavía no tenemos noticias de mi hermano y la espera me está agobiando bastante. Quizá hablar de este tema con Miriam logre distraerme. Sirvo un par de copas y nos acomodamos en el salón.

—Creo que no hubo un motivo claro, simplemente dejamos de funcionar como pareja—comienzo a explicar—llevábamos juntas casi cinco años, pero el último año y medio estaba siendo desastroso. Cualquier tontería era motivo de discusión, y la situación se comenzó a volver tan tensa que decidimos darnos un tiempo.

Me detengo un momento para dar un sorbo a mi copa y me hace gracia la cara de intriga con la que Miriam me observa, como si el hecho de que haya detenido mi relato para beber la estuviera desesperando.

—No me mires así, sigue—ordena entornando los ojos.

—Mirarte, ¿cómo?—pregunto sonriendo.

—De ese modo que me miras a veces, con tu sonrisa matadora.

Me entra la risa y me acerco a ella.

—¿Cuál es mi sonrisa matadora? —pregunto por curiosidad.

—La que pones cuando me desnudas con la mirada.

—Joder—exclamo realmente sorprendida—¿tan evidente soy?

—Sí, pero que sepas que ahora de follar, nada, sigue contándome la historia—exige muy digna.

Me aguanto la risa y vuelvo a mi sitio antes de seguir.

—No hay mucho más, Miriam. En ese tiempo, evidentemente, nos llamábamos para saber cómo estaba la otra, o simplemente para explicarnos como nos había ido el día. Estábamos acostumbradas una a la otra y nos echábamos de menos. Así que quedábamos en cualquier cafetería para vernos, íbamos de compras o a hacer cualquier cosa que necesitábamos. Empezamos a hacer de todo y nos dimos cuenta de que como amigas no teníamos todos los problemas que teníamos como pareja.

—Vaya—dice como si le extrañase.

—Y ese fue el fin. Acordamos romper la relación y seguir siendo amigas.

—¿No os acostabais nunca?

—Al principio, no, después sí que teníamos algún encuentro y podría decirse que durante una temporada era una relación de amistad que incluía sexo, pero al cabo de unos meses ella conoció a la chica con la que está casada ahora, y yo también empecé a verme con alguien. Así que aquello se acabó y simplemente nos quedó la amistad, pero es una gran amistad, sé que siempre está ahí cuando la necesito, igual que yo para ella.

—¿Entonces no he de preocuparme?

—¿Por Leti? Claro que no, Miriam. Somos amigas desde hace mucho tiempo y ninguna de las dos tiene interés en cambiar eso. No quiero perderla por nada del mundo, eso también es verdad, pero no has de temer nada jamás.

—De acuerdo, ahora sí que puedes volver a poner tu sonrisa de matadora.

Dejo la copa sobre la mesa y salto sobre ella como una pantera en celo, y solo después de saciar nuestra hambre de sexo, nos damos una ducha rápida y preparamos la comida.

Leti llega poco después y me alegra ver que ella y Miriam se saludan con un abrazo.

—Bueno, cuéntame qué es eso para lo que necesitas a una abogada, Leni, porque me has tenido bastante preocupada toda la mañana.

—No es nada grave.

—¿A no? —pregunta Miriam perpleja.

—¿Qué pasa? —insiste Leti más preocupada tras la intervención de Miriam.

—Quiere retractarse de todas las coartadas falsas que ha dado por su hermano—le explica Miriam.

—Es una broma, ¿no? —pregunta Leti mirándome a mí.

—No, no lo es. Voy a hacerlo os guste o no. Si te lo cuento es porque Miriam ha insistido en pedir tu consejo, pero la decisión está tomada.

—Y Miriam ha hecho bien, no te sirve de nada retractarte ahora, Leni, solo conseguirás aumentar la condena de tu hermano y llevarte tú otra de regalo. ¿A qué viene esto?

Le explico a Leti lo mismo que le he explicado a Miriam esta mañana y la pobre acaba golpeando la mesa con la frente de pura frustración, lo que me hace reír a mí e incluso también a Miriam.

—Está bien, eres una jodida cabezona y ya sé que no vas a cambiar de opinión—dice

resignada—pero no lo vas a hacer cómo a ti te dé la gana. Voy a llamar a un abogado amigo mío y te conseguiré una cita para esta misma tarde. Irás a verlo y prepararás la declaración con él. ¿Está claro, Leni?

—Eh, sí—digo algo aturdida.

—Yo me ocuparé de que lo haga—le asegura Miriam—¿qué le va a pasar?

—Si sigue los consejos de mi amigo y hace las cosas cómo él le diga, como mucho le caerán unos meses de trabajos comunitarios. Leni no tiene antecedentes y conduciremos su declaración basándonos en remordimientos y buenas intenciones.

Sonríó mirando a mis dos chicas y ambas me fulminan con la mirada, pero ninguna de las dos me asusta, al contrario, sé que se preocupan por mí y que no me van a dejar sola en esto.

Nos despedimos de Leti y poco después de que se marche me llama un abogado de su parte.

Capítulo 24

Miriam

Ya han pasado cuatro meses desde aquel día en el que Leni decidió pagar por sus pecados como ella lo llama.

Aquella misma tarde preparamos su declaración con el abogado que le recomendó Leticia y al día siguiente, mientras yo estaba trabajando, se presentó acompañada por él para retractarse, decidida a saldar su deuda con la sociedad.

A Daniel le cayeron veintiséis meses de cárcel por la suma de los muchos delitos que había cometido. Leni descubrió que en dos de las ocasiones que le había proporcionado coartada, no eran bolsos precisamente lo que había robado el muy cabrón, aquello parece que solo era un entretenimiento, algo que le divierte hacer de vez en cuando. Pero lo que a Daniel realmente le gustaba hacer junto a sus dos coleguitas, era atracar gasolineras y supermercados.

En total se demostró su culpabilidad en al menos ocho gasolineras y tres supermercados, aunque se sospecha que fueron muchos más.

Leni encajó el golpe como pudo, y entonces me alegré por ella tras su decisión, sé que no lo hubiera superado sin pagar por la parte de culpa que ella considera que tiene de todo aquello.

Le han caído cuatrocientas horas de trabajos comunitarios, y aprovechando su experiencia en la jardinería, el juez estimó oportuno que su castigo consistiese en el mantenimiento de los parques y jardines de la ciudad, así que para ella está siendo un castigo que además hace con gusto y al que le dedica cuatro horas cada día, después se marcha a la floristería.

Hoy es su cumpleaños y hace días que me pedí el día libre para sorprenderla.

Sé cuál es el jardín en el que estará esta mañana y después de hablar con Ana para que la cubra durante toda la mañana en la floristería, he preparado una pequeña cesta de *pícnic* y estoy esperando en mi coche, aparcada junto a la entrada hasta que acabe su jornada de hoy.

Aprovecho el tiempo para observarla desde lejos, con su cara de concentración y a la vez de paz, mientras arranca malas hierbas que están creciendo junto a enormes círculos de flores.

Cuando faltan un par de minutos para terminar su jornada, decido dirigirme hacia donde está caminando de forma sigilosa, mezclándome como un transeúnte más hasta llegar a ella; que en ese momento está agachada frente a unas flores de color lila, que me parecen preciosas, pero que como siempre, no tengo ni idea de cuál es su nombre.

Leni en ese momento se está quitando los guantes de jardinería y yo me he acercado por el lado en el que mi propia sombra no puede delatarme. Me agacho tras ella y le coloco las manos en la cintura.

—Feliz cumpleaños, cariño—logro decir, justo cuando ella da un brinco por el susto y

por poco nos caemos hacia atrás.

—No deberías asustar así a alguien que tiene tan cerca unas tijeras de podar—dice arrastrando una de mis manos hasta sus labios para darme un beso en los dedos.

—Pasaba por aquí, y te he visto ahí, tan guapa junto a tus flores, que no he podido resistirme.

Leni se ríe y niega con la cabeza. Esta vez rodeo su cintura con los brazos y me pego a su espalda dejando la cabeza sobre su hombro izquierdo.

—¿Qué son? —le susurro al oído mirando las flores frente a ella.

—Voy a tener que hacerte un cursillo rápido, Miri, que no conozcas todas las flores me parece bien, pero que no conozcas unas tan bonitas como estas es un delito. En serio.

—Puedo tratar de adivinarlo, pero solo nos pasaríamos aquí el día entero y encima tú acabarías desesperada y con ganas de clavarme esas tijeras de las que hablabas.

—Son violetas—dice riendo—aunque también se las conoce como las lágrimas de los dioses. Según una leyenda romana, después de que los dioses crearan el invierno, con la llegada de la primavera el sol derritió la nieve, los caudales de los ríos aumentaron, las hierbas brotaron y el sol brillaba con fuerza dotando aquella imagen de una majestuosidad difícil de describir. Los dioses lloraron de alegría al ver tanta belleza, y cuando sus lágrimas cayeron sobre la tierra comenzaron a crecer las violetas, de ahí su sobrenombre.

Cuando menos me lo espero, Leni suele sorprenderme con una de sus historias sobre flores como aquel día en su floristería. Siempre me quedo embobada escuchándola con atención, me gusta oír el tono sosegado de su voz y lo intensa que se pone cuando habla de cualquier cosa con pétalos.

—Me encanta la historia—afirmo besando su mejilla.

Nos levantamos, llevamos las herramientas de Leni al maletero de mi coche y las cambiamos por la cesta de *pícnic*. Buscamos un lugar con algo de sombra y lejos de los caminos habilitados para pasear y comemos al aire libre mientras nos explicamos el día.

—Bueno, ¿dónde está mi regalo? —bromea Leni cuando terminamos de comer.

—Tu regalo te está esperando en casa, así que no te emociones.

—Umm, debe ser algo muy interesante cuando no me lo puedes dar en público—dice con su sonrisa de matadora.

Me cago en la leche, esa maldita sonrisa suya y todas mis hormonas revolucionadas como si fuese una adolescente. Miro a un lado y a otro maldiciendo que estemos en un lugar público.

—¿Qué piensas? —pregunta sin perder esa sonrisa que sabe que me turba tanto.

—Pienso que con mi puesto y los antecedentes que tienes, solo nos falta que nos denuncien por escándalo público.

Leni rompe a reír y se lanza sobre mí haciéndome caer de espaldas sobre la hierba.

—Prometo ser buena—susurra en mi oído—después sus labios atrapan los míos sin compasión y me maldigo de nuevo por no haberle preparado la sorpresa en casa.

FIN